

*Ya conocí a Martí*





# *Ya conocí a Martí*

Selección y prólogo

Carmen Suárez León



La Habana, 2018

Edición: SILVIA AGUILA FONSECA  
Diseño de cubierta: RAYMUNDO GUERRERO MARRERO  
Diseño y composición: NYDIA FERNÁNDEZ PÉREZ  
Corrección: REGINA ARANGO ECHEVARRÍA

Cubierta: Pictograma de la mano  
de José Martí que aparece  
en su Cuaderno de Apuntes no. 7

Primera edición:  
© Editorial Capiro, 1998  
Segunda edición:  
© Centro de Estudios Martianos, 2012

Sobre la presente edición:  
Primera reimpresión  
© Centro de Estudios Martianos, 2018

ISBN: 978-959-271-187-7

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS  
Calzada 807, esquina a 4,  
El Vedado, CP 10400,  
La Habana, Cuba  
Telf.: (53) 7 836 4966 al 69  
Fax: (53) 7 833 3721  
E-mail: cem@josemarti.co.cu  
editorial@josemarti.co.cu  
www.josemarti.cu

## Buscar a la persona

La tecnología moderna no anduvo lo suficientemente pronto como para dejarnos registrada la voz de José Martí o su imagen en movimiento. Es verdad que, en cambio, tenemos el tesoro de sus cartas y recados, lo que no sería posible si el teléfono hubiera facilitado la comunicación arrinconando el género epistolar y enrareciéndolo. Esos textos íntimos, y hasta oficiales, permanecerán siempre como fuente primigenia en la indagación sobre el ser humano José Martí. En los entresijos de esta zona de su escritura se perciben con privilegio hábitos y modos de ser, gestos, maneras de aproximarse a los otros, y coyunturas específicas de su vida en un almuerzo, en una reunión familiar, unas vacaciones, un acto patriótico o una clase en la sociedad La Liga.

Las despedidas de sus cartas son pequeñas joyas literarias y espejo de su existencia, donde conocemos la atención y delicadeza de sus afectos. Al despedirse de Manuel Mercado, anota:

¡Escríbame, que la pena viene recia, y voy a necesitar su carta pronto! Bese la mano a Lola y a los niños. Para Manuel, tan pronto haya como mandarla, tengo una Geografía nueva, con láminas hermosas y muchas de México.

Para Lola, el agradecimiento que sentían por la reina de la fiesta los caballeros heridos en el torneo.

Para usted todo

JOSÉ MARTÍ<sup>1</sup>

Y a Enrique Estrázulas: “Adiós aquí. Me están mirando, desde su marquito de roble, sus seis muchachos. Piénsame. Su Martí”.<sup>2</sup> De Charles A. Dana, a quien le debía sus primeros encargos periodísticos, al iniciar su vida en New York, se despide así un día de 1882:

Le envío este libro en prenda de la buena memoria de mi corazón:—hoy que recobro las riendas de mi vida, no podría olvidar a aquel que me ayudó, en un momento de prueba, a mantenerlas en alto. No fue mi mérito,—fue el suyo, el que me hizo ganar su amistad.—<sup>3</sup>

Por estos textos apresurados, hechos al vuelo entre una labor y otra, entrevemos la tremenda humanidad martiana, traspasada por desalientos hondos, causados por la enfermedad, la incomprensión o el exceso de penas, y de los que se sobrepone siempre. De este modo describe su batalla interior a Juan Bonilla:

Yo tengo, Juan, mis penas, y cierto mérito en hacer lo poco que hago, siendo mis penas tantas: y aquí no hablo de mis penas personales, por las que no me dejo vencer, y que apenas me preocupan, sino de las de todos, que más que las mías me pesan, y suelen aturdirme, cuando veo el daño tan claro como el remedio, y no veo que me alcancen las fuerzas. El desaliento es grande, y voy dando tumbos, como

<sup>1</sup> José Martí: “Carta a Manuel Mercado”, 8 de enero de 1887, en *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1963-1973, t. 20, p. 104. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]

<sup>2</sup> JM: “Carta a Enrique Estrázulas”, Nueva York, 23 de abril de 1889, en *OC*, t. 20, p. 205.

<sup>3</sup> JM: “Carta a Charles A. Dana” [borrador], Nueva York, abril 1882, en *OC*, t. 20, p. 295.

quien se cae en pedazos por el camino, y sigue, recogiendo de la tierra sus propios pedazos.<sup>4</sup>

Y desde el monte cubano, ya en campaña, describe para Carmen Miyares, con mano maestra, el júbilo del hombre que ha dado sentido pleno a su existencia:

Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decirte que llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Solo la luz es comparable a mi felicidad.<sup>5</sup>

Al repasar su iconografía, sin ser muy abundante, nos ofrece imágenes de Martí que van desde la niñez hasta su madurez, se puede observar ese fluir de la persona concreta por diferentes estaciones y cada cual escoge y guarda para sí la que mejor se aviene con la percepción interior del Maestro que se haya alcanzado. Desde ese ramo de fotos nos observan el niño Martí con su medalla al pecho y la faz pensativa, el encarcelado con su grillete al pie, el joven padre que sonríe posando con su hijo. Y están sus fotos en los actos patrióticos, rodeado de cubanos conspiradores. No pocos se quedan con el retrato de Martí en Jamaica o con el retrato al óleo que le hizo el pintor sueco Herman Norrman. Una especialmente, bastante maltratada por el tiempo, nos muestra a Martí en el campo, con la familia Peoli. Todos posan para la cámara, en una composición deliciosa y decimonónica, que parece un cuadro impresionista y que tiene un aire doméstico y reposado.

Pero con ser tan elocuentes los testimonios de su escritura y tan felices muchas de esas imágenes estáticas que nos dan las

<sup>4</sup> JM: “Carta a Juan Bonilla”, Nueva York, 12 de junio de 1890, en *OC*, t. 20, pp. 368-369.

<sup>5</sup> JM: “Carta a Carmen Miyares”, 16 de abril de 1895, en *OC*, t. 20, p. 224.

fotos, uno sigue preguntándose cómo era Martí, sobre todo en lo físico. ¿Cómo hablaba, qué causaba tanta admiración? ¿Cómo era su trato? ¿Cuáles sus hábitos y gustos? ¿Qué pensaban los que lo conocían? Y hay que recurrir entonces a los que tuvieron el privilegio de frecuentarlo. La imagen del testigo tiene sus ventajas y sus desventajas. La mirada del otro advierte gestos, percibe rasgos, siente la personalidad martiana desde su punto de vista y desde su simpatía. Pero la riqueza de esas desviaciones es la que completa nuestra visión de Martí.

Solo por esos amigos o hasta por esos conocidos circunstanciales, podemos saber de sus gustos gastronómicos, su don de conversador, su fino trato, el impacto de su voz, la calidad de su mirada o la movilidad de sus manos. Parece que el rasgo martiano más recordado, y de más estremecida evocación, es su manera de hablar, tanto en sus discursos, como en su trato diario o en la conversación familiar. De ella, dice Varona:

Sí, su palabra era algo viviente que transfundía vida. Me parece verlo, el día que nos separamos, detenidos los dos en un ángulo de la reja que rodea el cementerio de Trinity Church. En medio del bullicio atronador de aquella parte, congestionada siempre, de la enorme ciudad, yo no oía sino su voz conmovida, que me conmovía; deslumbrado una vez más por su lenguaje fulgurante; enternecido por sus expresiones de afecto; confundido con él en una misma tristeza por la incertidumbre que envolvía, cual pesada niebla, el porvenir de la patria...<sup>6</sup>

Y Diego Vicente Tejera, que lo escuchó con frecuencia en un ambiente familiar, en sus días newyorquinos, expresó: “El

<sup>6</sup> Enrique José Varona: “Mis recuerdos de Martí”, en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, julio-agosto, 1932. También en *Revista Cubana*, La Habana, vol. XXIX, julio 1951-diciembre 1952, pp. 47-51.

que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana”.<sup>7</sup> Su amigo argentino Carlos A. Aldao, describe de este modo uno de sus discursos:

La brillante peroración producía en la médula una sensación análoga a la que despierta la vista del acróbata lanzado al aire en un ejercicio peligroso, y cuando todos los circundantes *orae tenebant* ante el encanto de su palabra, Martí se detuvo, tomó aliento, irguióse aún más, con la misma mirada y voz que era casi un grito que expresaba el dolor y la esperanza, y concluyó así: “Señores: el que tenga patria, que la honre; y el que no, que la conquiste”.<sup>8</sup>

Otro tópico que se repite mucho en el recuerdo de estos hombres es el de las manos de Martí. Federico Edelman consigue retratarlas con su pluma:

...las manos finas, nerviosas, crispadas, llevando en el anular de la izquierda aquel anillo simbólico que usó siempre, forjado con el hierro del grillete que llevó en presidio, con sus iniciales de oro. Aquellas manos reveladoras como ningunas que yo haya visto ni antes ni después, del carácter de ningún hombre. Aquellas manos de artista prodigiosas que se convirtieron en manos forjadoras de un pueblo libre.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Diego Vicente Tejera: “José Martí”, en *Hombres*, edición Gonzalo de Quesada, La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., 1908, t. 6, pp. 33-39. También en *Revista Cubana*, ob. cit., pp. 126-129.

<sup>8</sup> Carlos A. Aldao: “Martí”, en *Nuestra América*, edición Gonzalo de Quesada, La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., 1910, t. 9, pp. 25-31; y en *Revista Cubana*, ob. cit., pp. 9-21.

<sup>9</sup> Federico Edelman y Pintó: “Recuerdos de José Martí”, *Diario de la Marina*, La Habana, 22 de mayo 1927; y en *Revista Cubana*, ob. cit., pp. 392-396.

El lector, al desgranar estos testimonios, se sumergirá en una intensa evocación de José Martí. Son textos tomados de diferentes publicaciones periódicas, y en su mayor parte, de la maciza compilación que hizo la *Revista Cubana*, entre 1951 y 1952. En la imposibilidad de poder publicar todos los testimonios, la selección se ha encaminado ceñidamente a tratar de resaltar sobre todo los rasgos físicos de Martí.

Con esta modesta acción editorial aspiramos a que circulen nuevamente estos testimonios que enriquecerán la imagen del Maestro de los cubanos en la memoria de las nuevas generaciones.

CARMEN SUÁREZ LEÓN

# MARTÍ

CARLOS A. ALDAO

El otro trabajador inteligente e infatigable era José Martí, el Mariano Moreno de los cubanos, sacrificado pocos años después en aras de su ideal. El haber llevado por meses una vida de contacto casi diario con él, trabajando juntos; el haber penetrado íntimamente en todas las delicadezas de aquella naturaleza selecta y de aquella alma fuerte, me mueven a escribir estas líneas como tributo a su memoria.

Era Martí de pequeña estatura y enjuto de carnes; su rostro ovalado, con ese tinte casi cetrino característico de los que nacen en países tropicales; su frente, abombada y ancha, respondía a un notable desarrollo del cráneo, simétrico sin ser grande; cabello castaño, fino y un tanto ensortijado; bigote caído, no muy abundante, y mosca debajo de la boca, de labios delgados, guarnecida de dientes fuertes y separados. Lo más notable de su fisonomía eran los ojos: pardos, límpidos, grandes, notablemente apartados entre sí, que alejaban toda idea de falsedad o hipocresía, con reflejos simultáneos de bondad y fortaleza.

Tengo como estereotipada su figura cuando lo encontraba en el Elevado, o en Broadway, envuelto en un paletó de tejido de astracán raído, con paso corto, rápido y nervioso, llevando siempre debajo del brazo un lío de diarios y manuscritos, y mirando al suelo como preocupado y abstraído. ¿En qué

pensaba? En Cuba y en su independencia, animado por un patriotismo ascético.

Con entusiasmos de apóstol, sin desfallecimientos, en todas las horas y en todos los momentos acarició ese ideal durante diez largos años de ruda labor y constante anhelo. Jamás, en medio de las dificultades y desencantos que encontraba en la paciente y ardua organización de su obra, se le oía una expresión de odio, o siquiera de mala voluntad, contra nadie, ni contra España. Nunca proferían sus labios, ni en momentos de impaciencia, esas palabras enérgicas y poco cultas usadas en conversaciones de hombres. Era un convencido y un intelectual que, después de madura reflexión, seguía su ruta sin cejar.

Encantaba oírlo exponer el papel que representaría en el futuro su Cuba libre, como llave del istmo perforado y centinela avanzado para resistir el empuje absorbente de las razas del Norte. Admiraba a los Estados Unidos, pero no los quería, y solía narrar con cierto orgullo haber acompañado hasta la escalera de su modesta vivienda al emisario de Blaine que había entrado en ella a proponerle ventajas pecuniarias en cambio de cuatro mil votos cubanos de que él podía disponer en Florida y que, acaso, decidieran en aquel Estado la elección presidencial.

Para juzgar la contextura moral del hombre baste citar estas palabras, proferidas en la intimidad y sin petulancia: “Si yo concibiera que puedo perfeccionarme, lo haría, porque tengo voluntad”. Y la tenía, sin duda alguna. Inteligencia eximia, corazón bien puesto, gustos delicados, aficiones artísticas, apreciador de todos los refinamientos del espíritu y del cuerpo, fue la voluntad férrea la que lo determinó a seguir un camino contrario a sus gustos y aficiones.

El joven que concurría al bar de Hoffmann House cuando era moda newyorkina ir todas las tardes para depositar flores al pie de los cuadros de Bouguereau, se convirtió en maestro de escuela que daba dos clases por semana a negros cubanos que habitaban en Brooklyn. Redactaba en horas y agitado el

periódico revolucionario *Patria*; vivía en los trenes, avivando el fuego patriótico en Baltimore, en Filadelfia, en Tampa, en Key West y donde quiera que latía un corazón cubano, y al mismo tiempo mantenía una correspondencia constante y abrumadora para otra actividad menos fecunda que la suya.

Aparte de esta ímproba tarea, se daba tiempo para la producción literaria. Debe de haber dejado alrededor de sesenta volúmenes inéditos, que algún día alguien se ocupará de seleccionar y publicar. Martí escribía admirablemente; pintaba o traducía con la pluma todos los colores y todas las emociones; su estilo, nervioso y movible, que a las veces parecía amanerado, era espontáneo y fluía abundante y preñado de ideas. Como escribía, hablaba; era un mago que subyugaba al auditorio.

Recuerdo que un día, aniversario del nacimiento de Bolívar, me invitó a una velada en que él debía tomar la palabra en honor del Libertador. Por la noche hallábase congregado en un salón de la Quinta Avenida un grupo numeroso de caballeros y familias oriundos de las repúblicas que bañan el Golfo de México y el Mar Caribe.

Todos los oradores, con ese lenguaje ampuloso y vacío que es lujo de los trópicos, henchido de adjetivos, metáforas y exageraciones, describían a Bolívar como un dios, y, en mi concepto, despojábanle de su mérito. Para un hombre de carne y hueso, la empresa del vencedor de Boyacá y Carabobo era grande y meritoria; para un dios, si, igualmente grande, era sin esfuerzo. Todo estribaba en variaciones sobre el conocido incidente de Bolívar con el príncipe que después fue Fernando VII, a quien le volteó la gorra de un pelotazo; sobre el juramento del Aventino y el delirio del Chimborazo.

Llególe el turno a José Martí, y, subiendo a la tribuna, hizo, con la palabra suelta, fácil, brillante, que le era habitual, un estudio analítico de la revolución de la independencia sudamericana, en el que no se sabría qué admirar más, si la precisión, profundidad y lógica de sus ideas, o la música de su oratoria. Revelando conocimiento acabado de los elementos

técnicos y sociales que habían contribuido a la formación de nuestras naciones, puso en claro la acción eminentemente personal y absoluta de Bolívar, proyectándola sobre la de nuestro taciturno Libertador, y evocó las hazañas de la bravía democracia del Sur, ante la que Bolívar detuvo su caballo de guerra. La brillante peroración producía en la médula una sensación análoga a la que despierta la vista del acróbata lanzado al aire en un ejercicio peligroso, y cuando todos los circundantes *orae tenebant* ante el encanto de su palabra, Martí se detuvo, tomó aliento, irguióse aún más, y con la mirada perdida y voz que era casi un grito que expresaba el dolor y la esperanza, concluyó así: “Señores: el que tenga patria, que la honre; y el que no, que la conquiste”.

La conquista de esa patria fue el sueño de su vida: en las cárceles de Cuba, donde vivió con presidiarios y bandidos; en sus confinamientos sucesivos de Madrid y Zaragoza, o en la pobreza, cuando el general Martínez Campos, a quien pintaba como grandemente simpático, hacía proposiciones honorables y halagadoras para apartarlo de su causa.

Aquel poeta, aquella alma noble, ha muerto por su patria. La víspera de zarpar de New York fui a su modesta casa, con objeto de despedirme. No le encontré, pues andaba en una de sus continuas excursiones por Filadelfia, de donde, según me informaron, debía regresar al día siguiente. Déjele una carta, en la cual le decía que, si la recibía a tiempo, fuera a verme al vapor que zarpaba para Hoboken, pues deseaba dar un fuerte abrazo de despedida al único hombre cuya suerte envidiaba, por haberse consagrado a la consecución del más grande de los ideales humanos hacer una patria; pero que, si no lo veía más, le agregaba, quizá contagiado por su entusiasmo triste, deseábale que muriera cuando Cuba fuera libre o él creyera que estaba libertada.

JM: *Hombres*, ob.cit, pp. 25-31.

*Revista Cubana*, vol. XXIX, julio 1951-diciembre 1952, pp. 9-21.

# EVOCACIÓN DE MARTÍ

JUAN ANTIGA

## I

Al poco tiempo de recibirme de médico, título científico que me dejó, instantáneamente, sin un centavo, pues no podía seguir trabajando como jugador de pelota profesional, ni como interno, que eran las únicas fuentes de ingreso que tenía entonces toda mi familia, me vi obligado a marcharme, para ejercer mi profesión, al pueblo de Aguacate, del que a los pocos días tuve que retirarme sin lograr ganar un solo centavo. Desesperado y casi con el fantasma del hambre en los talones, conseguí un puesto de médico a bordo en los buques de la Compañía Trasatlántica Española que hacían viajes entre el puerto de La Habana y los de Veracruz y New York, el vapor *Ciudad Condal*.

En uno de mis primeros viajes a la actual metrópoli norteamericana —ya entonces maravillosa ciudad—, fui presentado en el mismo muelle de la Compañía, el famoso Pierten, a un hombre de mediana estatura, pulcramente vestido, del que llamó extraordinariamente mi atención la enorme frente que poseía. Con suma gentileza, aquel recién conocido me habló de mi persona. En mi joven espíritu, una chispa de vanidad creó la presunción de que mis triunfos universitarios habían llegado a trascender, aun entre los cubanos que

residían en el extranjero. Aquello me cautivó; no logré, sin embargo, saber su nombre, oído en el tumulto frecuente y natural en esos lugares. Pregunté al mismo que me lo había presentado, el nombre de mi nuevo amigo, y al oír las cuatro sílabas que lo constituían —hoy tan venerado por todos los cubanos—, José Martí, nada dijo a mi alma esa conjunción vocal, absolutamente nada.

Cuando se marchaba, acompañado de algún pasajero, lo seguí atentamente con la vista, encantado de haber conocido a un “señor tan fino”.

De regreso a La Habana en ese mismo mes —el vapor en que prestaba mis servicios hacía un viaje mensual a New York— permanecía en dicho puerto unos seis días. Martí, quien parecía que había ido a despedir a alguien, me saludó, y yo le contesté con instintiva simpatía, correspondiendo a su franca cortesía. Amablemente y con su voz suave y sugestionadora, me dijo: “Antiga, yo le ruego que lleve esto a La Habana”. Me di perfecta cuenta de que “esto” era algo que no podía ir por correo —era una época de encargos personales—; podía ser una carta para una mujer, como una lista de conspiradores, que ya comenzaban a reunirse con más frecuencia y eficacia, y constituían centros separatistas. Yo había obtenido mi empleo, por relaciones de amistad españolas, pero ni siquiera el temor de perderlo, que significaba el hambre y la miseria de los míos, me arredró. Acepté en el acto la encomienda, y cuando la recogí de sus manos, cambiamos las miradas y nos comprendimos.

## II

Los papeles iban dirigidos, unos al doctor Esteban Borrero Echevarría, y otros a “Pipi Bolaños”. No recuerdo muy bien, porque estos encargos después se repitieron, pero sí que uno de ellos me esperaba en el muelle al llegar a Cuba. Me sorprendió de un modo extraordinario el hecho de que antes de

entregarlos a cualquiera de los interesados, en ese mi primer viaje, supiesen que estaban en mi poder.

Como era lógico, tuve que hablar de Martí, y lo hice expresándome en los términos que su impresión personal me produjo. En el siguiente viaje se me dio otro encargo para él. No estaba en el muelle y entonces tuve que ir, al día siguiente, a su oficinita en la calle de Front, que ha sido tantas veces descrita por otras plumas. No obstante, recuerdo y quiero consignarlo aquí, que reinaba en ella un pintoresco y grato desorden, tras el cual se sentía el equilibrio mental de su inquilino.

En la pared, cuadros con retratos de hombres célebres: Darwin, Bolívar, Marx, etcétera. Al entrar, pareció no reconocerme enseguida, pero rápidamente, a medida que me acercaba, una agradable sonrisa florecía en sus labios y con su voz melodiosa me dijo: “¿Qué tal, amigo Antiga? ¿Qué me trae de Cuba?”.

A las respuestas mías, sucedió un largo monólogo, al que se iba entregando poco a poco. Yo estaba apurado cuando entré en aquella oficina. La sangre joven y ardiente, quizá el recuerdo de alguna bella pasajera, retenían mi atención, para desear el término de la entrevista; pero la verdad, no sé cuánto tiempo permanecí allí. La palabra de aquel hombre era miel y no me cansaba de oírlo. Ya yo me sentía otro. Martí proseguía su diálogo, de cuyo motivo yo era únicamente un pretexto, y mis cortas respuestas, que le suministraba sobre la situación de la querida y lejana patria, eran el tema. Lo que sería después —la revolución, la independencia— los motivos de su prédica.

Al despedirme de él, me dio su mano abierta con gesto muy franco, diciéndome: “Déle mis recuerdos a mis amigos de Cuba”, como si estos fueran ya una entidad corpórea.

Volví a ver y oír a Martí años después, en 1893 o 1894, en Key West. Mi impresión entonces fue mayor, pues por su aspecto y su peculiar elocuencia parecía un iluminado. En aquella posterior ocasión, iba acompañado de un amigo suyo

de la raza negra, cuyo nombre no recuerdo; después de una de sus célebres pláticas y al reconocirme, vino hacia mí alargándome sus manos.

Fueron dos veces más las que pude hablar con él, y aunque en ninguna de ellas se refiriese a mis condiciones personales —ya se había realizado con extraordinaria publicidad mi investidura del grado de Doctor, presidida por el general Calleja, y mi nombramiento de catedrático de la Universidad—, puedo asegurar que la sugestión de sus palabras determinó, más que otras causas, mi modesta actuación.

Han transcurrido ya más de treinta años, y hoy, al evocarlo, surgen en mi memoria su enorme frente, su mirada triste, su aspecto místico, y más que nada su palabra suave, razonadora y elocuente, y suenan todavía en mis oídos aquellas palabras que me dijo al despedirme en su oficina de Front Street: “Recuérdeme a mis amigos de Cuba”.

*Diario de la Marina*, La Habana, 22 de mayo de 1927.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 397-400.

# MARTÍ

JUSTO DE LARA  
(José de Armas y Cárdenas)

José Martí estaba convencido —idea presente en casi todas sus obras— de que el amor es más fuerte que el odio. Dedicó su vida a combatir por la independencia de Cuba sin odiar a los españoles, y tratando, por otra parte, de unir a los cubanos. Quiso, noblemente, acabar con las rivalidades, envidias y antipatías, que han hecho y continúan haciendo, para muchos, un tormento la vida en este país. Quiso educar al cubano a sentir afecto natural y consideración por sus compatriotas. “Que se marque al que no ame, —escribió—, para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa, que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar”.

Sus páginas más tiernas, tal vez, fueron dedicadas a su padre, español y oficial de artillería, y a algunos españoles de ideas liberales en América. Para los cubanos nunca tuvo sino elogios: voluntariamente fue ciego ante sus faltas. Bastaba ser cubano, o simpatizador de la causa de la independencia de Cuba, para tener en él un amigo, en toda la extensión de esta dulce palabra. Predicó así, con el ejemplo. La fuerza de su crítica, que era mucha, la dirigió solamente contra los errores del gobierno español. Quiso la independencia, como un deseo de los cubanos que estimaba justo, y el triunfo de

la revolución por los más puros, leales y honrados de los procedimientos. A diario se recuerdan las palabras elocuentes con que anunció, próximo a desembarcar en la Isla, “la república cordial para todos”, reverso admirable del célebre manifiesto de Bolívar, amenazando con la muerte a españoles y canarios, aunque fueran amigos. Y nunca se podrá olvidar la generosa e hidalga indignación con que rechazó, cuando más recursos necesitaba para sus planes, el dinero que le enviaron desde la provincia de La Habana, producto de un crimen cometido por una partida de bandoleros. Jamás justificó Martí medios bastardos para fines patrióticos. Toda su vida política —cosa extraña en el mundo, y más en Cuba, donde las incertidumbres de ochenta años de azares han empujado a los hombres en tantos vaivenes— pasó sin una sola mancha.

Cuba puede con justicia enorgullecerse de haber producido un hombre de alma tan sublime. Persiguió una sola idea, tenaz y heroicamente, en línea recta. Teniendo en cuenta lo que hizo y lo que después de su muerte ha pasado, paréceme que la bala española que le privó de la existencia en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, fue piadosa. Murió a tiempo para no haber visto a los cubanos, que supo unir en la emigración por el mágico influjo de su palabra y de su conducta, divididos y odiándose en el suelo de la patria. Murió a tiempo para no haber visto de su obra sino el aspecto más bello: el sacrificio, la abnegación, el patriotismo desinteresado en absoluto. A hombres como él, más les vale vivir unos cuantos años menos sobre la tierra, que sufrir más tarde a los críticos —impotentes para crear y hábiles para destruir, como él mismo decía— analizando con lentes de miope sus actos más generosos. Murió con el alma llena de fe en su pueblo y rebosando de ilusiones. Murió, acallando la envidia, que, rastrera y cobarde, porque no había podido él participar en la Guerra de los Diez Años, murmuraba en secreto que le faltaban condiciones de militar. Murió como lo había soñado, con la gloria del héroe que cae frente al enemigo, el pecho abierto, serena la mirada.

¡Cuánta mejor esa muerte, después de cumplida la misión revolucionaria que se impuso, que el triste fin de Céspedes, depuesto de la presidencia y abandonado a sus perseguidores; que la trágica agonía de Aguilera, consumido por un cáncer y viendo el derrumbe de su obra y la ingratitud de los suyos; o que la amarga decepción de Bolívar, maldiciendo los frutos de su propio heroísmo!

El primer recuerdo de Martí data del año 1887, en New York, un día que lo trajo al cuarto que yo ocupaba, en una casa de huéspedes de la Quinta Avenida, esquina a la calle 13, mi amigo Manuel Antón Recio de Morales. Trabajaba él entonces como traductor de los editores Appleton, que algunos años después vinieron a ocupar esa misma casa. Nos unían ciertos afectos comunes. Él había sido discípulo, con Fermín Valdés Domínguez y otros que le siguieron en su propaganda, de Rafael María de Mendive, a quien amaba entrañablemente. Y mi padre y Mendive eran íntimos amigos, amistad que yo también tuve hasta su muerte al ilustre poeta cubano. En un tomo de las obras de Martí, que acaba de publicar el señor Quesada, hay un artículo sobre Mendive, en que se recuerda un dramático episodio de la vida de mi padre. Por estas razones, para hablar de Mendive, y porque siempre trataba de avivar esa clase de recuerdos y aunar voluntades de cubanos, vino a verme aquel día, deleitándome con un rato de su sabrosa conversación. Había traducido al castellano la novela famosa de Conway titulada *Called Back*, y tuvo que cambiarle el nombre, obviando una grave dificultad de traducción, por el de *Misterio*. Recuerdo que me habló del mucho trabajo que le había costado hallar este título, y, con tal motivo, fue poco a poco extendiéndose sobre la importancia, originalidad y arte de la literatura contemporánea en los Estados Unidos, tan desconocida, e injustamente menospreciada, en los países hispanoamericanos.

Su erudición literaria era portentosa y su dominio de las dos lenguas verdaderamente notable. Hablamos luego de literatura española, a la que yo comenzaba entonces a demostrar

aficiones juveniles, y que él conocía a fondo. Si recuerdo en este lugar esa visita suya y aquella conversación, es porque tengo muy fijo en la memoria que me habló de Gracián, y Baltasar Gracián fue para mí —como explicaré más adelante— el modelo en que formó el extraño y original estilo con que hubo de arrastrar a los cubanos, en la prensa y en la tribuna, al colosal empeño de la revolución de 1895.

No volví a verle sino cuatro años más tarde, en 1891, cuando ya creía muy cerca el triunfo de su proyecto. Fue un mediodía del mes de diciembre, y desde las doce hasta las seis de la tarde estuve pendiente de sus labios. Diego Vicente Tejera escribió, muy acertadamente, que “el que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana”. Era algo, en verdad, extraordinario, la influencia que lograba ejercer en su conversación. Deslizábanse las horas sin sentir las, y aun cuando no se aceptaran muchas de sus afirmaciones, era imposible sustraerse al influjo de tanta persuasión, y tan lógico raciocinio, salpicado de citas siempre oportunas y vestido de una amenidad encantadora. Yo acababa de salir entonces de La Habana, donde la idea de un movimiento revolucionario se consideraba generalmente como una locura y el Partido Autonomista, cualesquiera que fuesen las simpatías ocultas de algunos de sus prohombres, se hallaba en el apogeo de su fuerza, y rechazaba toda tentativa de organizar un movimiento armado. Para mí era indudable que el país rechazaba la revolución, y sin embargo, Martí, que veía las cosas desde fuera, y recibía informes de oscuros y modestos agentes, me aseguraba que el sentimiento revolucionario era general en toda la Isla y que en La Habana vivíamos, sin saberlo, sobre un volcán. Sus últimas palabras, que jamás olvidaré, tuvieron un acento de sombría convicción y profético presentimiento...

Esa seductora sencillez de su conversación privada era la misma que pueden gozar los que lean sus correctas, elegantes y castizas traducciones. Su otro estilo, el que le hace aparecer como un tipo tan extraño en la literatura, fue el que adoptó,

principalmente, para su propaganda política. Es un grave error considerar a Martí, como se ha hecho, un escritor de tendencias decadentistas a la moderna, y de corte francés. Su castellano, aunque sembrado de neologismos, tiene un sabor arcaico, que denuncia constantemente la lectura de los grandes prosistas españoles del siglo xviii. Las entrañas de su pensamiento también eran españolas. Por esto creo que el autor que más influyó en su mentalidad fue Gracián, y quien lea *El Héroe*, *El Discreto* y *El Criticón*, y recorra luego las páginas de Martí, verá cómo este, lejos de ser un decadentista a la francesa, fue más bien un culterano de nuestro siglo de oro.

Pero de Gracián no tuvo ni el desengaño de los hombres, ni la desconsoladora filosofía. Le animaba, por el contrario, una profunda fe en sus compatriotas, un gran amor a la libertad y a la vida alta y pura que ella produce, un optimismo ardiente, digno de su alma caballeresca. Y como su vida toda fue dedicada a un solo fin, adoptó en su lenguaje la forma que más podía ayudarle, dirigiéndose a un pueblo de mentalidad y educación latinas: la frase sentenciosa, el período rítmico, la idea brillante, la oscuridad, a veces, del concepto en favor de la música del párrafo. Escribiendo como Stendhal, o como Renán, no se propaga el fuego de una rebelión en Cuba. Martí necesitaba escribir como Víctor Hugo, revolucionario; como Napoleón, militar; como Bolívar, dictador, con la sentencia vibrante y las frases escalonadas y cargando como escuadrones de caballería. Él no se dedicó a llenar con un nombre más la historia literaria del siglo xix, sino a crear una nación más, haciendo la independencia de Cuba. Su genio, pues, no ha de medirse en su estilo, ni en sus obras, sino en su obra. Su grandeza, sin superior en los cubanos pasados y presentes, están en su carácter.

24 de octubre de 1908

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 170-174.

# MARTÍ

JULIO BURREL

¡Cuántos años ha!... Era yo casi un niño y ellos comenzaban a ser jóvenes; conocidos en distintas fechas y en sitios diferentes; al uno en la ahumada biblioteca del viejo Ateneo, al otro en un salón exótico de la calle Saúco. El uno era un endeble muchacho, callado, oscuro; no discutía con nadie, ni de nada; acababa de estudiar la carrera de Derecho en Sevilla y Zaragoza e indemnizábase de la mala prosa académica leyendo horas y horas a Santa Teresa, a Rivadeneyra, a Cervantes, a Calderón, a Quevedo...

—¿Usted es cubano? —le pregunté una noche.

—Cubano, sí, señor.

Y hablamos de la guerra, en aquellos días terminada por la Paz del Zanjón. Enredadas las palabras, fueron saliendo de los pensamientos. Su expresión era pausada, débil la voz; los ojos de mirar tranquilo y profundo. Sin levantar la voz, pero muy brillantes los ojos, díjome con firmeza:

—Sí, soy separatista.

Y me habló de su alma española, de sus gustos españoles, de su amor por aquellos libros que en la destartalada biblioteca infundían en su espíritu el espíritu de España: “Pero España está aquí y España no está en Cuba. Allí, yo, que entre ustedes soy un igual, un compañero y un amigo, no seré sino un extranjero; viviré en tutela, sometido, sospechado,

con todas las puertas cerradas a mi derecho, si pido justicia; a mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso”.

Quien así me hablaba llamábase José Martí; y pasó por Ateneo sin dejar recuerdos ni huellas. Muchos años después yo preguntaba por él a los jóvenes diputados autonomistas de Cuba; a Montoro, a Figueroa, a Fernández de Castro, a Eduardo Dolz.... “¡Bah!”, me dijeron: “Marchó de Cuba. No tenía fuerza... No le hicieron caso... Y allí en New York publica una inofensiva hoja separatista... Pero eso es una extravaganci”. “Ese pobre Martí es un hombre muerto”, afirmaba con acento de convicción el diputado Eduardo Dolz.

Transcurrieron más años. El “pobre Martí”, el “hombre muerto”, funda clubes separatistas en toda la Unión Americana; escribe la Constitución para Cuba Libre; organiza las cajas de la revolución; envía las primeras expediciones de rebeldes. Y cuando desembarca en su patria y muere heroicamente en Dos Ríos, ¡qué de cosas van a ser enterradas con su cadáver!

Aquel muchacho, endeble y obscuro, que, hablando en voz baja, con la mirada intensa y brillante, exclamaba en los pasillos del Ateneo: “¡Soy separatista!”, representa para España un ejército de doscientos mil hombres destrozado, dos escuadras destruidas, dos mil millones arrojados a los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario del Tratado de París; todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que ya lloramos como catástrofe; todo lo que ya gemimos como vergüenzas...

JM: *Norteamericanos*, edición Gonzalo de Quesada, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1909, t. 8, pp. 47-50.  
*Revista Cubana*, ob. cit., t. 8, pp. 416-417.

# JOSÉ MARTÍ

ENRIQUE COLLAZO

Era Martí un hombre notable y de condiciones excepcionales y poco comunes, tenía alientos para concluir como loco o como héroe y terminó mejor que como él había soñado: como héroe y soldado, cayendo en medio del combate, en el fragor de la pelea y con el ruido que sirve de salva a los héroes y a los buenos. Su apoteosis la harán los cubanos más tarde, conservando su efigie y su memoria entre sus grandes hombres. Cuando todos desmayaban, Martí levantó de nuevo el pabellón; de un grupo de cubanos dispersos en la emigración creó un pueblo entusiasta, y dio vida a la nueva revolución que debiera llevar a la práctica el general Máximo Gómez.

Era Martí pequeño, de cuerpo delgado; tenía en su ser encarnado el movimiento; era vario y grande su talento, veía pronto y alcanzaba mucho su cerebro; fino por temperamento, luchador inteligente y tenaz que había viajado mucho, conocía el mundo y los hombres; siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su carácter, convirtiéndose en un hombre amable, cariñoso, atento, dispuesto siempre a sufrir por los demás, apoyo del débil, maestro del ignorante, protector y padre generoso de los que sufrían; aristócrata por sus gustos, hábitos y costumbres, llevó su democracia hasta el límite; dominaba su carácter de tal modo que sus sentimientos

y sus hechos estaban muchas veces en contraposición; apóstol de la redención de la patria, logró su objeto.

El día 15 de noviembre de 1894 se embarcaba Collazo rumbo a New York para que, viendo a Gómez y a Martí, pintara a ambos la verdadera situación y adelantaran el momento de la revolución, que creían imposible retardar sin ser presos, a la vez que demostrarles la necesidad de remitir dinero a Cuba, donde podrían conseguir el armamento y municiones con mayor seguridad y prontitud, aunque a más costo.

En Santiago de Cuba la espera era difícil, a pesar de la calma y aparente actitud de Moncada, que con astucia e inteligencia sobrellevaba con éxito la situación de Manzanillo. El apresuramiento de algunos a vender sus ganados había llamado la atención. Camagüey decía claramente que era reacio a la revolución; el gobierno realmente fiaba en él, creyéndolo la llave del movimiento; la única entidad revolucionaria allí era el marqués de Santa Lucía. Las Villas aparentemente en calma, pero resuelta; sostenido el espíritu allí por la presencia de Serafín Sánchez, Roloff y Carrillo. En Matanzas algunos alardes belicosos, aunque poca fuerza y entusiasmo reales. Vuelta Abajo en espera, y dispuesto para cooperar al movimiento.

Este era el estado real de la revolución a la salida de Collazo para los Estados Unidos. Este pasó por Key West y Tampa, encontrando a Martí en Filadelfia, donde había ido a esperar al comisionado de Cuba.

El estado de la revolución en el exterior revestía un carácter original y especial: nadie sabía nada, eran muy pocos los que creían en ella; pero la masa obrera daba, sin preguntar, su óbolo con absoluta confianza y con fanatismo ciego por su ídolo Martí.

Collazo no conocía a Martí; su entrevista en la estación de Filadelfia fue cordial, y un abrazo leal de ambos fue la línea de conducta para lo porvenir.

Martí era un hombre ardilla; quería andar tan de prisa como su pensamiento, lo que no era posible; pero cansaba a cualquiera. Subía y bajaba escaleras como quien no tiene pulmones. Vivía errante, sin casa, sin baúl y sin ropa; dormía en el hotel más cercano del punto donde lo cogía el sueño; comía donde fuera mejor y más barato; ordenaba una comida como nadie; comía poco o casi nada; días enteros se pasaba con vino Mariani; conocía a los Estados Unidos y a los americanos como ningún cubano; quería agradar a todos y aparecía con todos compasivo y benévolo; tenía la manía de hacer conversiones, así es que no le faltaban sus desengaños.

Era un hombre de gran corazón que necesitaba un rincón donde querer y donde ser querido. Tratándole se le cobraba cariño, a pesar de ser extraordinariamente absorbente.

Era la única persona que representaba la revolución naciente; los demás eran instrumentos que él movía; Benjamín Guerra era la caja; Gonzalo de Quesada era parte de su cerebro y de su corazón; pero en realidad era su discípulo. Martí lo era todo, y ese fue su error, pues por más que se multiplicaba era imposible que lo hiciera todo él solo. Dormía poco, comía menos y se movía mucho; y sin embargo, el tiempo le era corto. Se puede concretar diciendo que el Partido Revolucionario era Martí.

Collazo, según sus instrucciones, debía seguir a Santo Domingo para ponerse al habla con el general Gómez; pero se esperaba en esos días un mensajero que enviaba el General desde Santo Domingo. A su tiempo llegó éste con poderes amplios del general Gómez. Era el brigadier José María Rodríguez. Con él vino la seguridad de que, a pesar de la llegada de Alejandro Rodríguez, comisionado de Camagüey, el General estaba dispuesto a la revolución, y que José María Rodríguez estaba autorizado para determinar y representarlo en todo.

A la salida de Collazo de Cuba, se convino que por conducto de Juan Gualberto Gómez, con quien estaba en relación directa Martí, se comunicarían José María Aguirre y Julio

Sanguily, a quien últimamente se le había indicado el estado de la revolución, y a quien el general Gómez había mandado el nombramiento de Jefe de Occidente, debiendo ponerse al frente del movimiento en Matanzas. A la llegada de Rodríguez y Collazo a New York, nada pudieron averiguar del estado real de la conspiración, pues se concretaron a oír lo que Martí les quiso decir, que fue bien poco o nada. Respecto del dinero, menos aún; pues la caja revolucionaria era un pozo donde caía el dinero, sin que, fuera de Benjamín Guerra; nadie haya sabido el montante de lo ingresado ni de lo que se gastaba.

En los meses de diciembre y enero se movió Martí con rapidez inusitada. De noche no dormía, sino viajaba. De Cuba las correspondencias, cada día más exigentes, apremiaban el movimiento y pedíanse recursos; especialmente las cartas de Julio Sanguily, que parecían escritas por un loco cuyas correspondencias no podían armonizarse con las noticias de Aguirre y Juan Gualberto Gómez, sensatas y claras.

Aislados y casi siempre escondidos, Rodríguez y Collazo permanecían en New York, sin saber una palabra de lo que ocurría fuera, pues Martí, aunque cada día se movía más, cada día se mostraba menos comunicativo.

Dispuestos como si fuéramos a salir de un momento a otro, acudíamos, sin resultado, a frecuentes citas que se nos daba, siempre esperando el día de la partida, que no acababa de llegar.

Conociendo como conocíamos el estado real de las cosas en Cuba, no queríamos precipitar una explicación con Martí, que nervioso y sin un día ni una noche de reposo, veíasele constantemente taciturno y preocupado. Parecíanos increíble que los sucesos no se hubieran precipitado en Cuba. Hasta entonces no se nos había sorprendido una sola correspondencia, y ni una sola indiscreción de nuestros hombres había puesto sobre la pista a la numerosa policía que tanto en la Isla como en el extranjero sostenía el gobierno español.

No teníamos con quién enterarnos de la marcha de la conspiración. Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada nada

sabían en realidad; aunque aparentaban que no querían hablar. El resto de la emigración esperaba y confiaba en Martí. Mayía Rodríguez y Collazo, si de algo pecaron, fue de sufridos y prudentes. Sabían lo que buenamente se quería que supieran; nada preguntaban y dejaban pasar el tiempo sufriendo resignados el aislamiento a que los tenía sometidos Martí, que a veces parecía un loco, víctima de un delirio de persecución, que lo hacía ver espías y detectives por todas partes.

Aún no se sentía escasez de dinero. La revolución tenía cuatro núcleos importantes en el exterior; uno en New York, dirigido personalmente por Martí; otro en Key West con Roloff y Serafín Sánchez; otro en Costa Rica con Maceo y Flor Crombet, y el último en Santo Domingo con el general Gómez. Cada uno de estos centros se comunicaba directamente con Martí.

A fines del mes de diciembre salieron Rodríguez y Collazo de New York con dirección a Jacksonville, recibiendo orden de permanecer ocultos, hospedándose con nombre supuesto en el hotel Duval hasta la llegada de Martí, que debía ser en la mañana del domingo próximo. Allí permanecieron seis días, y en el fijado se presentó Martí, quien les dijo que tenía muy malas noticias que comunicarles.

En efecto, a las once de la mañana llegó al hotel Charles Hernández, enviado por Martí para decirles que todo había fracasado, y que tanto él como los que le rodeaban estaban expuestos a todo género de peligros, que más que nunca se hacía necesaria una gran prudencia y que permanecieran en su habitación hasta la noche en que se verían en el hotel Travellers, en que se hospedaba Martí, donde también se hallaban Hernández, Enrique Loynaz y Tomás Collazo.

Ante la noticia de aquel fracaso de algo que, excepto Martí, todos ignoraban, Mayía Rodríguez y Collazo lamentaron amargamente su anterior prudencia que, de un modo indirecto, los hacía en parte responsables de lo ocurrido. Nada habían preguntado hasta entonces, pero comprendían que había llegado el momento de las explicaciones. En su consecuencia se dirigieron, acompañados de Hernández, al hotel

Travellers. Allí encontraron a Martí presa de una extraordinaria excitación nerviosa. Revolvíase como un loco en el pequeño espacio que le permitía la estrecha habitación. Su escaso pelo estaba erizado, sus ojos hundidos, parecían próximos a llorar.

De sus labios no salían más que estas palabras repetidas con tenaz insistencia: “¡Yo no tengo la culpa!” “¡Yo no tengo la culpa!”.

A la vista de Mayía, que entraba en la habitación con el rostro alterado y duro, Martí corrió hacia él y se echó en sus brazos. Aquel dolor tan profundamente retratado en su fisonomía, desarmó a los que, momentos antes, querían exigirle explicaciones claras y concretas de su conducta. Todos comprendieron que algo muy grave había ocurrido, y que aquel fracaso, de que se había hablado hacía un instante, era desgraciadamente cierto.

Sin pretender averiguar nada, Mayía y Collazo se limitaron a tranquilizar a Martí, asegurándole su más completa adhesión. No había que perder la esperanza. Por rudo que fuera el golpe sufrido, era preciso seguir adelante y sin desmayar ni decaer un momento. Algo más tranquilo Martí con aquellas muestras de simpatía y respeto que de todos los presentes recibía, declaró que aun cuando todo se había perdido, aun cuando no había un real para continuar los trabajos revolucionarios, no era posible abandonar la empresa acometida con tanta decisión y entusiasmo.

Horacio Rubens, el buen amigo de los cubanos, y Gonzalo de Quesada, que llegaron en aquellos momentos, contribuyeron con su presencia a reanimar los abatidos espíritus. Quesada, en nombre de su señora madre política ofreció dar todas las fianzas que se necesitasen. Rubens puso a disposición de Martí sus servicios como abogado.

Preocupaba también a Martí lo que el general Máximo Gómez pudiera pensar de lo ocurrido, y demostraba con frases llenas de sentimiento el temor que sentía de que el General se negara a ir a Cuba en circunstancias tan desfavorables.

Tanto Rodríguez como Collazo aseguraron a Martí que Gómez, a quien conocían muy bien, iría a Cuba cualesquiera que fuesen las condiciones en que lo hiciera. Era preciso pensar en buscar pronto remedio al daño sufrido, en vez de abatirse y desconfiar tan pronto del éxito de la empresa.

Todos los presentes hicieron a Martí ardientes promesas de su lealtad y adhesión incondicional.

No había transcurrido una hora desde la llegada de Rubens y Quesada, y el estado de los ánimos había cambiado por completo. Al abatimiento producido por el golpe del fracaso tremendo e inesperado, había sucedido la fe que conforta y la resolución enérgica de seguir luchando hasta conseguir el éxito.

No había dinero, pero Quesada confiaba obtenerlo de las emigraciones de Suramérica. Martí tenía seguridad de conseguirlo en México. Pero para ello se necesitaban tres o cuatro meses, y los hombres de Cuba no querían o no podían esperar más tiempo, y por otra parte era imposible explicarles la verdadera situación del Partido Revolucionario, porque ello traería como consecuencia inevitable, la ruina total del proyecto.

Por lo pronto lo más preciso era burlar a la policía que olfateaba el rastro de los conspiradores; y más tarde, sacar a Manuel Mantilla y a Patricio Corona que estaban a bordo del *Lagonda* cuando fue sorprendido el barco, y a quienes Charles Hernández había escondido preventivamente en casa de un americano amigo suyo.

Entretanto la policía practicaba registros en algunas casas cubanas, mas por fortuna nadie conocía en Jacksonville ni a Martí, ni a sus compañeros, que por otra parte figuraban con nombres supuestos en los libros de los hoteles.

Fragmentos de *Cuba independiente*, La Habana, 1900.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 422-429.

# EL APÓSTOL Y EL CAUDILLO AL OTRO DÍA DE LA MEJORANA

MARIANO CORONA

Asomaba el sol; la mañana fresca y diáfana, convidaba a dejar la hamaca para aspirar el aire puro y odorífero, en medio de aquella vegetación espléndida.

No estábamos en marcha. El campamento, situado a orillas de un arroyuelo y a la sombra de un cacaotal, se despertaba lentamente, rumorando el viento un saludo a la nueva aurora.

Los patriotas celebraban el día de tregua; hablaban, gesticulaban, reían, y a pulmón pleno cantaban algunos puntos y décimas cubanos.

A las nueve llegó un correo con la noticia; los que no pudimos ir el día antes a la célebre entrevista de La Mejorana, íbamos a experimentar una emoción suprema; íbamos a conocer, sobre el terreno de la protesta armada a Martí, el apóstol, y a Gómez, el caudillo, a quienes escoltaba el entonces brigadier y glorioso vencedor de Arroyo Hondo, José Maceo.

La buena nueva corrió enseguida, como un reguero de pólvora, por todo el campamento. Los toques de corneta ensordecían el espacio; el movimiento era general; los asistentes ensillaban los caballos; los coroneles de regimiento transmitían sus órdenes, y las compañías con sus respectivos capitanes a la cabeza, formaban en una ancha calle de árboles, para hacer pasar entre ellas, al sonido marcial de los clarines, a los dos próceres de la revolución.

—“¡A caballo!”, dijo el general Antonio Maceo.

Y seguido de sus ayudantes de campo y su Estado Mayor, partió a galope a recibir a los ilustres huéspedes.

La entrevista fue cordialísima y entusiasta; el recibimiento, indescriptible. El general Maceo, revisando sus fuerzas, pasaba ante ellas dando vivas a los generales Gómez y Martí, vivas que los patriotas “de la vereda y de la manigua”, como dijo en hermosa frase el orador guerrero, recibían con estruendoso júbilo, agitando al aire la enseña tricolor, que parecía más bella al rozar con sus pliegues las hojas de los árboles.

Martí habló el lenguaje del patriotismo, y sus frases iban cayendo como bálsamo alentador en el corazón de cuantos lo escuchaban.

Nadie le interrumpió, se le oía como oyeron los hebreos las máximas de Cristo con la adoración bíblica, con fanatismo de idólatras.

Cuando concluyó, brotó el volcán; ¡Vivas! a Cuba, a Gómez, a Maceo, a Martí, repercutieron por largo rato en aquellas montañas, como la protesta gigantesca de un pueblo heroico que iba al sacrificio, con la frente alta y la conciencia limpia, a luchar por la libertad de su país.

El entusiasmo fue delirante, la excitación inmensa; si en aquel instante España, con todos sus soldados, se hubiera atrevido a presentarse en aquella fiesta del patriotismo y del honor, desde entonces se hubieran vuelto rumbo a Europa los chacales de la conquista.

Después habló el general Gómez: realzó las cualidades del gran Maceo, y recomendó la disciplina como la condición que más debía estimar el soldado cubano, tomándola como divisa en su lucha contra los españoles.

El entusiasmo se manifestó de nuevo con todo su vigor; el ejército le vitoreó, honrándose.

Acto seguido se dio la orden de marcha. El general Gómez tenía vivo empeño en llegar cuanto antes a las legendarias tierras del Camagüey, donde le esperaban con impaciencia.

Breves instantes hablaron él, Martí y Maceo, a caballo, y a la sombra de una hermosa majagua, sobre el giro que habían de tomar las primeras operaciones en Oriente y el Príncipe. Después se abrazaron con efusión, en presencia de las fuerzas, que celebraron con gritos de júbilo y alborozo aquel abrazo revelador.

Un toque de corneta anunció la despedida...

Rumbo al oeste, seguidos de pequeña escolta, marchaban Gómez y Martí en dirección a Camagüey. Se les despidió con el alma. No olvidará jamás el general Gómez aquella expresión de admiración y cariño que le ofreció el pueblo de Oriente.

Un ayudante se le acercó a Maceo, y le dijo:

—General, ¿cómo es que el general Gómez va hasta Camagüey con tan poca fuerza?

Maceo se volvió hacia el ingenuo interlocutor, y dando paso a una sonrisa en la que vagaba la expresión de una convicción íntima, exclamó con énfasis:

—El general Gómez lleva consigo un gran ejército: su estrategia.

Fragmento de *De la manigua (Ecos de la Epopeya)*, Santiago de Cuba, 1900.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 435-437.

# IMPRESIÓN DE MARTI

RUBÉN DARÍO

Me hospedé en un hotel español, llamado el hotel América, y de allí se esparció en la colonia hispanoamericana de la imperial ciudad, la noticia de mi llegada. Fue el primero en visitarme un joven cubano, verboso y cordial, de tupidos cabellos negros, ojos vivos y penetrantes, y trato caballeroso y comunicativo. Se llamaba Gonzalo de Quesada, y es hoy ministro de Cuba en Berlín. Su larga actuación panamericana es harto conocida. Me dijo que la colonia cubana me preparaba un banquete que se verificaría en casa del famoso *restaurateur* Martín, y que el “Maestro” deseaba verme cuanto antes. El Maestro era José Martí, que se encontraba en esos momentos en lo más arduo de su labor revolucionaria. Agregó asimismo Gonzalo, que Martí me esperaba esa noche en Harmand Hall, en donde tenía que pronunciar un discurso ante una asamblea de cubanos, para que fuéramos a verle juntos. Yo admiraba altamente el vigor general de aquel escritor único, a quien había conocido por aquellas formidables y líricas correspondencias que enviaba a diarios hispanoamericanos, como *La Opinión Nacional*, de Caracas, *El Partido Liberal*, de México, y, sobre todo, *La Nación*, de Buenos Aires. Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas

antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta. Fui puntual a la cita, y en los comienzos de la noche entraba en compañía de Gonzalo de Quesada por una de las puertas laterales del edificio en donde debía hablar el gran combatiente. Pasamos por un pasadizo sombrío; y, de pronto, en un cuarto lleno de luz, me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro de iluminado, voz dulce y dominante al mismo tiempo y que me decía esta única palabra: “¡Hijo!”.

Era la hora ya de aparecer ante el público, y me dijo que yo debía acompañarle en la mesa directiva; y cuando me di cuenta, después de una rápida presentación a algunas personas, me encontré con ellas y con Martí en un estrado, frente al numeroso público que me saludaba con un aplauso simpático. ¡Y yo pensaba en lo que diría el gobierno colombiano de su cónsul general sentado en público, en una mesa directiva de revolucionarios antiespañoles! Martí tenía esa noche que defenderse. Había sido acusado, no tengo presente ya si de negligencia, o de precipitación, en no sé cual movimiento de invasión a Cuba. Es el caso, que el núcleo de la colonia le era en aquellos momentos contrario; mas aquel orador sorprendente tenía recursos extraordinarios, y aprovechando mi presencia, simpática para los cubanos que conocían al poeta, hizo de mí una presentación ornada de las mejores galas de su estilo. Los aplausos vinieron entusiásticos, y él aprovechó el instante para sincerarse y defenderse de las sabidas acusaciones, y como pronunció en aquella ocasión uno de los más hermosos discursos de su vida, el éxito fue completo y aquel auditorio antes hostil, le aclamó vibrante y prolongadamente.

Concluido el discurso, salimos a la calle. No bien habíamos andado algunos pasos, cuando oí que alguien le llamaba: “¡Don José! ¡Don José!”. Era un negro obrero que se le acercaba humilde y cariñoso. “Aquí le traigo este recuerdito”, le dijo. Y le entregó una lapicera de plata. “Vea usted —me observó Martí— el cariño de esos pobres negros cigarreros. Ellos se dan cuenta de lo que sufro y lucho por la libertad de nuestra

pobre patria”. Luego fuimos a tomar el té a casa de una amiga suya, dama inteligente y afectuosa, que le ayudaba mucho en sus trabajos de revolucionario.

Allí escuché por largo tiempo su conversación. Nunca he encontrado, ni en Castelar mismo, un conversador tan admirable. Era armonioso y familiar, dotado de una prodigiosa memoria, y ágil y pronto para la cita, para la reminiscencia, para el dato, para la imagen. Pasé con él momentos inolvidables, luego me despedí. Él tenía que partir esta misma noche para Tampa, con objeto de arreglar no sé qué preciosas disposiciones de organización. No le volví a ver más.

Fragmento de *La vida de Rubén Darío*.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 475-477.

# MARTÍ EN CAYO HUESO

MANUEL PATRICIO DELGADO

*14 de julio de 1932*

Acojo gustoso el grato y reiterado ruego que se me hace respecto a “Cómo recuerdo yo a Martí”, y “Cómo era el carácter de Martí”. Y lo hago envanecido al encabezar este escrito con un autógrafo de aquel genial cubano: “A Manuel Delgado, su amigo cariñoso, José Martí. Key West, 1891”.

Tengo varios recuerdos de haber leído algo de Martí referente a su discurso en el Liceo de Guanabacoa, sin darle importancia: sí leí la hermosa y sentida composición “A mis hermanos muertos el 27 de noviembre”, era la primera edición del libro de Valdés Domínguez. Pero lo que más impresión me produjo fue su “Lectura en Chickering Hall”, y su prólogo al folleto de Castro Palomino, pues ahí vi destacarse con el vigor del carácter al hombre más hábil que tuvimos los revolucionarios de la emigración, porque allí se adentraba en problemas cubanos y problemas humanos, que aún ahora son problemas de Cuba y dondequiera que hay hombres luchando por ideales de justicia, democracia y libertad. Después leí algún que otro número de *La Edad de Oro*, así como ligeras referencias de su labor en la Conferencia de Washington.

Luego leí lo que publicaba *El Avisador* acerca de sus discursos en la Sociedad Hispanoamericana de New York, y algún

discurso del Diez de Octubre, y, finalmente, cuando con motivo de la queja del ministro español en Washington, resignó la plaza de cónsul uruguayo en New York, los beneméritos miembros de la Liga y del club “Ignacio Agramonte”, de Tampa, lo invitaron a ir allí como orador tras conmemorarse el 27 de noviembre, tuve el placer de colaborar con los demás tabaqueros del taller de Eduardo Gato, a que Francisco María González fuera de Tampa a tomar taquigráficamente los discursos del ignorado procer. Luego vino a Cayo Hueso, atendiendo a la invitación de Peláez, Bolio, Pompey, Rodríguez, Fernández y Guarterio García.

La llegada de Martí al Cayo glorioso interrumpió, con venturosa y patriótica vehemencia, la obra que preparábamos los de la Convención Cubana; y como yo era Redactor Jefe de *El Yara*, y Poyo tuvo que dedicarse con Lamadriz y Figueredo a la organización del Partido Revolucionario, tuve que encargarme del diario con el viejo y afectuoso Francisco Rodríguez, el gacetillero, y no pude asistir a ninguno de los actos populares, como no fuera para describirlos; no pude, por lo tanto, saludar a Martí, ya enfermo en Duval House.

Uno de los primeros días me avisó Poyo que Martí quería que fuera a verlo, y yo le dije: “No sé cómo voy a ir, si tengo que ir a la tabaquería y atender a *El Yara*”.

Al día siguiente repitió Poyo su manifestación a nombre de Martí, agregando: “Manolo, dice Martí que él sabe que usted no lo quiere; que vaya a verlo porque está seguro que usted lo va a querer”.

Naturalmente, fui esa tarde, y cuando llegué al cuarto contiguo al que ocupaba, Martí lo oyó y dijo: “Que entre, que entre enseguida”.

Cuando entré se incorporó, y extendiéndome ambas manos me dijo: “Yo sé que usted no me quiere, porque no me conoce; pero véame, véame como soy, y quiérame”.

Yo le interrumpí: “No, Martí; no es que yo no lo quiera, es que Poyo tiene que atender a todo con usted, y no puede”.

Recién pasados los dolorosos sucesos del 2 de enero de 1894, estuvo Martí en el Cayo y di un *meeting* en San Carlos,

especial para los americanos. Presidió el acto el señor Crain, que había figurado de alguna manera en aquellos sucesos.

Nuestro orador ocupó la tribuna y pronunció, en inglés, el mejor discurso que yo le había oído, o que había leído, en el que su cálido verbo, fluyendo cual manantial inagotable de bellezas, instruyó al atento auditorio americano de todo lo que había herido el sentimiento cubano, la llevada al Cayo de tabaqueros españoles precisamente en momentos en que más urgente y necesaria era la cohesión entre los obreros cubanos para organizar, desde la generosa tierra americana, la revolución redentora que había de dar a Cuba lugar de hermana en el banquete de las libres naciones de la América; que aquel triste suceso del 2 de enero en nada podría entibiar el afecto de los cubanos al noble pueblo americano, ya que la convivencia durante los largos años de emigrados allí nos había unido con fraternales lazos; porque cuando se ha llorado juntos ante las tumbas de madres y hermanos, hijos de Cuba y de aquel amado Key West, solo podía consolar las mutuas penas la estrecha unión del agradecimiento y la nobleza.

Aún lo veo, como transfigurado en aquella tribuna humilde de San Carlos. Aún lo siento agitado y convulso al estrecharme y preguntarme: “¿Qué te ha parecido, Manolo?”.

“¡Lo mejor de su vida!”; pude solamente contestarle.

Cómo, al recuerdo de aquella noche, evocado ahora, en Cuba independiente, y atontado por el ruido de las máquinas, y absorto en la lectura de pruebas de la *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, y ya viejo, me siento pleno de jubilosa emoción porque ¡aquel grande cubano murió con el ensueño glorioso de la libertad de sus hermanos!...

*2 de enero de 1933*

Escojo esta fecha para finalizar esta colaboración a una obra generosa y ejemplar que realiza un compatriota meritísimo. Y la escojo porque el 2 de enero de 1894 marcó, en los anales

de la emigración de Cayo Hueso, la más dolorosa página; porque en ese día, y desde las gradas del City Hall, un grupo de americanos anhelosos de evitar que la fábrica de tabacos La Rosa Española se trasladara para Tampa —lo que habría de ocasionar al comercio del Cayo sensibles pérdidas—, ese día, digo, y desde aquel lugar, un grupo de americanos acordó condenar la huelga existente en la referida fábrica, y venir a La Habana a llevar tabaqueros españoles para que sustituyeran a los cubanos huelguistas, y lanzaron duras injuriosas amenazas contra estos.

Lo estupendo del caso nos abrumó. ¿Qué haríamos para evitar el desembarco de los españoles tabaqueros? ¿Agredirlos al desembarcar, no obstante la protección que les brindaba el Comité que vino a buscarlos? ¿Dejar que la ley se encargara de castigar a los intrusos, y de rechazarlos...?

Este criterio, al fin prevaleció, y de ello fue partícipe activo y eficaz un cubano excelente que honra la magistratura cubana: Miguel Alvaro Zaldívar.

La invasión se efectuó: no hubo agresión. Las vías legales se utilizaron, y se pidió a Martí que enviase un abogado, porque los del Cayo, naturalmente, no habían de aceptar la ardua misión de atacar a los suyos.

Vino Horacio Rubens, y yo, como notario público, fui dando fe de las declaraciones juradas que ante mí, y contestando a las preguntas que les hacía el notable jurista, prestaban los españoles tabaqueros que lográbamos sonsacar del grupo invasor. De esas declaraciones resultaba evidentemente que habían ido al Cayo contratados en La Habana, y con pasajes pagados por otras personas; en una palabra, era aquel un caso claro de infracción de la ley de inmigración. Y cuando confiábamos en que el asunto se resolvería sin mayor demora, acusaron a los cubanos que formaban el Comité director de la gestión contra los tabaqueros españoles, y cuando Horacio Rubens intentó argüir ante el tribunal, el juez federal, cuyo nombre me es grato haber olvidado, lo increpó tildándolo de agitador.

Martí, a la sazón, proyectaba venir al Cayo; se detuvo en Tampa, y retornó sin demora a New York y a Washington.

La prensa española, y los americanos amigos interesados en los dueños de La Rosa Española, acusaban nuestra actitud como de odio político a los españoles. Nosotros manteníamos el principio legal de que aquellos españoles habían violado una ley, y como esa ley disponía su expulsión del territorio americano, así lo pedíamos a la Secretaría de Hacienda de Washington, al Labor Bureau, a la Secretaría de Estado.

Véase ahora lo que hizo Martí. En carta, que conservo autógrafa, decía:

Poyo querido:

Hasta este instante, todo parece ya hecho. Aguardo telegrama confirmatorio de Washington. Tal vez Rubens vaya triunfante por el correo que lleva esta. Llegué a Washington, vi que se quería dañar al Cayo por mi permanencia allí, y darle significación política, preparé un informe íntimo, que no debía ser ineficaz, para Gresham y me he hallado callado en New York, evitando toda publicidad, puesto que la actividad esta vez consistía en no tenerla. El caso parece ganado; pero aun perdido, habría ganancia en él. Todo queda pujante y compacto, más maduro para la obra inmediata. Juiciosísima la idea de usted del manifiesto local. Yo aquí entre contento y angustiado. De Maceo recibí ayer respuesta enteramente satisfactoria a la Delegación y al General Gómez, que trasmito sin pérdida de tiempo. Todas las comisiones mías están ya en la Isla. Pero hoy llega correo de Santo Domingo y solo he recibido hasta este momento carta indiferente. Las espero de G. por vía privada. No me deja quieto la inseguridad en que aún estoy sobre el carácter positivo de las órdenes que parecen ya expedidas ordenando el reembarque. El sábado le vuelve a conversar su J. Martí. Muy contentísimo Rubens de los servicios e inteligencia de Manolo. M. 25.

Yo creí entonces, y creo ahora, tantos años después, que perdimos aquella insólita jornada. La Rosa Española se trasladó para Tampa. El Cayo se debilitó; pero aquella ciudad tan lentamente levantada al fondo de la antigua bahía del Espíritu Santo se desarrolló maravillosamente y llegó a ser, tres años después del 2 de enero, campo de entrenamiento de millares de americanos soldados que vinieron a morir en San Juan y otros sitios de Cuba, al lado de los gloriosos mambises, para que nuestra patria fuera libre de la tiranía española. Estos que murieron y nos ayudaron a libertarnos, han borrado de mi memoria los nombres de los que nos injuriaron y las frases con que lo hicieron.

Horacio Rubens, en su sincero libro *Liberty Story of Cuba*, hace amplia referencia a estos sucesos. No sé por qué no se ha publicado en nuestro idioma.

Pensaba rememorar un incidente que demostrase la vehemencia de los sentimientos de aquel cubano a cuya inmortalidad debemos todos contribuir. Pero cómo voy a referir, sin entrar en detalles dolorosos, que encerrado con Martí en su camarote, y pedirle que hallase la manera de que cesara la campaña adversa que le hacía un periodista cubano de New York, me contestó estrechando mis manos: “¡Vete, vete, Manolo, porque es tan hondo, tan hondo, tan hondo, lo que se me ha hecho, que es imposible; no me hables de eso, vete!”.

Aquella vehemencia me la expliqué después cuando Sotero Figueroa me refirió el suceso amarguísimo que laceraba el noble corazón de aquel grande hombre.

Cuanto se haga para llevar a todos los hogares cubanos detalles íntimos de la vida de Martí, es servir a la patria. Esta colaboración es, quizás, mi postrer servicio.

Si yo tuviera capacidad mental idéntica a la del afamado escritor suramericano que hizo el paralelo entre Washington y Bolívar, aprovecharía esa oportunidad para decir cómo era el carácter de Martí; mas como me siento inepto para tamaña empresa, baste decir, evocando algún símil del referido escritor, que si Bolívar recordaba los estupendos Andes y

Washington las Montañas Rocallosas, Martí, laborando solo con los infusorios que éramos los tabaqueros de Cayo Hueso y Tampa, levantó del mar del olvido este continente del viejo patriotismo que es la República de Cuba.

Los que forman su contenido e ignoran aquella labor creadora, posible por el carácter de Martí, y los que toman la patria por escabel, pensarán, cuando vean la modesta estatua del Parque Central, que esta debiera ser más grande que el Capitolio, cuya dorada cúpula refleja los indiferentes rayos del sol. Mas para mí esa modesta estatua es el verdadero símbolo del sol de nuestra libertad.

*Revista Bimestre Cubana*, La Habana, marzo-abril, 1933.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 72-80.

# RECUERDOS DE MARTÍ

FEDERICO EDELMAN Y PINTÓ

Martí ha sido estudiado desde tantos puntos de vista y por tantos, tan grandes y diversos escritores, que parece vana pretensión mía tratar de su inmortal figura una vez más.

Sin embargo, por lo mismo que se trata de un hombre verdaderamente proteico, queda siempre lugar para alguna nueva observación, y le envió estas cuartillas llenas de mis íntimos recuerdos del Apóstol, que no pueden tener otro mérito más que el de la sinceridad con que las escribo, para tratar de expresar, imperfectamente, la imborrable impresión que me produjo aquel hombre-cumbre cuya figura se agiganta en mi recuerdo a medida que transcurre el tiempo, y resistiendo a todos los análisis y a todas las comparaciones, la veo surgir a cada instante, magnífica y luminosa como una visión deslumbradora.

Nunca podré olvidar aquella tarde de fines de julio de 1889 en que tuve la inefable satisfacción de conocer a Martí en su histórico despacho de 120 Front St. en New York. Era yo casi un adolescente entonces que llegaba a la gran metrópoli para tratar de ganarme allí la vida dibujando para los periódicos, y fui presentando a Martí el mismo día que desembarqué por su íntimo amigo de la infancia y tío político mío, Antonio Carrillo y O'Farrill.

Allí sentado a su mesa de trabajo, vi a Martí por primera vez, erguido, nervioso, fino de cuerpo, con su tez lívida, recio pelo negro encrespado como una corona sobre la bóveda maravillosa de su cráneo, los ojos pequeñitos, negros, un tanto oblicuos y deslumbradores de inteligencia; su poblado y recio bigote negro que prestaba a su fisonomía extraordinaria energía; las manos finas, nerviosas, crispadas, llevando en el anular de la izquierda aquel anillo simbólico que usó siempre, forjado con el hierro del grillete que llevó en presidio, con sus iniciales en oro. Aquellas manos reveladoras como ningunas que yo haya visto ni antes ni después, del carácter de ningún hombre. Aquellas manos de artista prodigiosas que se convirtieron en manos forjadoras de un pueblo libre.

Tal es la visión que conservo intacta en mi memoria de la primera vez que vi al Apóstol.

Salimos al poco rato Martí, Carrillo y yo para dirigirnos a Bath Beach, L. J., lugar de temporada en donde había de pasar el verano en casa de mi tía, la señora Irene Pintó de Carrillo, lugar donde también veraneaba Martí, circunstancia esta que me proporcionó la oportunidad de verle a diario desde que le conocí, durante todo aquel verano.

En el camino, tan pronto como Martí se enteró de mis proyectos, se interesó de tal y tan intensa manera en todo lo que a mí me interesaba; desde los primeros instantes de tratarle me reveló una de sus más excelsas cualidades: su espíritu altruista en grado máximo; su no superado afán de servir de algo a los demás, afán nunca desmentido a través de todos los actos de su azarosa vida.

Durante todo el trayecto —aún me parece oírle— no cesó Martí, agobiado como siempre estuvo con sus preocupaciones políticas, de orden puramente material, no cesó de mostrarse interesadísimo en mis planes y proyectos —que bien poco podrían interesar a nadie, y mucho menos a un hombre de su calibre— y estuvo dándome valiosos consejos y orientaciones con aquella precisión, fineza de observación y brillantez deslumbradora, tan suyas, que me dejaron completamente

fascinado ante el poder subyugador de su magnetismo personal y de su altruismo sin igual.

Tuve la dicha incomparable de tratar a Martí con bastante intimidad y ser honrado con su amistad, aquella amistad no igualada de aquel hombre excepcional, y entre las cartas tuyas que conservo hay una escrita el año 1890 en que después de pedirme un servicio insignificante —colorearle un escudo que le había dibujado yo para la Sociedad Literaria Hispano-Americana que él presidía—, y después de pedirme excusas con su habitual fineza por tan pequeña molestia me dice: “Aunque yo no sé que haya gusto mayor que servir de algo a los demás”.

Esta frase tan sencilla dicha por Martí viene a ser como la síntesis de toda su gloriosa vida que no tuvo otra finalidad que la de “servir de algo a los demás”, y que debería ser por lo tanto como un evangelio para los cubanos, sobre todo en nuestra época en que son tan pocos los que están dispuestos a servir de algo a los demás.

La amistad de Martí, en efecto, era cosa exquisita. Su espíritu inquieto, vibrante, refinado por instinto, y su temperamento de artista, le permitían, como a pocas personas, interesarse en todo, y como además poseía en grado sumo una original y sutilísima gracia para expresar sus ideas y un buen gusto que asombraba por lo exquisito, resultaba un *causeur* incomparable, cualidad que hacía resaltar aún más el raro don que tenía de saber escuchar a los otros, aun cuando se tratase de gentes de quienes nada podía aprender.

Era tal el magnetismo personal de Martí, que a pesar de su modestia característica, se captaba enseguida las más vivas simpatías de todos los que le escuchaban, y esto lo conseguía siempre sin hacer ningún esfuerzo, sin tratar de imponerse en forma alguna; era algo como un fluido que emanaba de él y que hacía que todos le escucharan con verdadero arrobamiento.

En su trato fue siempre el Maestro, la cordialidad misma; siempre afable y hasta jovial con aquella risa suya cristalina y límpida como un manantial que causaba una gran impresión

de frescura y alegría reveladoras de la pureza de su alma. Y como un contraste singular, solía Martí dejar escapar unos profundísimos suspiros que le salían del fondo del corazón, y cuando se le preguntaba la causa, contestaba invariablemente: “Nada, cosas íntimas: cosas de Cuba...”. Y volvía enseguida a su habitual afabilidad.

Entre los recuerdos más gratos que conservo del Maestro está el de haber visitado, sirviéndome él de cicerone, las primeras exposiciones importantes de pintura que vi en mi vida.

Me parece escuchar a Martí comentando los cuadros de Claude Monet, y demás impresionistas que entonces eran tan discutidos, con aquella clarividencia suya, y muchas de aquellas observaciones las he leído años más tarde en sus correspondencias, y verdaderamente asombran su perspicacia, su justeza y su buen gusto.

Debido a esta afición por la pintura, hubo de descubrir Martí en la bohemia neoyorquina a Herman Norrman, pintor sueco de gran talento, a quien sirvió desde luego, como acostumbra, y quien pintó del natural el único retrato de Martí que existe, y agradecido se lo ofreció al Maestro que lo apreciaba mucho como obra de arte.

Este pequeño retrato al óleo que lo representa sentado a su mesa de trabajo, en su histórico despacho de 120 Front St. en New York, tal como le vi la primera vez, y tal como lo describo al principio de este artículo, da una idea cabal y justa del Apóstol.

Tuve la oportunidad de tratar a Norrman, a quien me presentó Martí, y pude ver este retrato acabado de pintar. Más tarde lo tuve algún tiempo en mi poder y lo copié con verdadero amor para conservarlo, y cada vez que lo contemplo veo surgir las características esenciales del Maestro y casi puedo decir que siento los latidos de su alma que tan admirable y sintéticamente supo interpretar Norrman.

El retrato del Maestro pintado por Norrman, se encuentra en la actualidad en el Museo Martiano, y es propiedad de la

señora Amelia Martí, única hermana superviviente del Apóstol, que modesta y sencilla vive hoy pobremente y completamente olvidada de los poderes públicos en la república que fundó su hermano.

*Diario de la Marina*, La Habana, 22 de mayo de 1927.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 392-396.

# ¡INMORTAL!

SOTERO FIGUEROA

*A Estrada, a Guerra, a Quesada, a Fraga.*

*19 de mayo del año 1895*

¿Ha muerto? “¡Sí!”, dice la realidad implacable, que no ve más allá del hecho positivo.

“¡No!”, dice el pensamiento soberano, que se cierne sobre lo deleznable, nos hace vivir en el pasado y nos conforta para el porvenir.

Pudo asechanza infame, pudo bala traidora herir el cuerpo frágil y quebradizo de José Martí, pero su espíritu indomable, su alma grande y majestuosa, alentada por el bien de su Cuba esclavizada, y por ese bien rebelde a todo vasallaje, al romper las ligaduras que lo ataban a su cárcel de barro, voló a la cumbre de los inmortales, para vivir en el tiempo y en la Historia; hizo más irresistible sus lecciones patrióticas, porque las santificó con su evolución —que no muerte— ejemplar, y dio bríos al apóstol para que cumplierse inflexible la promesa que había hecho de “servir de alfombra” a los redentores de su patria, de ofrecerse en holocausto a la república cubana.

Los asalariados de la España implacable, detentora de la más bella porción del mundo americano, al descargar sus rifles sobre la virtud que pasaba sonriente a llevar mensaje de triunfo a los hermanos del destierro, no hicieron otra cosa,

desde sus cubiles de fiera, en el bosque de Dos Ríos, que consagrar la apoteosis del mártir, que hacer salva de honor al inmortal.

Para nosotros, los fieles de siempre, los que participamos de sus inquietudes y esperanzas, y sufrimos con él en su calle de amargura, Martí no ha muerto; vive con vida inefable y lo tenemos más presente que nunca en nuestro hogar modesto. Es un amigo excepcional que está ausente de nosotros; pero llena con la inmensidad de su nombre, con los rasgos de su benevolencia, con los esplendores de su pluma, todo el ámbito que ocupamos, todo nuestro pensamiento. De él son, y a él van, estas vehemencias de afecto que subordinan la cabeza al corazón; estas notas íntimas que no son trazadas para los lectores indiferentes, sino para los amigos predilectos que admiraban al agitador, seguían al propagandista y secundaban al Maestro. Aquí, en la mesa de labor, ¡cuántas reliquias preciosas de Martí! ¡Cuántas cartas inapreciables en las que vaciaba sus ternuras de amigo, sus energías de combatiente, sus anhelos de patriota! Alrededor, en la sala pequeña, el busto que recuerda al adolescente en su traje de presidiario, con el grillete al pie, el pico en la mano y la mirada indomable del batallador tenaz; el álbum, en el que ocupa sitio de honor su retrato; las figurillas representando dos campesinos mexicanos —hombre y mujer— que trajo para nuestros pequeños de su último viaje a México, y que guardamos, no por su valor intrínseco, sino por la abrumadora deferencia que hacia nosotros guardaba aquel hombre que, elaborando planes tan vastos en su cabeza, aún tenía tiempo para ser obsequioso con el modestísimo auxiliar, levantándolo hasta su altura; en los anaqueles de corta biblioteca, los libros que pregonan su liberalidad y en cuyas primeras páginas nos confunde con la indulgencia de sus dedicatorias; los libros trazados en medio de la angustia o agonías del destierro, y los cuales, cuando queramos platicar con él, hojaremos conmovidos y siempre serán fieles a nuestro cariño, siempre responderán a nuestra solicitud con la sentencia inflexible, con la originalidad

desesperante que constituyen su estilo inimitable, fervoroso para Cuba, cordial para la América, que él llamaba “nuestra”. Y allá, sobre la biblioteca, en pirámide vistosa, la colección completa de *Patria*, desde el ejemplar gemelo al que a él remitimos firmado todos los que nos encontrábamos presentes al arrojar la prensa las dos primeras copias del periódico que venía a levantar la bandera revolucionaria, hasta el número postrero, que aparece huérfano de su labor solícita, pero que está saturado de su espíritu y que continuará estándolo mientras haya Partido Revolucionario, que es como decir hasta que Cuba sea independiente.

Y fuera de nuestro hogar, en las relaciones sociales, en la plaza pública, en la cátedra docente, en los cargos consulares y diplomáticos, en la tribuna del orador, donde obtuvo sus mejores y más señalados triunfos, ¿cómo no ver a Martí dondequiera, si nos lo presentan sus acciones meritorias? ¿Cómo darlo por muerto, si está en pie su obra de propagandista y de redentor?

No es esta la oportunidad de seguir paso a paso la vida, fecunda en acontecimientos, adversos o afortunados, del que hoy llena con su nombre toda la América y ha hecho vestir de luto los hogares cubanos. Ni son los estrechos límites de periódico espacio suficiente para juzgarlo a través de su obra patriótica, benefactora e intelectual. Es en las páginas del libro histórico-biográfico donde ha de examinarse y juzgarse a Martí, y no ha de faltar quien acometa esa obra de justicia reparadora, de orgullo para la república cubana.

Naturaleza inquieta, apasionada, vehemente, no podía permanecer pasivo o indiferente ante ninguna iniquidad. Alma templada para el sacrificio y con clara visión de la perfectibilidad humana, todo espejo inicuo, toda detentación de un derecho, había de encontrar en él adversario decidido y formidable. Así se le ve, desde sus primeros años, no bien la razón da métodos a su inteligencia y se provee de las más poderosas armas de combate, la pluma y la palabra, encararse, niño aún, con los déspotas de la colonia, marear con

palabra de fuego la frente del gobernador absoluto y lanzar valientemente la idea de la soberanía cubana. Escapa de la muerte para ir a presidio, después de mostrarse ante sus victimarios como orador, y orador tan elocuente, que logra persuadir a aquellos de que el autor de una “criminal” publicación periódica era él exclusivamente, logrando salvar de este modo a su fraternal amigo Valdés Domínguez, que estaba complicado en la misma causa. En el presidio, por ley consoladora de compensación, aprende, más que en libros, conocer el corazón humano, y advierte que en esa lucha implacable que sostiene el criminal contra la sociedad no pocas veces es esta culpable de las monstruosidades de aquel.

He visto en presidio —decía en esas confidencias encantadoras con que subyugaba a los que le oían— tanta virtud contrariada, tantas abnegaciones bruscas por falta de templanza educativa, que no cuento como mis más negros días los que pasé en cadenas. Andando el tiempo, y a mi alrededor, ¡cuántos criminales, seguros de la impunidad, he encontrado, y que he juzgado mucho más terribles que los de los presidios españoles!

Y a la afirmación acompañaba los ejemplos; ejemplos de observación admirable que no es posible abarcar en estas líneas.

Después —y hemos de ser extremadamente compendiosos— escribió un folleto sobre los horrores del presidio de Cuba. Fue a España y se graduó de licenciado en Derecho. Abogó por la independencia de Cuba, no bien se proclamó la República. Se opuso a que los cubanos en Madrid se acogieran a la Federación, abandonando la idea independiente; y al ver que las libertades públicas empezaban a cercenarse, buscó asilo en México, donde fue autor dramático, periodista y diputado en un congreso obrero.

De México fue a Guatemala, y su talento y prestigio crecieron desempeñando las cátedras de Historia de la Filosofía, Primeros Principios de Literatura, a la vez que escribía para

los periódicos, para el teatro, y era el principal aliciente de toda fiesta intelectual.

Regresa a La Habana no bien firmada la Paz del Zanjón, y al año siguiente es deportado a España, por conspirador. Escapa a ese confinamiento y viene a New York; pero no se amolda a este medio su carácter franco, vehemente y anheloso de sacrificios. Marcha a Venezuela, donde ya su nombre figuraba entre los notables de América, y desempeña algún tiempo la cátedra de Literatura en el colegio Villegas; establece una escuela de oratoria, en la que forma excelentes discípulos y funda la *Revista Venezolana*, que muere al nacer, porque hace apoteosis merecida de la muerte de Cecilio Acosta, a quien Guzmán Blanco había estrechado hasta la miseria. Se quiso obligar a Martí, por la amenaza y por el halago, a que se rindiera a la política del engreído mandatario, y la respuesta del cubano altivo fue pedir una pequeña suma, en préstamo, al sabio Arístides Rojas, con la que cubrió su pasaje, y al día siguiente embarcaba para New York.

De vuelta a esta gran metrópoli, desarrolló todas sus nobles y admirables aptitudes. Como Heredia, a quien supo cantar en prosa de conceptos sublimes, fue muy joven aún profesor de renombrados colegios, periodista, corresponsal, poeta, traductor, publicista, cónsul de varias repúblicas suramericanas, diplomático en Washington, benefactor, propagandista, literato de erudición vastísima, y, sobre todo, orador; pero orador tan elocuente e irresistible, de tan fecunda vena y de tan fácil dicción, que hablaba horas enteras sin que decayese el entusiasmo del auditorio, ni diera pruebas de cansancio o de fatiga.

Pero su grande obra, la que le lleva con más resonancia a la posteridad y lo coloca en el cuadro de honor de los libertadores de los pueblos, es la de haber levantado la protesta cubana, aun a mayor altura que el agravio español; es la de haber predicado con la palabra, con la abnegación, con el martirio, este despertar heroico del pueblo cubano a la vida de la independencia. Aquel cuerpo endeble y enfermizo se

transfiguraba en la tribuna y hacía alistarse en las filas del deber hasta a los más incrédulos y descorazonados. Él unió los elementos dispersos y más avenidos de la emigración; borró los antagonismos y recelos que habían quedado, como secuela indispensable, de anteriores fracasadas tentativas.

A impulsos de su palabra fervorosa y profética, los jefes prestigiosos volvían a pensar en la victoria; los combatientes de los diez años nuevamente se colocaban en fila y esperaban impacientes la voz de mando; los hijos del trabajo, los obreros contribuyentes, con más vigor que nunca se doblaron a la mesa del trabajo y compartieron su jornal entre las atenciones de su familia y las no menos sagradas que demandaba la patria. Los clubes revolucionarios surgieron dondequiera que había un grupo de cubanos o de portorriqueños, en toda la extensión de la América republicana, y la guerra, metodizada en bases armónicas sustantivas, no se miró ya como un sueño de imaginación calenturienta o de pertinaz neurótico, sino como problema de fácil solución; si a la concordia y magnanimidad predicada se unía la constancia en la preparación y la inteligencia de los cubanos de fuera de la isla con los de dentro. Creció el tesoro revolucionario; se establecieron hábiles comunicaciones con Cuba; vinieron y fueron emisarios que supieron sortear todos los peligros, y el viaje sorprendente por la celeridad y economía con que los realizaba, Martí se inteligenciaba con los jefes caracterizados dispersos por tierras amigas, y volvía de esos viajes más esperanzado; pero ¡ay! con las señales en el semblante de que iba dejando pedazos de su vida por la patria, cada vez más enaltecida e idolatrada.

A los que todavía dudaban, a los impacientes que creían que un pueblo dormido o estragado por el opio del coloniaje especulador se podía revolucionar en breves meses, él decía, sin presunción y sin soberbia: “¿Se puede hacer más de lo que se ha hecho? Quiera Cuba, y la guerra se hará, pues que ya tiene profundas raíces para crecer frondoso el árbol de la libertad”. Y parodiando a Prada, escritor conceptuoso del Perú, pudo añadir:

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, y nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos a gastar oro en descomunales armamentos y agotaremos su jugo. Un día de progreso revolucionario en Cuba, es una noche de pesadilla en España.

¡Cómo seguirlo en esa febril agitación de todos los instantes, en ese batallar sin tregua en que no daba reposo a la pluma, descanso al cuerpo, ni calma al espíritu! Hubo ocasiones en que tres o cuatro escribientes, con el secretario de la Delegación a la cabeza, apenas bastaban a seguirlo en el despacho de su correspondencia al dictado.

En cuanto a la propaganda pública, fue *Patria*, este periódico que nació con el Partido Revolucionario Cubano, su palenque de combate, su tribuna doctrinal, su bandera prestigiosa desplegada a los vientos del derecho en la cumbre de sincera democracia. “Nada de odios, nada de polémica acre o personal; respeto a todas las opiniones honradas y desdén o indiferencia para los cubanos pecadores por imprevisión, por maldad o por soberbia”.

Estas eran sus exhortaciones a los que compartían con él los trabajos de redacción. ¡Y cuántas noches en vela, tras día de ruda labor! ¡Cuánta solicitud afanosa por que el vehículo de sus ideas revolucionarias marchase con la rapidez con que él producía los materiales! Y Martí, que era de índole dulce y reposada, únicamente se tornaba severo cuando creía no se le prestaba a *Patria* todo el empeño que él demostraba, en momentos decisivos, para que no se retrasase. De ahí que en esa publicación, más objetiva que enciclopédica esté vaciada el alma del agitador y sea un copioso arsenal de datos y apuntes para la historia de Cuba libre.

Estalló la guerra por fin en la patria querida, merced a la tenacidad y a la preparación ordenada del Partido Revolucionario y contra los deseos de una minoría obstruccionista de la Isla, bien hallada particularmente con los procedimientos equívocos del gobierno español.

Los que admirábamos y temíamos por Martí, le hicimos observaciones respetuosas acerca de la conveniencia de que debía permanecer en New York.

Tendría triste concepto de mí mismo si yo me quedase aquí, cuando mis hermanos en Cuba están derramando su sangre por la causa que yo he predicado. Los irreflexivos que calumnian gratuitamente no tendrán ocasión de decir que yo lancé mi pueblo al sacrificio y que me quedé fuera del alcance de las balas enemigas.

Así dijo, con firmeza que no admitía réplica, y cumplió su palabra ofrendando su vida por la independencia cubana.

En sus relaciones sociales José Martí era irresistible. Unía a un bello corazón afabilidad tan extremada, que contaba a los amigos por el número de personas que llegaban a tratarlo. Los pobres, los desgraciados, los humildes, hallaron siempre en él apoyo, cordilidad, afecto. Al lado suyo no había rangos ni categorías; los hombres tenían el valer que supiesen conquistarse con su laboriosidad o con su suficiencia. Y no se advertía nada de afectación ni de fingimiento en sus hábitos; el observador más perspicaz tenía que rendirse ante aquella relación hermosa que había entre sus palabras y sus actos. Era bueno, con la bondad sencilla del que ha sufrido mucho y sabe que una mano, tendida a tiempo, es un auxiliar que se gana para cualquier causa noble. Por eso era idolatrado por el pueblo, que lo seguía sin vacilación a donde quisiera llevarlo, a la vez que recibía el homenaje de admiración de los que eran capaces de comprender. El afligido que llegaba a su presencia salía confortado. No pocas veces ponía a contribución la bolsa de los amigos para hacer obras de caridad, con esa delicadeza hábil que no ruboriza al indigente. Abrumado

de trabajo, inquieto, siempre era cortés y afable con el que venía a importunarlo. No sabía decir que no a nada de lo que se le pidiese; de ahí que en muchas ocasiones no podía cumplir con todos, por más que a todos dejaba satisfechos. El que sufría, lo encontraba a su lado haciéndose partícipe de sus dolores, y lo mismo se sentaba a la mesa del magnate que a la del humilde trabajador que lo invitase a una comida criolla. Pudo ser rico, y desdeñó la fortuna por seguir siendo vocero de la independencia cubana. Corregía sin herir; era firme sin ser arrogante; pronto en el elogio, tardo en la censura y maestro benévolo y eficaz para sus hermanos los obreros, como lo prueban sus lecciones inolvidables a los beneméritos discípulos de La liga. ¿Qué de extraño tiene que un coro de alabanzas resuene hoy en torno de su nombre? ¡Y este gran carácter no se vio libre de enconada mordacidad! Mas, ¿qué importa, si eso era necesario para aquilatar su gloria? Lo dijo un escritor notable: “Dadme una envidia tan grande como una montaña y os daré una reputación tan enorme como el mundo”.

La historia, justa e imparcial, empieza donde la vida acaba.

Para José Martí se han abierto las puertas eternas. Vive hoy con vida inextinguible.

Abonó con su sangre la tierra de Cuba libre, y con el espíritu que él ha infundido al Ejército Libertador lo conduce a la victoria.

¡Paso a la revolución triunfante! ¡Plaza al inmortal!

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 379-388.

# REMINISCENCIAS DE JOSÉ MARTÍ

PATRICIO GIMENO

Pedirme las impresiones que en mí dejó Martí, tarea ardua es a no dudar, tanto más al pensar que muchos, y entre ellos lumbreras de galana pluma, han escrito páginas de merecido encomio al mártir cubano. Mis palabras, si no elocuentes, demostrarán al menos el aprecio y amistad que él me inspiró. Como pinto y a la vez enseño idioma que con tanto arte y maestría manejaba Martí, he sentido por él siempre amor y respeto.

¿Cómo conocí a Martí? De un modo a la verdad particular, por la recomendación que para él me fue dada. Desvíome del tema principal.

Empezaré por decir que nací en el Perú, pero que habiendo pasado los mejores años de mi vida en La Habana, bien puedo decir que me aplatane, así es que siempre de ella me acuerdo cual si hubiera sido mi segunda patria. Frecuentaba las sociedades cubanas y contaba con muchos amigos. Siguiendo el consejo de algunos de ellos decidí trasladarme a la tierra yanqui, y entra aquí lo particular y curioso, que entre las cartas de presentación que traía había una de un gallego, persona muy apreciable, pero español acérrimo, y por añadidura oficial de voluntarios; al dárme la me dijo:

Aquí tiene usted una carta para don José Martí. Conocí muy bien a su padre, oficial en el ejército, también al

hijo le traté y a pesar de la ojeriza que nos tiene, pues conspira contra nosotros, seguro estoy le encantará su trato. Es él, después de todo, como su padre, un perfecto caballero. Quizás no le falten razones para odiarnos.

Esta era la primera vez que oía nombrar a Martí.

Llegué a New York, y así que me hube instalado fui a la oficina de Martí, que si no me equivoco era en aquel entonces cónsul del Uruguay, situada en Front Street.

Vivísimos deseos tenía de conocer a aquel hombre de ideas tan contrarias al que me había dado la carta presentándome a Martí; eso, y el haber sabido su posición diplomática, me hizo creer que fuera recibido de una manera algo ceremoniosa. No fue así: Martí, con esa cordialidad tan proverbial, tan característica en él, fue muy amable al recién llegado. Hízome preguntas, primeramente sobre el antiguo amigo de la familia, cuya carta acababa de leer. Después de indagar mis planes trató de orientarme, con sus consejos. Tanto interés me mostró en nuestra primera entrevista, que salí enamorado de su espontánea cordialidad. Al hablar de pintura, hube de comprender y sorprenderme los vastos conocimientos que de ella poseía, lo bien que había observado las distintas escuelas y movimientos artísticos. Hablaba de técnica cual si fuera pintor. No dudo que lo era intuitivo. El mayor don del genio es la modestia y ese don lo poseía Martí en alto grado.

Su fenomenal memoria le permitía hablar de diversas materias. Estaba dotado de un espíritu observador; ese espíritu observador que se muestra en Ticiano, el Greco, Cervantes y otros; no lo había estudiado en cátedras humanas, sino en la del Supremo Maestro, la naturaleza. A medida que le conocí, más y más me convencí de su enciclopédica imaginación. Nunca hablaba en tono doctoral, enfático. Sus expresiones no eran rebuscadas, afluían de una manera natural, clara, distinta. Tejera, a quien conocí, amigo de Martí y poeta de imaginación, dijo: “Quien nunca le haya oído en una íntima entrevista de confianza, no podrá imaginarse el poder fascinador de que es capaz la palabra”.

En varias ocasiones fui, en un principio, invitado por él a probar varias cocinas chinas, húngaras, etc. En el tiempo que le conocí tuve ocasión de observarle, de oírle hablar con varias personas tanto amigas como extrañas, y parecía que inconscientemente, sin esfuerzo, sus palabras se amoldaban al oyente. Su percepción intuitiva de leer y penetrarse de la personalidad del que le hablaba, era en mi creer asombrosa. Quizá en esto estribase la atracción que ejerciera en otros.

Poseía a veces su palabra una energía titánica, y a veces la dulzura de una dama. A pesar de ser su lenguaje florido y en ocasiones parabólico, carecía de ese pedante gongorismo de que muchos de nuestros escritores parecen estar inoculados haciéndose muchas veces incomprensibles.

Volvamos al susodicho amigo español que le achacaba a Martí tenerles ojeriza. Él no conocía al Martí que yo conocí; le conoció superficialmente, cuando el hombre no estaba formado. El despecho, el odio o la ojeriza no podían tener cabida en un espíritu tan noble y elevado cual era el suyo. Solo le guiaba un deseo, una pasión, que sobrepujaba todas las otras, y era que la justicia y la libertad se cerniesen sobre aquella amada Cuba que le había dado el ser y por la cual estaba dispuesto a sacrificarlo todo.

Voy a referir algo que parecerá una pequeñez; sin embargo, es un rasgo que demuestra su generosidad. No mucho después de tratarnos, Martí me pidió le hiciera un retrato de su difunto padre, del que solo le quedaba una pequeña fotografía. Advirtíome de antemano que sus recursos eran escasos, que fuera considerado en el precio. Cuando lo hube terminado, agradecido a sus atenciones no quería cobrárselo, mas tanto insistió, sabiendo mis luchas por la vida en un país extraño, que se negó a aceptarlo, así es que me vi obligado y le puse en verdad un precio ínfimo. Nada dijo, pero a los pocos días, bajo sobre, me envió casi el doble de lo que le había pedido con una atenta notita. Haré ahora referencia a una carta que me escribió algún tiempo después de haberme casado. Poséola y guardo como reliquia y en verdad lo es. Para que la carta sea entendida haré un pequeño preámbulo.

Martí a menudo se extasiaba hablando de su divina Cuba, ensalzaba sus deliciosos paisajes y esas gallardas y encantadoras palmas que acompasadamente columpia la brisa en sus pintorescos valles. Un día hube de prometerle un paisaje de palmeras. Pasé algún tiempo sin ver a Martí. Por un lado mis ocupaciones, por otro la luna de miel, hicieronme olvidar mi promesa, cuando un día presentóse en mi estudio un pintor mexicano con una cartita de presentación. Hela aquí:

Mi amigo Gimeno:

Usted ha desertado y quiere vivir solo en su felicidad. Ni palmas ni memorias. Yo porque no me crea interesado no le he ido a ver; porque lo iría a ver por usted y por verle el hogar, y creería usted que iba a verle por el interés de las palmas.

Lo que quiero ahora es que con interés de hermano atienda y sirva cuanto pueda al excelente artista y amigo Montenegro que pondrá en sus manos estas líneas. Quiere vender sus deliciosos cuadros y necesita marcos, marcos baratos.

Usted sabe el misterio, usted es bueno, sirva al Sr. Montenegro de todo corazón, que pocas personas encontrará tan dignas de estima como él, y con tanto talento fino y delicado.

Póngame a los pies de su Sra. y mande a su amigo,

JOSÉ MARTÍ

Esta carta la encontré en una vieja chamarreta que usaba en mi trabajo, y la guardo como un tesoro. Aunque escrita a vuela pluma, ¿no hay en ella ese encanto, esa delicadeza que era tan proverbial en Martí? En lo que pude ayudé al excelente pintor Montenegro. Enseguida puse manos a la obra, pinté las palmas por mí olvidadas. Lejos estaban de ser una obra maestra. A Martí le parecieron admirables; las recibió con la alegría que recibe el niño un juguete que por mucho tiempo se le ha prometido.

Por esta carta bien se puede ver que por ocupado que Martí estuviera, siempre estaba listo a ayudar en lo más insignificante al que llamara a su puerta. En particular siendo un artista, Martí se multiplicaba. Aquel artista de la palabra se sentía atraído y sabía atraer a todos los que poseían un arte, fuere el que fuere; dígalos si no la atracción que ejerció en Norrman, el artista sueco ya mencionado en otro artículo por la señora Blanche Z. de Baralt. Norrman usaba mi estudio cual si fuera el suyo y tanto había oído hablar de Martí que deseaba conocerle. Le llevé a la oficina en momentos en que Martí escribía, tarea que para el Maestro era sempiterna. Conocía bien a ambos y nunca imaginarme pude que el artista que tan diestramente esgrimía la palabra encantase al que esgrimía el pincel. ¡Sus caracteres eran tan distintos! Tenía Norrman algo del hielo del norte; no obstante, al ver aquella espaciosa y abovedada frente bajo la que ardía el genio cual el sol en su adorada Cuba; aquellos ojos a la vez de mirada investigadora, dulce y penetrante; aquellas manos nerviosas, a cuyo impulso se deslizaba sobre el papel la pluma vertiendo ideas; todo esto en verdad debió atraer, fascinar al artista nórdico, cuando sin remuneración alguna se dispuso a trasladar la imagen de Martí al lienzo, e inspirado debió estar, pues cualquiera podría reconocer al Maestro por las manos que están tan bien retratadas. Norrman, hombre de pocas palabras, me manifestó repetidas veces su admiración por él; su personalidad le fue muy atractiva.

De asombrarse era también el conocimiento lingüístico que poseía; mucho de él lo adquirió Martí por sí mismo. Una vez me dijo que a pesar de no haber estudiado el alemán, podía traducirlo bastante bien. En particular, su conocimiento idiomático del inglés lo prueba su preciosa traducción del *Called Back* de Hugh Conway y la novela *Ramona* de Helen Hunt Jackson. Félix Iznaga, amigo y compañero mío que por aquel tiempo fue secretario de Martí, me dijo que paseándose él por el cuarto con el original en la mano, se la dictaba en español con asombrosa rapidez, y de ahí sin corregirlas apenas, iban las cuartillas a la imprenta.

La actividad de Martí era pasmosa, sin igual. Siempre que se me habla de nuestro indolente tropicalismo, tan exagerado por esos nórdicos, cito al incansable Apóstol para negar tal aseveración. Su actividad no era lucrativa. Era la suma de todos los sentimientos hospitalarios propios de nuestras tierras. En él se reflejaba esa exuberante naturaleza que sin interrupción, perennemente da óptimos frutos. En nuestra historia limitados son los ejemplos que se encuentren de una actividad intelectual en tan diversos asuntos o materias. Bien pueden decirlo sus artículos en inglés en el *New York Sun*. En español los que escribió para *La Nación* de Buenos Aires y tantos otros que le dan un puesto innegable de periodista. Sus idilios poéticos le colocan entre los precursores de Rubén Darío. Estas glorias se desvanecen al traer a la memoria sus elocuentes e inflamatorios discursos. Su palabra vibrante, conmovedora, repercutió en el pensamiento dormido de los que ansiaban ver a Cuba libre.

Mis deberes, mis muchas ocupaciones y el estar Martí, a lo que aparecía en todas partes cual si estuviese en todas a la vez, priváronme de verle. La casualidad, sin embargo, hizo que nos encontrásemos un día en la calle Catorce. Estaba él en compañía de Máximo Gómez, a quien iba a poner en las desiertas playas de la Perla de las Antillas para cerciorarle de que su semilla diseminada en palabras fructificaba, atrayendo a miles de brazos al servicio del veterano general. Sumo honor y placer tuve en conocer al viejo caudillo del cual meses después hice un retrato que fue rifado en la feria dada en honor de los cubanos en Madison Square Garden. Nos despedimos sin pensar que a los pocos días había de leer en los periódicos su desembarque, y no mucho después la aciaga muerte del amigo. Su horrorosa muerte nos llenó de indignación y pesar.

La patria había perdido un sabio timonel de ojo avisado e inteligencia diplomática. Habiendo luchado en tantas borrascas en la vida, bien hubiera guiado la nave gubernativa de la joven república por el inquieto oleaje de pasiones y envidias;

escollos que tras sí deja una revolución. En sangre se ahogan los sentimientos más elevados del espíritu, apareciendo vampiros después que quieren vivir de la sangre del sacrificio. Martí tenía la dulzura, la ternura de una madre cariñosa y desinteresada, pero a pesar de su femenina ternura, dispuesto estaba a defender la guardia que le dio el ser, de los rapaces que tratasen de avasallar o robar el bien de su querida Cuba.

Martí, lucero fuiste. Tu luz de benévolos, fúlgidos rayos, alumbró la aurora de tu Cuba libre. Vano fue apagar tu luz destruyéndote. Era la luz que emana del espíritu y como él, es indestructible.

Las almas nobles dejan un surco luminoso que orienta el camino de los venideros, sirviéndoles de norma. Aquellos que, ciegos y obcecados, se alejan del recto camino y no ven su luz, perecerán en ignominia, serán execrados. El futuro es el inexorable juez que juzgará el pasado.

Dejaré de divagar, terminando estas desaliñadas líneas cuyo único mérito estriba en ser inspiradas por mi buen amigo Martí. En el ocaso de la vida deseo, ya que han terminado las discordias y puesto que tanto aquella despótica madre España como sus hijas, se cobijan bajo el manto de la libertad, que así unidas bajo el único príncipe de la raza, Cervantes, hagan por conservar incólume su rica herencia.

*Revista Bimestre Cubana*, mayo-junio, 1932.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 39-46.

# MARTÍ Y YO

JUAN GUALBERTO GÓMEZ

*La última visita. La última carta*

La Habana ha rendido a la memoria inmortal del egregio José Martí, un espléndido homenaje en este aniversario de su natalicio. Es seguro que en la Isla entera todos los corazones cubanos se habrán sentido igualmente emocionados al evocar el recuerdo del día feliz en que Cuba viera nacer al hijo que, con su laboriosa constancia y su esfuerzo genial, reunió los elementos valiosos y unificó las voluntades necesarias para que su país de nuevo se lanzara a la conquista de su libertad y de su independencia.

Amigo y compañero de Martí en el trabajo revolucionario, viene en este día glorioso a mi mente el recuerdo de dos circunstancias que jamás olvidé, porque viven en mi espíritu como características emocionantes de mis relaciones con aquel glorioso compatriota.

1

Martí y yo nos conocimos hacia el final de 1878. El Pacto del Zanjón nos había sorprendido a ambos en el extranjero: a él por una de las repúblicas de Centroamérica, y a mí en México.

Fue en el bufete del célebre jurisconsulto, elocuente orador y exquisito amante de las letras, don Nicolás de Azcárate, donde nos vimos por vez primera. Don Nicolás de Azcárate también había tenido que emigrar a México, donde nos hicimos amigos, perseguidos por la intransigencia colonial. En su bufete encontró Martí su primera ocupación, y allí le fui presentado por don Nicolás, y allí nació entre los dos una relación íntima, que estrechó y fortaleció la identidad de nuestras opiniones respecto a los destinos de nuestra patria. Los dos estimábamos el Pacto del Zanjón, que no aprobábamos, no como el desenlace natural y definitivo de la Revolución de Yara, sino como una tregua, inesperadamente surgida, y que Cuba debía romper tan pronto como pudiera. Para llegar a esta finalidad, todos los que en la Isla pensaban de ese modo empezaron a conspirar a fin de reunir recursos y voluntades para emprender de nuevo la guerra libertadora. Yo pertenecía como secretario a un club revolucionario, secreto, desde luego. Martí pertenecía a otro.

Del bufete de Azcárate pasó luego Martí al del licenciado Miguel Viondi, otro excelente cubano. Todas las tardes nos reuníamos Martí y yo en el despacho que tenía en la oficina de Viondi, quien se daba cuenta de lo que hacíamos, pero nos miraba con simpática benevolencia y caballerosa discreción.

La labor de los que conspirábamos dio su fruto. En 1879 estalló la que se conoce en el vocabulario separatista con el nombre de la “Guerra Chiquita”, no porque careciera de empuje o de importancia, sino porque tuvo poca duración. En Oriente y en Las Villas, el movimiento armado logró impresionar fuertemente al gobierno español. Para ayudar a los alzados en armas, para provocar nuevos alzamientos, los clubes habaneros estimaron conveniente unificar su acción; y a este efecto se convocó una junta de los presidentes y secretarios de esos clubes, que se celebró una noche, en la vecina población de Regla. En esa junta, se creó un comité central, cuya presidencia asumió Martí.

La idea pareció excelente, puesto que desde ese momento, el entusiasmo aumentó, y con él, el crecimiento de los recursos en armas, municiones y dinero, para ayudar a los alzados de Las Villas singularmente, y preparar un alzamiento en la misma provincia de La Habana. Pero, al cabo, la idea resultó funesta. Mientras los clubes trabajaban aisladamente, al gobierno le era difícil conocer la existencia de todos y medir la importancia de su labor. Desde la reunión de Regla, su espionaje se hizo intensivo y eficaz, por la sencilla razón de que a la reunión de Regla habían asistido dos o tres miembros de clubes, que eran espías del gobierno, y ponían a este al corriente de cuanto sabían.

A las pocas semanas de estar actuando Martí como presidente del comité central, fue preso. Y el recuerdo de esa circunstancia es el primero de los dos a que me refería al comienzo de este escrito.

## 2

Martí vivía en una casita, modesta, pero alegre y limpia, que aún existe: Amistad, número 42, entre Neptuno y Concordia. Una mañana en que habíamos trabajado mucho en su bufete, y debíamos seguir trabajando en el arreglo de asuntos de interés para Las Villas, me llevó a almorzar a su casa. Estábamos aún en la mesa, él, su distinguida esposa y yo, cuando sonó la aldaba de la puerta de la calle. Su esposa se levantó y abrió. La saleta de comer estaba separada por una mampara de la sala de recibo, así es que yo no vi al visitante; pero la señora de Martí dijo a este en voz alta: “El señor que vino hace rato a buscarte, y al que dije la hora a que te podía ver, es el que ha vuelto. Dice que termines de almorzar, pues no tiene prisa y te esperará”. No obstante esto —lo recuerdo bien— Martí se levantó y, con la servilleta aún en la mano, pasó a la sala de recibo. Tras breves instantes, volvió a la mesa, y con calma absoluta, dijo a su esposa: “Que me traigan

enseguida el café, pues tengo que salir inmediatamente”, y siguió para su cuarto. Yo le vi abrir su escaparate, que estaba frente a mí, pues yo estaba sentado de espaldas a la sala; buscar de una gaveta unas cuantas monedas, llamar a la esposa, a la que dirigió unas palabras que no oí. Servido el café por la sirvienta en esos instantes, vino Martí a la mesa, y de pie sorbió de su taza unos cuantos buches de café, y dirigiéndose a mí me dijo: “Tome su café con calma: usted se queda en su casa, y dispéñeme, pero es urgente lo que tengo que hacer”. Me dio la mano, tomó su sombrero y se marchó con el visitante para mí hasta ese momento incógnito. Desde ese día y esa hora, no volví a ver a Martí.

En efecto, tan pronto como salió de su casa, su esposa, presa de una gran angustia, me dijo, con ojos llorosos: “Se llevan a Pepe; ese hombre que ha venido es un celador de policía. Yo lo ignoraba. Pepe me encarga que le diga a usted que corra y haga lo posible por ver a dónde lo llevan y le avise a don Nicolás de Azcárate”.

Salí enseguida con toda la prisa que me era posible. Al entrar por la calle de Neptuno acerté a ver a Martí con su acompañante, a cierta distancia. Ya casi iba alcanzarlos, cuando vi que en la parada de coches que existía en la plazuela de Neptuno y Consulado, entraban en un carruaje. Apresuré el paso, tomé otro coche yo, lo seguí, y los vi descender en la Jefatura de Policía, entonces instalada en el mismo edificio de Empedrado y Monserrate que ahora ocupa.

Cumpliendo el encargo de Martí, avisé a Azcárate. Para este, que tenía grande influencia en el gobierno, se levantó la incomunicación y se le permitió ver a Martí. Con Azcárate recibí unas llaves y el encargo de recoger en el bufete de Viondi, una pequeña maleta, para entregarla a don Antonio Aguilera, diputado provincial entonces, que quedó en lugar de Martí. A los tres días de su detención salía el vapor correo para España, llevándose a Martí para la metrópoli, pues tanto por los consejos de Azcárate, como por su propia inclinación a los

procedimientos suaves, el general Blanco, Capitán General de la Isla, prefirió deportarlo, a intentarle un proceso.

Lo repito: desde el día de su detención, no nos volvimos a ver más.

### 3

A las pocas semanas de la prisión de Martí, fue preso don Antonio Aguilera. Lo más singular del caso es que este, a víspera de su prisión, vino a encontrarme, en una noche lluviosa, abrigado por un gran capote, y trayendo debajo de este el famoso maletín que yo había recogido en el bufete de Viondi y que le había entregado a virtud del encargo que recibiera por conducto de Viondi.

Tengo informe fidedigno —me dijo Aguilera— de que de un momento a otro me han de prender. No sé cómo ha podido ser, puesto que me he estado moviendo con mucha cautela. Pero es lo cierto que no solo se sabe mucho de lo que hago, sino que la policía está enterada de que en esta maletica poseo documentos de importancia, que pertenecieron a Martí. Pocos lo saben, y de esos pocos, no me cabe sospechar. Se la traigo, pues, para que busque un lugar seguro en qué ocultarla. Tome la llave. Si me prenden, ábrala, entérese de los documentos que contiene. Además, si me prenden, hay que mandar a Santa Clara, con emisario seguro, estos otros documentos que le dejo.

¡Qué tiempos aquellos! Sin vacilar acepté el encargo. Aguilera y yo nos abrazamos fuertemente. Llevé la maleta a lugar seguro. Para mí, siempre ha habido, entre mis amigos, gentes en quienes he podido fiar, y que por su posición modesta y hasta pobre, como la mía, resultaban casi insospechables a las autoridades españolas.

Como lo temía Aguilera, a los dos días de su entrevista, fue preso y enviado también a España, como Martí. Abrí la maleta, y me encontré con una nota de encargos, que asumía el deber de cumplir. Envié a Las Villas el emisario que me pareció más seguro... ¡cuando a los pocos días fui preso, conducido a la fortaleza del Morro y deportado a Ceuta! La maleta fatal desgraciaba a todo el que la poseyera. En víspera de mi salida para España, supe la causa del misterio: uno de los hombres más importantes de los clubes conspiradores, teniente coronel de la Guerra de los Diez Años, se había puesto, por venganza de lo que él estimó un desaire, al servicio del gobierno. De él no nos ocultábamos. Él sabía a qué manos iba a parar la maleta dejada por Martí, y sabía que con arreglo a los documentos que contenía se dirigían los trabajos revolucionarios. Mientras yo podía pasar como uno de tantos, no tenía importancia mi papel. Depositario de la maleta, ya resultaba eficaz y peligroso. De ahí mi deportación.

Diez años permanecí en España: desde 1880 a 1890. Cuando a ella llegué, ya Martí había logrado escaparse y vuelto a América. Y cuando de ella salí, y regresé a Cuba, nuestros rumbos se habían distanciado tanto que no manteníamos siquiera correspondencia.

#### 4

Al volver a Cuba, en 1890, yo traía un propósito deliberado: fundar un periódico para iniciar una propaganda franca y abierta de las ideas separatistas, que yo estimaba que no se podía impedir aquí por las leyes, como no se había podido impedir en España la propaganda republicana, declarada legal por el Tribunal Supremo de nuestra antigua metrópoli. Fundé el periódico *La Fraternidad*, netamente separatista. Denunciado un artículo titulado “Por qué somos separatistas”, encarcelado durante ocho meses, condenado a una pena relativamente ligera por la Audiencia de La Habana, a pesar de

la brillante defensa de González Lanuza, llevé el caso al Supremo de España, donde defendido por don Rafael María de Labra, obtuve, con la casación de la sentencia, el reconocimiento de que era lícita la propaganda del ideal de la independencia.

Esto pasaba entre 1890 y 1891.

Martí, al conocer mi campaña, me escribió desde New York, felicitándome. Cuando más tarde fundó el Partido Revolucionario Cubano, en los Estados Unidos, ya estábamos de nuevo en correspondencia, y, cosa más singular, ya había conspiradores en la Isla, que marchaban en inteligencia conmigo, como sucedía en Matanzas, donde el ingeniero Emilio Domínguez, el doctor Pedro Betancourt, los hermanos Acevedo, José D. Amieva y otros tenían constituido un club revolucionario.

Al acentuarse la acción del Partido Revolucionario Cubano, resulté, sin buscarlo, el intermediario natural entre los conspiradores de por aquí y Martí. Poco a poco, mi correspondencia con él se hizo semanal, bisemanal, casi continua. Los hechos, y su confianza, y la confianza de los que en Cuba laboraban, todo ello me dio el peligroso, pero honorabilísimo papel de llevar entre los nuestros la representación del que ostentaba el título de Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

De mi larga correspondencia con este, algunas cartas se salvaron, sobre todo, algunas de las que recibí en los meses de noviembre, diciembre, enero y principios de febrero de 1895.

Tengo, sobre todo, la última. Está escrita la víspera del día en que salió para Santo Domingo a reunirse con el general Máximo Gómez, para venir a morir a Cuba. Después de encargarme de que me dirigiera, en lo sucesivo, a Gonzalo de Quesada, de quien me decía “mi hijo espiritual”, terminaba su carta con estas frases nerviosas: “¿Lo veré...? ¿Volveré a escribirle...? Me siento tan ligado a usted, que callo... Conquistaremos toda la Justicia”.

Tal es el recuerdo de la última vez que vi a Martí, en 1880, y tal el párrafo, para mí inolvidable, de la última carta que me escribió en 1895.

*Revista Bimestre Cubana*, enero-febrero, 1933.

*Revista Cubana*, ob. cit, pp. 64-71.

# MARTÍ JUZGADO POR MÁXIMO GÓMEZ

MÁXIMO GÓMEZ

Señor F. María González

Estimado amigo:

Quedo enterado del propósito que tienen ustedes de reunirse el día 19 de mayo, para tratar de algo relativo a la memoria imborrable del querido de todos nosotros, José Martí, muerto hace siete años defendiendo en los campos de batalla los derechos de su pueblo. Y han hecho muy bien en decirme ese propósito, pues usted sabe cuánto lo amaba yo también y, cual ninguno, sufrí el primero la profunda pena de verlo desaparecer en aquella hora funesta para la patria.

Yo no sé si podré tomar parte en esa reunión de amigos de Cuba y del glorioso muerto a la vez, y es por eso que le adelanto estas líneas de condolencia como un deber cumplido a la memoria del héroe caído en Boca de Dos Ríos.

Fue José Martí muy poco conocido de sus compatriotas, los cubanos, en el verdadero, esplendoroso apogeo de su gloria. La verdad sea dicha: yo no he conocido otro igual en más de treinta años que me encuentro al lado de los cubanos en su lucha por la independencia de la patria.

Martí fue cariñosamente admirado en la tribuna, desde donde flageló siempre a la tiranía y se hizo amar del pueblo, cuyos derechos defendía con tesón incansable.

Desde allí, al decir de muchos criollos y extraños, se hizo un hombre notable.

Supo buscar en el libro y en el periódico los mejores y más cariñosos factores, poniéndolos al lado del obrero cubano en el taller del trabajo, para que se instruyera, principalmente en el amor a las cosas de la patria, y se sintiera después bien hallado con la nueva sociedad que debía venir; creándose de ese modo la República por el pueblo y para el pueblo. Predicó la escuela, como la panacea que curará de todos nuestros males como consecuencia de una vida anterior de atraso crudísimo, de privilegios y oscurantismo. Aún siendo un niño se encaró contra el poder usurpador de los derechos de su patria, y por eso vagó llevando un grillete al pie, pues buen cuidado había de tener la tiranía de apagar en Cuba toda lámpara que, como Plácido, pudiese dar algún destello de luz.

Siempre lo fue Martí, en suma: activo, rebelde, contra todas las tiranías y usurpaciones.

Enhorabuena, todo eso es espléndido y edificador, sublime si se quiere; pero Martí no debió tener necesidad de hacer grandes esfuerzos para llenar esa misión que él mismo se había impuesto. Para aquel cerebro dotado de sorprendentes recursos intelectuales y para aquel hombre de gran corazón, debemos presumir que no era una empresa que ofreciese grandes dificultades que vencer.

El atrevimiento era medurado, se tenía que contar con el tiempo y esperar que la semilla fructificara nuevamente, después de tantos fracasos. La esperanza no había muerto en el corazón del pueblo, y Martí, hombre de penetración, comprendió eso y en esa grande y sólida base apoyó el extremo de su palanca.

Pero llegó un momento para Cuba en el que Martí debía completarse y se completó, y he aquí desde donde yo lo he visto grande y hermoso y donde muy pocos tuvieron la ocasión de contemplarlo, consumando el mayor de los sacrificios: franco, sencillo y resuelto, sin que pudiese esperar, halagado, el aplauso: porque en la guerra todo es

duro y escueto. Frente a la muerte no se puede mentir; hasta allí no se puede llegar sino desnudo de ficciones.

Yo vi a Martí entero y sin decaimiento cuando en el tremendo fracaso de La Fernandina, en donde lo perdimos todo, quedándonos sin recursos y sin crédito como premio doloroso de algunos años de ímprobo trabajo. ¡Qué días tan amargos aquellos que nos tenía preparado el destino! Al lado de la terrible contrariedad que sufrían unos hombres preparados con entusiasmo para una gloriosa empresa, ese fracaso no solamente dejaba comprometida aun la vida, sino también algo más grande: el honor. Preciso era en lance tan desesperado jugar el todo por el todo, y vi entonces a Martí, sin miedo y resuelto a correr los azares de una suerte por demás incierta, cuando para cumplir la palabra empeñada con la propia conciencia y con la patria, nos lanzamos a la mar en débil barquichuelo, llevándoles en vez del elemento de guerra, a los compañeros combatientes ya, la dolorosa noticia del fracaso. Para los hombres de honor que sepan apreciar aquella desairada situación nuestra, sobre todo para Martí, que era el director de las cosas de fuera, han de pensar, junto conmigo, que era preciso poseer una gran dosis de entereza para no sentirse desconcertado ante tamaño infortunio, que muy bien pudiera apreciarse de manera distinta, para la vehemencia de la opinión pública, desesperada por ver realizada la empresa con tanta insistencia anunciada. El pueblo, y sobre todo los eternos enemigos de la revolución, podrían decir con sobra de razón: “He aquí el parto de los montes”.

Después de eso vi a Martí resuelto y entero, cuando, no contento el destino con la desgracia con la cual acababa de fustigarnos, dispuso fuésemos traicionados y abandonados en el mar por los mismos que se habían comprometido, mediante una retribución adelantada, a conducirnos a la sierra amada.

Momentos angustiosos fueron aquellos, capaces de meter miedo a los espíritus más fuertes y mejor templados, y a hombres como Martí, no acostumbrados a los azares

de la guerra. Extraño contraste: habíamos principiado con la más horrenda derrota, para obtener después, como se ha visto, la más espléndida victoria. Así ha sido Cuba y seguirá siéndolo.

Al fin vencimos de tantos trastornos y de tantas infamias, a costa de sacrificios sin cuento, y yo vi entonces también a Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa con un rifle al hombro y una mochila a la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual de un viejo soldado batallador, acostumbrado a marcha tan dura, a través de aquella naturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Después de todo este martirizante calvario, y cuando el sol que alumbraba las victorias principió a iluminar nuestro camino, yo vi a José Martí, ¡ah, qué día aquel! erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos. Como un venado, jinete, rodeado de aquellos diestros soldados, que nos recuerda la historia, cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.

Allí, en Boca de Dos Ríos, y de esa manera gloriosa, murió José Martí. A esa gran altura se elevó para no descender jamás, porque su memoria está santificada por la historia y por el amor, no solamente de sus conciudadanos, sino de la América toda también. Guarde usted, amigo mío, estas líneas, como un recuerdo del amigo y del hermano, escritas al calor de los recuerdos de aquellos tiempos y del compañero muerto y nunca bien llorado.

JM: *Hombres*, ob. cit., vol. VI, pp. 63-68.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 151-154.

# EL MAESTRO

[Fragmentos]

MANUEL J. GONZÁLEZ

Más tarde tuve ocasión de conocerlo más de cerca, de tratarlo personalmente, de tener con él intimidad respetuosa, de poseer su confianza, que solo con la muerte pudo haber concluido. Esto fue desde abril de 1889, por cuya época tratábamos algunos cubanos humildes de fundar una sociedad de amor y concordia para todos los cubanos, cuyo resultado fue La Liga.

Solo bastó una leve indicación para que estuviera con nosotros en la brega continua e incansable. Él nos alentaba, sorteaba las dificultades, buscaba socios, amigos, visitantes, maestros; él fue su inspector, cargo honorífico, porque en realidad fue alma.

Constituída La Liga, noche de luz y de amor, y normalizados sus trabajos, dióse principio a las clases con los socios profesores buscados por él.

Verdaderamente ensanchaba el corazón el espectáculo conmovedor que allí se observaba.

La Liga tenía dos amplios salones: uno para las clases —que es al que nos referimos— divididos por una puerta corrediza, y los dos para sus lunes de fiestas.

En el de clases, unas cuantas docenas de sillas, dispuestas en un semicírculo servían para acomodar a los discípulos. En el centro una mesa, mesa que tendremos presente cuanto dure nuestra existencia, y frente a ella una silla donde se sentaba el profesor.

A la derecha una estufa, que se usaba en las heladas noches de invierno, a la izquierda un piano, hacia el fondo una librería, y en las paredes varios cuadros, destacándose en frente de la puerta el del retrato del Maestro.

Dos días a la semana daba clases de inglés Gonzalito, como cariñosamente le llaman todos los que lo conocen. Uno de gramática viva, sin libro, en que, con su manera especial como tenía él, nos la metía por los oídos y los ojos a la vez, el bueno y honrado, que nos trataba con cariño de padre, Manuel Barranco. Los jueves era el gran día: había dos clases, la de Historia Universal, a cargo del inteligente y activo Trujillo, y la enciclopédica, del Maestro.

Él llegaba de nueve y media a diez, después de haber acabado su clase nocturna, con la que ganaba el sustento. A su llegada iluminábanse los rostros y ensanchábanse los corazones. A pesar suyo se le quitaban los periódicos, revistas, libros y el sombrero que llevaba en las manos, y se las estrechaban sus discípulos humildes, de una manera efusiva, cordial. Sentábase en una silla, delante de la mesa, y principiaba a revisar y poner en orden los papeles que sobre esta estaban, escritos de antemano, sin firmas. ¿De qué trataban? Eran de ignorantes ansiosos de saber. Por eso en cierta ocasión que hizo una relación de las clases de La Liga, Trujillo llamó a esta enciclopédica.

Principiaba el Maestro por leer el papel tal como estaba; después alababa el estilo, la forma, si era de alabarse, sobre todo, si estaba en estilo sencillo, con palabras sencillas, sin frases rebuscadas, sin sacrificar la idea a la forma, pues decía que de este modo se pueden expresar los pensamientos más sublimes; pasaba después a corregir las faltas que hubiera, pero de tal manera, de modo tan suave y delicado, que daban intenciones a veces, de cometerlas, para tener la oportunidad de oírse las corregir; y, por último, disertaba sobre lo escrito, que era corto o extenso, según lo permitiera la hora o mereciera lo escrito.

Erraría el que se figurase que iba él, con frases aduladoras, a halagarnos, para por este medio ganarse nuestro afecto. De hombre a hombre hablaba, y para él solamente lo era el que

no se doblega al oro —¡cuán pocos son los que no queman incienso ante tan poderoso señor!— o a la lisonja, los halagos, la soberbia, la envidia, etc. Con manos de madre, pero firmes, nos curaba las heridas que pudieran habernos hecho los que en realidad no son hombres.

Darse [nos decía] no esperar a que se nos den. Hacer el bien por la alegría que sentimos en haberlo hecho, y no por el que nos pudiera venir de él. Algunos no ven del sol nada más que las manchas y no la luz. La lucha del bien y del mal no es más que la lucha de lo que se arrastra contra lo que vuela. El hombre es como el mundo, con sus nubes, montes, ríos, montañas, volcanes, etc. En el hombre residen todos los animales de la creación: cuando predomina el cerdo, es dado a lo pornográfico; cuando la paloma, dado a lo ideal. De pedestal se sirve a la patria.

El era “alfombra de su pueblo”. Vimos, por medio de su palabra angélica, cómo aparecían los pueblos, crecían, menguaban y desaparecían, esto es, ir de menos a más e ir de más a menos, siempre por una misma causa: ir a más por un principio justo, e ir a menos por el injusto. Y aquí nos decía en otra forma, pero en el fondo la misma idea, como todo lo que va dicho de él: “Pueblo en que todos sus hijos se sientan hombres, encontrará una muralla de pechos el invasor. Pueblo en que una parte de él esté oprimido, es pueblo preparado para sufrir tiranía”.

¡Y cómo se le iluminaba el rostro, rostro sincero, por cuya frente cómo se veían pasar las ideas en tropel, al hablar de nuestra América y en particular de las dos islas tristes!

Para gobernar un país hay que conocer todos sus factores, hay que runderse en él. Si se desconoce uno, o se pone de lado, por ahí se cae. Mal se gobiernan nuestros países con una frase de Sieyès o con un decreto de Hamilton. A aprender han ido muchos de nuestros gobernantes al poder. Gobernador en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

Delante de nosotros pasaron todos los grandes hombres de nuestra América con su trabajo creador: Washington, Bolívar, San Martín, Hidalgo, O'Higgins, Sucre, Páez, Morazán, Toussaint. Y de nuestra Cuba, y de nuestro Puerto Rico, ¿qué servidor de la patria dejó de ser evocado? Parece que aún le veo, inquieto en su silla, como dominando los diques de la elocuencia que querían desbordarse; parece que lo oigo en la relación sencilla, con palabras sencillas, sobre cada uno de los papeles escritos por sus discípulos humildes.

De literatura, ciencia, arte, política, religión, etcétera, de todo se trató allí, de todo sabía él y de todo nos hablaba. ¡Ah, el Maestro era un gran genio!

Si al leer sus artículos dijera Benjamín Vicuña Mackenna: “¡Estoy asombrado de Martí! ¡Qué modo de concebir y de expresar sus ideas! Maneja la pluma como Gustavo Doré jugaba con su lápiz”; si Eduardo de la Barra dice que es “el más eminente y brillante prosador americano de cuantos conoce”; si Miguel E. Pardo califica su prosa como de “una regeneración”; si J. M. Vargas Vila, al compararlo con Vergniaud, dice:

Su misma juventud, su mismo aspecto pensador y triste, su misma frase pulida como armadura de antiguo caballero en día de justa, el mismo culto a la pureza de sentimiento y a la castidad de la frase, el amor desbordado por el pueblo, el mismo corazón sereno y tierno, la misma estoica resignación al martirio... todo lo mismo, pero más fuerza, más realidad, más lucha en Martí,

¿qué mucho que nosotros los humildes, los ignorantes, lo consideremos como un gran hombre sobrenatural, un genio; como lo más grande que ha tenido Cuba, la virgen de sus amores? Podrán otros, en cada una de sus cualidades en particular ser tanto o más grandes que él, pero todas estas reunidas como él, ¿quién?

JM: *Hombres*, ob. cit., pp. 25-31.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 121-125.

# MARTÍ EN GUATEMALA

[Fragmentos]

JOSÉ MARÍA IZAGUIRRE

Los hechos que voy a referir son absolutamente históricos, incluyendo los nombres propios de los personajes que en ellos figuran, y que, al par de aquellos, son bien conocidos de los habitantes de la capital de Guatemala.

En los diversos escritos que he leído acerca de Martí ninguno relata los acontecimientos que le ocurrieron en esa república, ni cómo fue juzgado en ella, y yo tomo a mi cargo narrar los principales, de que he sido testigo, como elocuentes pruebas de la rectitud de miras y de la firmeza de carácter de nuestro héroe inmortal. Ellos servirán para agrandar su figura excelsa, porque con frecuencia sucede que los hechos más meritorios de los hombres no son los que han adquirido mayor brillo, sino los que pasan casi ignorados o que jamás han salido de lo íntimo de la conciencia.

Corría el año 1887. Era yo director de la Escuela Normal de Guatemala por contrato celebrado en New York con el ilustrado guatemalteco señor Francisco Sainfiesta, en representación del general Justo Rufino Barrios, presidente de esa república.

Desde que fundé dicho establecimiento tuve el propósito de elevarlo a la mayor altura que fuese posible. Contaba para ello con los útiles consejos de mi condiscípulo y amigo, el inolvidable pedagogo cubano Luis Felipe Mantilla, con la

cooperación de los profesores más distinguidos de Guatemala y con la ayuda material del Gobierno, que accedió gustoso a cuantos gastos y medios le propuse para lograr aquel objeto.

El Secretario de Instrucción Pública, que lo era entonces el notable estadista señor Marco Aurelio Soto, me dijo un día:

La Escuela Normal tiene muchos enemigos por hallarse situada en un edificio que perteneció a la congregación de los Padres Paulinos; aquí hay muchos fanáticos: todos ellos son enemigos de ese establecimiento, y es necesario hacerlo simpático, si queremos que no decaiga: a usted corresponde ejecutarlo.

Algo perplejo quedé al recibir semejante recomendación, que era casi una orden, viniendo, como venía, de la autoridad superior del ramo. No pudiendo oponerme a ello, me propuse cumplirla de la mejor manera que me fuese dado. Pensé que para propagandas de simpatía nada es tan valioso como la mujer, y que atraerla a mi partido equivalía a dar cumplimiento a la extraña recomendación del señor ministro. Pero, ¿cómo atraerla? Me ocurrió que podría conseguirlo obsequiándolas con flores y con reuniones lírico-literarias en el mismo establecimiento, y tratándolas con finura y caballerosidad siempre que se presentase la ocasión de hacerlo.

Con ese objeto formé un jardín que, sin duda, era el mejor de Centroamérica, así por la variedad de flores nativas y exóticas que en él se cultivaban como por su extensión y por la buena disposición que se dio a sus arriates. Sembré en el medio una palma real de Cuba, que aún existe, como símbolo de amor tributado a mi adorada patria, y di orden al jardinero de que regalase ramos de flores a todas las señoras que visitasen el jardín.

Con este procedimiento, y con la ejecución de las otras partes del programa, logré que aquellas viniesen con frecuencia al establecimiento, y que todas las que lo hacían fuesen contribuyentes voluntarias del jardín, regalándole nuevas especies, y defensoras decididas de la Escuela, con lo cual quedó cumplida esta parte de mi propósito.

Por otro lado, la excelencia de los profesores, los buenos métodos que se establecieron, las condiciones de los alumnos en lo relativo a edad, inteligencia, conducta y aplicación al estudio; el numeroso y apropiado material de enseñanza con que se contaba, el interés que a todos animaba en obsequio del establecimiento, unidos a las simpatías dispensadas por el bello sexo, dieron a aquel tanto auge y crédito, que no solo era conocido en la América Central, sino que los extranjeros que visitaban la república se hacían un deber de visitar también la Escuela Normal.

Su buen nombre llegó, sin duda, hasta México, pues un día se me presentó un joven procedente de esa república solicitando plaza de profesor. Su porte era decente, su exterior simpático, y su manera de expresarse fácil y agradable. Me cayó bien. Le pregunté quién era y cuáles eran sus aptitudes para el magisterio, a lo cual me respondió:

—Soy cubano, vengo de México y me llamo José Martí. Mis aptitudes para el magisterio...

—¡José Martí! —le interrumpí yo. Ese nombre no me es desconocido: lo he visto como el del autor de un folleto en que se habla de los martirios que el gobierno español hace sufrir a los pobres cubanos que manda a los presidios de África. Acaso...

—Sí, señor, yo soy el autor de ese folleto y el mártir a quien el mismo se refiere.

—Pues bien, señor Martí, su doble merecimiento de cubano y mártir le hacen acreedor a toda mi simpatía: cuenta usted con la colocación que solicita.

—Señor, debo ser franco ante todo: para aceptar su generosa oferta he de hacerle presente que estoy comprometido a casarme en México con una joven cubana. La ceremonia se verificará dentro de algunos meses, y yo no podré realizarla si usted no me concede uno para ir a México con tal objeto: le prometo que mi tardanza no traspasará ese límite.

—Bien está, señor Martí: queda concedido el mes que usted desea. Sírvase recordármelo cuando llegue la oportunidad.

Habiéndome dicho que las clases que más le agradaría desempeñar eran las de historia y de literatura, le asigné esta última, añadiéndole los ejercicios de composición, vacantes en aquellos días por renuncia del profesor que los tenía a su cargo.

Desde la primera lección se granjeó la benevolencia de sus alumnos, benevolencia que después se convirtió en cariño para dar paso más tarde a la admiración y al entusiasmo.

He dicho que uno de los medios que me propuse emplear para dar crédito y simpatías a la Escuela Normal era el establecimiento de reuniones lírico-literarias. Estas se llevaron a cabo con mucho éxito, proponiéndome no solo aquel objeto, sino emplearlas como estímulo para los alumnos y como medio de educación social para los mismos. En ellas se daban conferencias científicas ante un concurso de ambos sexos regularmente numeroso y escogido, se tocaba, se cantaba, se recitaba, se declamaba, se parecía en cierto modo a las reuniones familiares que en un tiempo se celebraban en el Liceo Artístico y Literario de La Habana, cuando era su director el ilustre patriota Ramón Pintó.

En una de esas noches tocó hablar a los elocuentes oradores guatemaltecos Martín Barrundia y Lorenzo Montúfar, ambos Secretarios de Despacho del gobierno de Barrios, y el último notable historiador. Sus discursos fueron muy aplaudidos, había versado el de Montúfar sobre la inteligencia de los animales, y con abundante copia de hechos históricos y de razonamientos pretendió probar la verdad de su tema.

Hallábase presente Martí, y, después de oír los discursos anteriores, me pidió permiso para decir algunas palabras. Confieso que se lo concedí con temor, pues aunque yo le reconocía como un joven ilustrado, discreto y de palabra fácil, ignoraba los puntos que calzaba en materias de oratoria. Pero mi temor duró poco, pues sus primeras palabras fueron recibidas con agrado por la escogida concurrencia, y, cuando terminó su discurso, fue aplaudido de un modo excepcional. Habló sobre la literatura en relación con la política. El asunto

era escabroso en un gobierno tan suspicaz como el de Barrios, pero Martí lo revistió de tales formas y supo orillar las dificultades de tal modo, que los más entusiastas en aplaudirle fueron los secretarios mencionados.

El público quedó completamente satisfecho. El discurso de Martí fue el gran acontecimiento de la noche, y el nombre del orador voló desde entonces por toda Guatemala en alas de la fama como tribuno insigne, aunque solo contaba en esa fecha veintitrés años de edad. Un caballero lo confirmó con el apodo de “Doctor Torrente”, porque, en efecto, Martí parecía en sus discursos un torrente que se despeñaba, y el elocuente y sabio abogado Salvador Falla dijo de él estas palabras:

Martí, como los bosques nuevos y frondosos, tiene mucha hojarasca en lo que dice; pero su imaginación es fecunda, maravillosa su facilidad para expresarse, y cuando él tenga más edad y haya moderado su ardor oratorio, habrá adquirido más experiencia y reflexión, la hojarasca se convertirá en sazonados frutos de exquisito sabor.

Entre las familias más entusiastas por él se contaba la del general Miguel García Granados, distinguido por su valor, ilustración y patriotismo, y por haber libertado a su patria de la teocracia en que la tuvieron sumergida por largo tiempo los fanáticos gobiernos de los presidentes Carrera y Cerna. La familia del general García Granados era numerosa y se hacía notar por su cultura y amabilidad; presentado Martí a ella, fue recibido cordialmente, y pronto llegó a ser uno de sus amigos más adictos.

Entre las hijas del general había una llamada María, que se distinguía de sus hermanas como la rosa se distingue de las otras flores. Era alta, esbelta y airosa: su cabello negro como el ébano, abundante, crespo y suave como la seda; su rostro, sin ser soberanamente bello, era dulce y simpático; sus ojos profundamente negros y melancólicos, velados por pestañas largas y crespas, revelaban una exquisita sensibilidad. Su

voz era apacible y armoniosa, y sus maneras tan afables, que no era posible tratarla sin amarla. Tocaba el piano admirablemente, y cuando su mano resbalaba con cierto abandono por el teclado, sabía sacar de él notas que parecían salir de su alma y que pasaban a impresionar el alma de sus oyentes.

Tenía veinte años de edad, y hasta entonces había permanecido insensible a los tiros del amor. Su familia era su encanto y a ella consagraba los tiernos afectos de su corazón. Sin embargo, desde que Martí frecuentaba la casa, se notó en ella cierta tristeza que nadie se explicaba, así como el silencio en que se encerraba delante de él. Era evidente que algo pasaba en su interior; pero ese algo nadie se lo explicaba y quizás ella misma ignoraba la causa de lo que le pasaba.

Lo que sí sabía ella era que cuando veía a Martí experimentaba un deleite supremo, y que cuando él estaba ausente su tristeza aumentaba, su ansiedad de verlo era mayor y no cesaban estos tormentos hasta que él se hallaba de nuevo en su presencia.

Este sentimiento, desconocido para ella, fue creciendo de día en día hasta tomar los caracteres de una verdadera pasión, y aunque ella lo disimulaba por el recato propio de una joven educada en el amor a la honra, bien comprendió Martí lo que le pasaba. Caballero ante todo, y ligado por igual sentimiento a otra mujer a quien había jurado ser su esposo, se abstuvo de fomentar con sus galanterías o con demostraciones de afecto aquella pasión que parecía próxima a tomar las proporciones de un incendio. Su papel se limitó desde entonces a tratarla simplemente como amigo, y fue separándose de la casa poco a poco para que María comprendiese que no debía entregarse al sentimiento que la dominaba, pues por más que él reconociese sus merecimientos, como los reconocía, y que simpatizase con ella, no podría corresponder a su pasión.

En medio de estas circunstancias me recordó Martí el mes de licencia que le había ofrecido para ir a realizar su matrimonio. Concedido que fue, emprendió marcha hacia la capital de esa república, y aunque el viaje era largo y penoso, en el

plazo pedido, sin coger un día más, se casó, volvió a emprender marcha, y el mismo día en que se cumplía el mes de permiso entraba por las calles de Guatemala y me presentaba a su esposa con estas palabras que nunca he olvidado:

—Pepe, Carmen.

Este acontecimiento lo obligó a no volver más a la casa de María, pues consideraba el dolor que con su presencia habría de causar a la joven. Sensible fue para él tomar esta determinación, pues al afecto que profesaba a esta por su generosa pasión, se unía el respeto y la consideración que tributaba a su familia. Era, sin embargo, necesario hacerlo así, como único medio de imponer silencio a un corazón sensible y amoroso, y así lo verificó, bien a pesar suyo.

Pero el sentimiento se había arraigado profundamente en el alma de María, y no era ella del temple de las que olvidan. Su pasión se encerraba en este dilema: verse satisfecha o morir. No pudiendo verificarse lo primero, le quedaba el recurso de lo segundo. En efecto, su naturaleza se resintió del golpe, fue decayendo paulatinamente, un suspiro continuo la atormentaba, cayó enferma, una fiebre lenta la consumía, y a pesar de los cuidados de la familia y de los esfuerzos de la ciencia, después de estar algunos días en cama sin exhalar una queja, su vida se extinguió como el perfume de un lirio y su alma voló inocente y pura al seno del Creador.

Este acontecimiento fue motivo de duelo general en la ciudad de Guatemala, por el sincero afecto de que María era objeto y por los merecimientos de su familia. Una inmensa concurrencia acudió a la ceremonia fúnebre, que fue solemne y suntuosa. El ataúd que encerraba aquellas preciosas reliquias era de raso blanco, blancas eran también las coronas que lo adornaban; y fue conducida en hombros de sus amigos a la mansión eterna, a una bóveda de su familia. El séquito iba silencioso e impresionado; revelaba el dolor que a todos dominaba. Poco a poco fue retirándose al llegar a la cripta, y últimamente quedamos allí solo tres amigos: José Martí, José Joaquín Palma y yo, que quisimos permanecer junto a la joven

hasta su postrer momento sobre la tierra. Cuando el albañil dio la última mano a la losa que la cubría, los tres miramos involuntariamente; una lágrima rodó de nuestros ojos, nos estrechamos las manos en silencio y los tres salimos tristes y doloridos de aquella mansión oscura donde quedaban sepultados para siempre los restos inanimados de aquella infortunada joven, digna de mejor suerte.

Volvamos a la Escuela Normal.

Ha pasado un año.

Martí ha continuado desempeñando sus clases, y sus lecciones han sido cada día más interesantes y provechosas.

Nuestra amistad se ha ido estrechando de tal modo que se ha transformado en cariño fraternal.

La Escuela, contando siempre con los elementos a que antes me he referido, había aumentado su crédito y con éste sus enemigos. Pero los enemigos no eran ya solo los fanáticos de quienes hablaba el señor Soto; se les habían asociado para trabajar juntos en su obra demoleadora algunos directores de colegios a quienes hacía daño el buen nombre de aquel establecimiento, que los eclipsaba con su sombra. Sus trabajos eran constantes, no ya contra la Escuela, sino contra su fundador y director, que la había elevado y sostenido a aquella altura. Para dañarlo en el ánimo del Gobierno aprovechaban todas las oportunidades, pintándolas a su modo; sobre todo, al terminar el año 1878, en que salió de la Escuela un número considerable de alumnos con sus diplomas de maestro, después de haber sufrido rigurosos exámenes, a satisfacción de los examinadores y del público que presenció sus ejercicios.

Se aproximaba el 19 de marzo del siguiente año, día de mi santo. Mis amigos quisieron obsequiarme con una gran fiesta musical, dada en el salón de actos públicos de la Escuela. La fiesta estuvo muy animada: tomaron parte en ella los

principales artistas guatemaltecos, y tuvo gran resonancia en la capital y fuera de ella.

Los enemigos del establecimiento aprovecharon esta ocasión para decir al presidente Barrios que yo miraba la Escuela con mucho abandono, que solo pensaba en divertirme y que así se malgastaba el dinero de la nación.

Barrios, que era hombre de impresiones violentas, me mandó a decir que me presentara en su despacho, lo cual hice enseguida, y me ordenó con palabras de mal tono que entregara inmediatamente la Escuela a la persona que él designara para recibirla.

—Señor—le respondí—: he cumplido siempre con mi deber y no he hecho en la Escuela cosa alguna que no lleve el sello de la corrección. Estoy dispuesto a entregarla inmediatamente.

Y así lo hice.

Cuando Martí supo lo que pasaba, voló a mi encuentro y me dijo:

—Lo que han hecho con usted es una cosa indigna. Voy a presentar mi renuncia inmediatamente.

—No haga usted semejante locura —le contesté. Si el sueldo de que aquí goza es el único recurso con que cuenta para mantenerse y mantener a su esposa, ¿a qué queda usted atenido si lo renuncia?

—Renunciaré —me respondió con firmeza—, aunque mi mujer y yo nos muramos de hambre. Prefiero esto a hacerme cómplice de una injusticia.

Mis consejos no bastaron a disuadirlo de su intento, y lo hizo como lo dijo.

Desde ese momento pensó en retirarse de Guatemala y dirigirse a New York. Era precaria su situación para efectuarlo, por la carencia de recursos, pero sus amigos y paisanos lo ayudamos con lo que pudimos, y así logró realizar su viaje.

Llegado a aquella gran metrópoli, aceptó los consulados que le ofrecieron varias nacionalidades americanas, y los desempeñó para satisfacción de sus comitentes. Pero no permaneció largo tiempo en ellos, porque el amor a Cuba lo abrasaba, y resolvió dedicarse con todas las fuerzas de su

cuerpo y de su alma a redimir a la pobre cautiva, libertándola del yugo español.

Emprendió sus patrióticos trabajos poniéndose, desde luego, de acuerdo con el ilustre general Máximo Gómez y con otros dignos patriotas, y los prosiguió hasta que estalló la revolución de Baire el 24 de febrero de 1895, encabezada por el bravo general Bartolomé Masó.

Y queriendo dar a sus paisanos el ejemplo de abnegación absoluta que lo animaba y que debía ser signo distintivo de los cubanos, fue personalmente al territorio revolucionado. Desgraciadamente tuvo un encuentro inesperado con tropas españolas, y habiéndoles hecho frente, halló gloriosa muerte en los campos de Dos Ríos, en el departamento oriental.

Esta fue una pérdida irreparable para Cuba; pero su plan estaba bien combinado, fue heroicamente ejecutado y dio por resultado el levantamiento de toda la Isla en contra del Gobierno, la agitación del mundo político, el empobrecimiento de España en Europa, la destrucción de sus escuadras y el aniquilamiento de su poder en América y en Asia.

De *Cuba y América*, 1899.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 332-342.

# EN NEW YORK PRIMER ENCUENTRO CON MARTÍ

[Fragmentos]

ENRIQUE LOYNAZ DEL CASTILLO

Una fría mañana de noviembre de 1891 el vapor que conducía desde la inmensa bahía de Samaná, en la República Dominicana, un grupo heterogéneo de viajeros —comerciantes, estudiantes y el holandés adiposo, representante de la compañía que por un empréstito abusivo habíase apoderado de las aduanas dominicanas— deslizábase en las tranquilas aguas de la fantástica bahía de New York. Delante, entre brumas, la gigantesca Estatua de la Libertad y en el erguido brazo la antorcha triunfal de los derechos del hombre.

Por entre enjambre de vapores de todas clases, en coro atronador de silbatos, dejamos atrás la estatua colosal: en ruta al muelle, sobre el río del Este. Como si todas las grandezas se agruparan ante nuestros ojos asombrados, ahora teníamos delante el puente monumental que sobre el río majestuoso une a Brooklyn y New York. A uno y otro lados los altísimos rascacielos, con sus hileras de ventanas iluminadas. Por todas partes el ruido ensordecedor de la inmensa colmena. ¡Bajamos a la tierra de los libres! Policía ninguno, ni oficial de inmigración nos preguntó el objetivo de nuestro viaje; en la gran metrópoli entramos como en nuestra casa.

Me hospedé en la casa de Mrs. Mayorga —55 Concord en Brooklyn— en el mismo cuarto ocupado por los generales

Serafín Sánchez y Francisco Carrillo. La amable Mrs. Mayorga era viuda de un cubano.

Desde la siguiente mañana, mi preocupación primera —antes que el cobro de mis comisiones— fue conocer a Martí. Tanto supliqué a mis generales, que a poco tomábamos el elevado, cruzábamos el gran puente y llegábamos a la casa de 120 Front St., cuyo tercer piso lo ocupaba la oficina del Apóstol de la revolución.

Mientras subíamos las escaleras decía Carrillo: “Este es el gran disparate: illevar este muchacho a Martí es para que salga dando vueltas de carnero! Ya lo verás”... ¡Apenas anunciados los nombres de los dos próceres de Cuba, apareció, con los brazos abiertos, José Martí! A mí me latía intensamente el corazón.

—Martí, aquí le traemos el más ferviente de sus admiradores: este muchacho, de familia camagüeyana que dio mucha sangre a Cuba. Él lleva hasta la locura la pasión de la patria.

Pasamos a la sala. Notables escritores de nuestra América española hacían tertulia al calor de la estufa llameante... Una gran escritora americana, Helen Hunt Jackson, la genial autora de *Ramona* —que Martí tradujo embelleciéndola—, acompañaba a los latinos. Se había tratado en aquella tertulia de la teoría que acababa de presentar —en la edición dominical del *Herald*— el gran inventor Edison acerca de la estructura de los átomos. Atribuíales la original teoría la formación de dos hemisferios cargados de opuesta electricidad —positiva y negativa— a cuya concurrencia giraba vertiginosamente la materia atómica. La teoría no fue exacta, como se descubrió después: a la aparición de la moderna descripción de los electrones.

Al terminar nuestra larga visita ya Martí nos había regalado, con amable dedicatoria, sus últimos libros. En el de *Ramona* había escrito: “A Enrique Loynaz, que amaré, con su alma tierna y fogosa, a mi pobre Alejandro”. Y viendo empolvado mi sobretodo, tomó un cepillo, y con esmero lo sacudió. ¡Y antes que pudiera impedirlo, había también

sacudido el polvo de mis zapatos!... ¡A mí me pareció tener delante la reencarnación de Jesucristo!

Carrillo advirtió: “Ya tú ves, Serafín, lo que te anuncié: que este muchacho saldría de la casa de Martí dando vueltas de carnero”. En todo el camino de regreso solo hablamos de Martí: de su sencillez, de su atrayente personalidad, de su conversación amenísima, como no ha existido otra, de sus ojos tristes y acariciadores... en fin, que el general Carrillo tenía toda la razón.

De *Memorias de la guerra*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, pp. 55-56.

# RECUERDOS DE MIS PRIMEROS QUINCE AÑOS

MARÍA MANTILLA

¡Qué grato es vivir con recuerdos tan vivos y llenos de cariño como los que llevo yo en el alma! Viví junto a Martí por muchos años, y me siento orgullosa del cariño tan grande que él tenía por mí. Toda la educación e instrucción que poseo, se la debo a él. Me daba las clases con gran paciencia y cariño, y cada vez que tenía que hacer un viaje, me dejaba preparado el itinerario de estudios que había de hacer en cada día durante su ausencia. En medio de todas las agonías y preocupaciones que llevaba sobre sí, nunca le faltaba tiempo que dedicarme.

El francés me lo enseñó de manera sencilla y fácil de comprender; pero su mayor afán eran mis estudios de piano. Su deseo era que yo llegara a ser una buena pianista —que nunca logré serlo, pero sí pude lograr tocar lo suficiente en aquellos años de niñez, para proporcionarle a él muchos ratos de placer. Siendo yo aún muy niña, se empeñaba siempre en llevarme a las reuniones de La Liga, una sociedad de cubanos de color, todos hombres cultos y muy caballerosos, para que yo les tocara algunas piezas de música. Yo, como niña al fin, muchas veces no quería ir, pero Martí me decía: “Sí, hijita, es deber de uno darles placer a aquellos que no gozan de mucho”. Entre esos cubanos de La Liga, recuerdo sobre todo a Rafael Serra, Sotero Figueroa, y los hermanos Bonilla,

tabaqueros estos últimos y hombres de gran talla, de más de seis pies. La idolatría de estos hombres por Martí era cosa admirable. Lo veneraban.

De Martí, el caballero, quedan grabados en mi mente tantos detalles de delicadeza y galantería con las “damas”, como decía él. Para él, la mujer era cosa superior. Siempre tan fino, y con alguna frase de elogio en los labios. Cuando se daba alguna reunión, en que se citaban las familias cubanas para celebrar algún santo o alguna otra ocasión, había música y un poco de baile, y Martí siempre sacaba a bailar a las señoras o señoritas menos atractivas y luego yo le preguntaba: “Martí, ¿por qué usted siempre saca a bailar a las más feas?” Y él me decía: “Hija mía, a las feas nadie les hace caso, y es deber de uno no dejarles sentir su fealdad”. Como este, muchos otros detalles de su caballerosidad.

Cuando, a veces, mi hermano Ernesto me hablaba con rudeza, o alzaba la voz, Martí le decía: “¿A que tú no le hablas así a la niña vecina; y por qué lo haces con tus hermanas, que merecen más delicadeza y finura que las extrañas?”.

Recuerdo también, cuando yo tenía siete años, un día que yo iba con Martí por el campo —pues estábamos de temporada en Bath Beach— y sentados los dos bajo un árbol, me picó una abeja en la frente y en el instante Martí la trituró con los dedos; de ese episodio resultó el “verso sencillo” que dice:

*Temblé una vez en la reja  
A la entrada de la viña,  
Cuando la bárbara abeja  
Picó en la frente a mi niña.*

Cuando él escribía algún artículo o carta o lo que fuera, su cerebro trabajaba con tal rapidez que las ideas le venían más ligeras de lo que la pluma le permitía escribir, y al concluir me llamaba y me decía: “Mira, lee esto y dime qué dice aquí”, porque él mismo no entendía lo que había escrito; pero yo sí lo entendía. Siendo su discípula, yo conocía cada rasgo de su

letra. El me decía que yo era su secretaria. A veces me dictaba mientras se paseaba por el cuarto, y yo tenía que escribir muy ligero para no perder una frase. Mi último recuerdo es del día que Martí se despidió de nosotros, cuando salió para Santo Domingo.

*El Mundo*, La Habana, 2 de marzo de 1950.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 389-391.

# MIS RECUERDOS DE JOSÉ MARTÍ

ALFONSO MERCADO

Siendo yo un muchacho todavía, me encontraba un día de los fines del año 1894 en compañía de mi hermano menor, en el patio de la vieja y modesta casa que mi padre habitó con su familia durante largos años en la calle de San Ildefonso número 7 de la Ciudad de México. De pronto entró un hombre de estatura mediana, delgado, de bigotes y cejas muy espesos, joven todavía aunque para nosotros ya tenía aspecto de persona mayor. Vestía de negro: llevaba levita cruzada, su corbata era una insignificante tirita negra muy angosta de las que se vendían en México a veinticinco centavos, y con la cual sus manos, poco hábiles para esas cosas, habían hecho un desbarajustado nudo. Sus zapatos estaban teñidos de negro, y como la pintura no parecía muy perfecta, dejaba ver el primitivo color bayo del calzado.

No obstante la modestia y sencillez del vestir, la figura era distinguida, y desde luego se imponía porque su manera de hablar, sus movimientos y ademanes, etcétera, hacían sentir que se encontraba uno ante una persona que no era como las demás.

No se detuvo a consultar con los porteros ante cuya puerta tuvo que pasar, sino que derechamente se fue hacia nosotros, y dirigiéndose a mí, me dijo:

—¿Esta es la casa de don Manuel A. Mercado? ¿Está él?

Entonces contesté yo que mi padre a esa hora se encontraba en la Secretaría de Gobernación, de la cual era el Subsecretario.

—Claro, lo comprendo —dijo él. ¿Y tu mamá?

Lo invité a subir a las habitaciones e hice que pasara a la sala de la casa mientras yo avisaba a mi madre, quien aunque no pudo saber qué persona pretendía hablar con ella, se dispuso a recibirla. Regresé yo a la sala, y encontré a aquel señor contemplando los cuadros que colgaban de las paredes y haciendo manifestaciones de grande emoción por los recuerdos que aquellas pinturas le traían. Yo estaba sorprendido de ver que una persona a quien jamás había visto se conducía dentro de mi casa con cierta confianza, como quien pisa terreno de viejo conocido, y de muchos vínculos para ella.

—¡Si vieras qué recuerdos me traen estos cuadros! —me dijo conmovido.

En ese momento entró mi madre a la sala, y aquel hombre, en un impulso de infinita devoción, se dirigió hacia ella, y de rodillas le cogió la mano, besándosela y diciendo:

—¡Lola!, ¿no me conoce?

Esta escena me tenía a mí pasmado y un tanto inquieto porque la actitud de aquel hombre desconocido me hacía pensar si se trataría de un extraviado.

Mi madre de pronto no lo reconocía, pero después, por el acento inconfundible de la voz y por otros detalles singularísimos en él, le vino a la mente el recuerdo, la imagen del antiguo amigo a quien había dejado de ver durante veinte años, y exclamó:

—¡Martí! —en un movimiento de lo más grande que nunca vi en ella.

Se puso en pie Martí, y enseguida se sentaron ambos, y desde luego él fue un torrente de palabras afectuosas, de preguntas del mayor interés acerca de mi padre, de informaciones respecto de él mismo y de su familia, y todo esto con tal efusión, con desbordamiento de corazón tan grande, que jamás podrá borrarse del espíritu ese momento en que por

primera vez vi al hombre más interesante que haya yo visto en mi vida.

Los hechos se repitieron cuando dos horas más tarde, a la hora de comer, llegó mi padre. Solo que el encuentro entre ellos, aunque de seguro fue de impresión más intensa, porque después de veinte años volvían a juntarse los dos grandes amigos que llevaban en el corazón y en el alma vínculos profundísimos y grandísimos antecedentes, fue sin embargo más breve, porque mi padre, aunque no sospechara que Martí estuviera en México, pues este no quiso avisarle por circunstancias especiales, lo reconoció pronto, y quedaron los dos largo tiempo mudos y abrazados.

Puede decirse que Martí vino a México en esa ocasión con estos dos objetos únicamente: el de pulsar al gobierno mexicano en relación con el movimiento revolucionario de la independencia de Cuba que estaba ya preparado, y el de visitar a mis padres. Creo esto último porque la vida que llevó en esta ciudad así lo comprueba. Salvo el tiempo en que iba de negocios con mi padre, casi nunca dejaba de estar con nosotros dentro de la casa o con nosotros en la calle recorriendo y recordando la ciudad, visitando lo que él quería conocer o volver a ver: el Museo Nacional, la Escuela de Bellas Artes, de cada una de cuyas pinturas tenía un conocimiento perfecto, los templos, etcétera. Estas visitas eran de gran enseñanza para los que lo escuchábamos, porque sobre cada cosa: una piedra, un ídolo, un cuadro; aquel hombre nos hacía sabias explicaciones, nos daba antecedentes, nos hacía historia sobre aquellos objetos y parecía no un visitante extranjero, sino un sabio y un profundo director de cada establecimiento. Mis hermanos y yo vivíamos colgados de sus labios, no le perdíamos palabra, y harto aprovechábamos sus lecciones. Por mi parte, puedo decir que entró tan hondamente en mi espíritu el modo de pensar y de sentir de Martí, que para siempre se ha conservado en mí, y que muchas de sus ideas y pensamientos me han servido de norma en la vida. Su irresistible seducción, su palabra de un incomparable atractivo, nos hacían vivir a todos,

a los muchachos principalmente, endiosados escuchando sin dejar a aquel hombre. Así se explica que mis hermanos y yo guardemos tan vivo y grato el recuerdo. Hubo ocasión en que nos sentamos a la mesa a la una y media del día y no llegáramos a levantarnos sino hasta terminada la cena a las diez u once de la noche. Él hablando de todo, y mis padres y nosotros oyéndolo religiosamente. En sus pausas Martí siempre suspiraba. Con mucha frecuencia suspiraba; el dolor estaba siempre en él a flor de alma.

—El *suspirón* me dicen algunas gentes —contaba él bur-lándose de sí mismo.

A su llegada a México, Martí se alojó en un humilde cuarto del hotel Iturbe, y se inscribió en el registro respectivo con el nombre de J. M. Pérez. Esto lo explicaba a mis padres diciéndoles que teniendo necesidad de que no se publicara su nombre, solo puso esas iniciales y el apellido de su madre, porque como él nunca mentía, de aquella manera decía la verdad sin exhibir su nombre, demasiado conocido.

Demostraba tal cariño hacia mis padres y para todos nosotros, que, como dije antes, pasaba todo el tiempo al lado de la familia. Si por alguna circunstancia se retardaba en cualquier ocasión para regresar a la casa, siempre volvía con una flor, un pequeño regalo o cualquier otra muestra de que las gentes de mi casa no se le perdían del recuerdo.

Una de mis hermanas, muy consentida de él, se hallaba entonces sufriendo una delicada enfermedad, y él pasaba al lado de su cama largas horas consolándola y divagándola con su conversación llena de interés y de dolor. En una ocasión en que tuvo que estar ausente durante varias horas, envió a mi hermana enferma un ramo de rosas con una tarjeta que decía así:

*En una casa de amores  
Está enfermo un alelí;  
Luisa, te mando esas flores  
Para que rueguen por ti.*

Un hombre de la fuerza moral y de tan gran carácter como era Martí, tenía al mismo tiempo ternuras infinitas que no es frecuente que anden juntas con aquellas otras condiciones.

Mi hermano mayor, Manuel, que era su predilecto, nos contaba verdaderamente impresionado cómo fue la entrevista que Martí tuvo con don Justo Sierra, antiguo amigo suyo, y en la que lo acompañó mi hermano.

Don Justo, con su voz afectuosa y persuasiva y con su gran alma, aconsejaba a Martí que se quedara en México, que desde aquí desarrollara sus actividades de hombre de pensamiento. Le decía:

—Pepe, quédese usted en México donde tiene tantos amigos, donde lo queremos y admiramos tanto, donde cuenta con nosotros para hacer versos.

Acaso don Justo, no obstante su profunda visión, no creía muy realizable entonces la independencia de Cuba, o movido por el temor de que Martí expusiera su vida le recomendaba que se radicara en México. Martí entonces se hizo un volcán de elocuencia y habló de tal modo, con tanta elevación en sus razones y con tanto amor a la libertad de su patria, que el maestro Sierra, sin tener ya una idea que aducir y con una emoción que lo hizo llegar a las lágrimas, solo pudo abrazar a aquel hombre inmenso y decirle:

—Vaya usted a hacer la libertad de Cuba.

Al día siguiente de su llegada a México, se enfermó Martí: no pudo salir de la cama para trasladarse a mi casa donde se hospedaría en definitiva. Mi padre me dio instrucciones para que fuera yo a recoger a un prominente médico, el doctor Regino González, a quien ya le había recomendado visitar al enfermo. Llevé yo al señor González hasta el cuartito modesto del hotel, y allí encontramos al hombre postrado por una afección gripal, de poca importancia según mis recuerdos, pero que en su temperamento tomaba aspectos un poco alarmantes a juzgar por los padecimientos de que se quejaba. Hoy creo que todo era obra del sistema nervioso de aquel temperamento delicado y lleno de actividad. El doctor González,

hombre grave y de pocas palabras, le dijo con un tono un poco autoritario:

—¿Qué se siente, señor?

Entonces Martí, entre muchos quejumbres por su sufrimiento, se puso a explicar su estado, lo que sentía y lo que pensaba de la enfermedad. La forma vehemente de hablar, lo sugestivo de su palabra, hacían abrir más a cada momento los ojos al severo médico, poco acostumbrado a tener paciencia para escuchar largas explicaciones de los enfermos.

Recetó el doctor y salí con él para acompañarlo hasta su coche, y visiblemente impresionado, me preguntó con muy vivo interés:

—¿Quién es este hombre extraordinario?

Por mi ferviente admiración al señor Martí que nos tenía fascinados, deseaba yo a todo trance que escribiera para mí alguna cosa personal, unas cuantas palabras de su puño y letra, y como él ya me lo tenía ofrecido, lo acosaba yo frecuentemente recordándose. Como es natural, no había tenido tiempo que dedicar a mi pretensión, y así llegó el día de su salida de México.

En un “simón”, amplio y viejo coche de sitio, de aquellos que se usaban en México hace treinta años, íbamos Martí, mi hermano mayor y los demás hermanos. A medio camino, rumbo a la estación del ferrocarril, pensé en mi autógrafo y se lo reclamé inmediatamente. Entonces él, demostrándome pena por su olvido, sacó de prisa una pequeña tarjeta, y con la incomodidad del apiñamiento en que caminábamos dentro del coche y a pesar de los tumbos de este, escribió estas cuantas palabras que he conservado cuidadosamente:

Alfonso Leal:

Tú quieres a toda costa, un autógrafo mío. El único autógrafo, hijo, digno de un hombre, es el que deja escrito con sus obras.

Tu

JOSÉ MARTÍ

Mil cosas más podría yo referir de los recuerdos que tengo acerca de Martí durante el tiempo que vivió con nosotros en su última estancia en México, pero resultarían demasiado largas estas líneas, y además sería preciso buscar una forma literaria que sea digna del interés con que esos recuerdos deben presentarse, pues aunque solo son detalles de la vida diaria vivida por él con nosotros, tienen, sin embargo, la importancia de que provienen de una palabra, o de una idea, de un hecho, o de un sentimiento de aquella personalidad que cuanto decía, pensaba y sentía era siempre singular.

La modestísima opinión mía no tiene valimiento alguno, pero ya que fui tan afortunado de conocerlo y tratarlo, trasmito algo que tiene valor con respecto a Martí por ser cosa vivida.

Respecto a las condiciones morales e intelectuales de Martí, no cabría aquí hacer una enumeración de cada una de las que yo le conocí; pero tengo un concepto tal del hombre, que sin gran temor de errar puedo decir que por su altísima inteligencia, su inmenso corazón, su amor hacia los demás, ¡qué a los demás!, su amor a la humanidad, demostrado con su palabra a todo instante, en sus obras escritas y en sus actos todos, fue un hombre de excepción. En una de las cartas que escribió a mi padre le decía, al leer en un periódico que algunos delincuentes habían sido condenados a muerte en algún país de América: “Si pudiera volaría yo para llegar a tiempo, defenderlos y salvarles la vida”.

Pues bien, ese conjunto de dotes, la armonía de su prodigioso talento con sus grandes cualidades morales, como la humanidad, su carácter formidable, y las virtudes de su vasto corazón, lo hacen, a mi juicio, el hombre más eminente que haya producido América, pues las otras grandes figuras históricas americanas no llegaron a una altura, por elevada que esta sea, que no alcanzara Martí, pero todos ellos, Bolívar, Washington, Juárez, etcétera, no tuvieron el genio y todas las virtudes de aquel, porque como hombre de esta Tierra y como héroe, parece intachable.

José Martí no ofrece la impresión de ser de una nacionalidad sino hijo del mundo, hombre de la humanidad y para la humanidad. Él me indujo a que leyera mucho y tradujera la vida de Jesús, de Renán, y al hacerlo encontré, y lo he confirmado al correr de la vida, que Martí era como Jesús en cuanto a lo vasto de su alma. Acaso yo soy un apasionado, pero por fortuna he visto que mi opinión sobre aquella personalidad coincide con otras, que esas sí valen y pesan. Además cuento con lo que hasta ahora no cuentan muchas personas: las cartas que escribió a mi padre, en las que tal vez puede conocerse al hombre mejor que en cualquiera otro de sus escritos publicados hasta hoy, porque en esas cartas, que ni remotamente pensó él que podrían ser publicadas un día ni siquiera conocidas más que por mis padres, vacía Martí su enorme personalidad, y deja ver su alma con todas sus intimidades y con todos los aspectos que solo deja ver un hombre cuando da rienda suelta a sus plenos sentimientos y pensamientos para depositarlos confidencialmente en otra alma hermana.

*Revista Bimestre Cubana*, La Habana, marzo-abril, 1932.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 31-38.

# ÚLTIMOS DÍAS DE JOSÉ MARTÍ EN NEW YORK

RAMÓN LUIS MIRANDA

Grato me es consagrarle hoy un merecido recuerdo a mi inmortal amigo José Martí, a quien más de una vez tuve el honor de prestarle mis servicios profesionales y desde el principio, cuando se hacían los preparativos para libertar a Cuba y cuando todo estaba en estado embrionario y nadie creía pudiera germinar la revolución, por no estar preparada, según decían, Martí, iluminado, vio claro y presintió su triunfo. En esa época, me mandó a buscar por estar enfermo y me dirigí a su casa al oeste de la calle 61, cerca de la Avenida de Columbus; lo encontré en su modesto y estrecho cuarto, postrado en cama, febril, nervioso; examinado, diagnosticué bronquitis y que en breve se curaría; él se había alarmado creyendo que su enfermedad pudiera agravarse y me dijo:

—Doctor, cúreme pronto, tengo una misión sagrada que cumplir con mi patria; poco me importa morir después de realizarla; la muerte para mí no es más que la cariñosa hermana de la vida.

Esa fue la primera vez que conocí personalmente a Martí, y desde entonces sentí por él respeto, admiración, y comprendí su grandeza e inmenso amor por Cuba.

Con frecuencia nos veíamos después, y tuve el placer de que pasase sus últimos días en New York en nuestra casa, a donde llegó desesperado de Jacksonville, en una noche de

enero de 1895, acompañado de Gonzalo de Quesada, por haber fracasado la expedición que tantos desvelos y dinero había costado y que tan bien organizada estaba para llevar gran cantidad de pertrechos de guerra de La Fernandina a Cuba, en los vapores Lagonda, Amadís y Baracoa; pero la fatalidad hizo que fuera traicionada y se perdiese tan valiosa expedición.

Imposible me es poder bosquejar el estado de excitación nerviosa en que se encontraba Martí; se paseaba incesantemente de un lado a otro de la sala, intranquilo, lamentando lo que acababa de suceder, meditando en lo que debía hacerse, sin desmayar en su empresa.

Apenas concilió el sueño esa noche; pero al día siguiente y los sucesivos, ya elaborado su plan, con su fácil concepción, con asombrosa actividad lo desenvolvió; conferenciaba con los generales Enrique Collazo y José María Rodríguez, escribía numerosas cartas para los jefes en Cuba, con el fin de fijar el día del levantamiento, suscritas por él y por los generales Collazo y Rodríguez, orden que llevó Gonzalo de Quesada a Cayo Hueso el mismo día de la partida de Martí para Santo Domingo. Martí escribió sus cartas en la mesa regalada a Gonzalo de Quesada por el doctor Manuel Quintana, mesa histórica donde escribió ese ilustre argentino el primer proyecto de arbitraje internacional.

Como Martí ansiaba comunicar a Cuba lo acontecido en La Fernandina, para que lo supiesen los que estaban allá de acuerdo, él redactó un cablegrama que llevé a Enrique Trujillo, quien gustoso lo cableó enseguida a *La Lucha* de La Habana, tal cual lo había escrito Martí.

Falto de recursos, Martí para continuar su empresa y sin poder salir a la calle por temor de que lo detuviesen, pues los reporteros se sucedían para informarse dónde podrían encontrarlo —lo suponían en uno de los estados del sur de esta nación—, tan pronto como algunos amigos supieron lo que necesitaba con urgencia, contribuyeron enseguida; las señoras Rita de Portuondo, mi esposa Luciana Govín de Miranda, Emilio Núñez, Gonzalo de Quesada y el que suscribe estas

líneas, reunimos dinero suficiente para que pudiese realizar sus deseos.

Durante el tiempo que pasó Martí en nuestra casa —dos semanas—, proporcionó a toda la familia deliciosos ratos, con su amena, variada y elocuente conversación, que jamás olvidaremos, como tampoco el 28 de enero de 1895, día de su cumpleaños cuarenta y dos, que lo pasó agradablemente en compañía de varios de sus amigos, los cuales compartieron con nosotros nuestra mesa. Dos días después, entusiasmado lleno de fe y esperanza en que Cuba sería libre, se despidió cariñosamente de nosotros para Santo Domingo, acompañado durante su viaje por el decidido joven Manuel Mantilla. Allí se reunió con el valiente general Máximo Gómez; salieron ambos para Cuba, el 1.º de abril de 1895, y selló Martí con su sangre, el 19 de mayo del mismo año, su inmortalidad en Dos Ríos. ¡Honor y gloria a su memoria!

New York, 1.º de mayo de 1903

*Excelsior*, México, 6 de agosto de 1928.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 401-403.

## RECUERDOS DEL MES DE MAYO

JOSÉ MIRÓ

Las hadas bienhechoras que acudieron al nacimiento de Martí y le otorgaron los más altos privilegios en orden al talento, sin escatimarle los mejores del espíritu, revelados pasmosamente en edad temprana, en los umbrales de la adolescencia, puede decirse, por cuanto el brillo intelectual y el ardor del patriotismo fueron desplegados por el varón apenas salido de la niñez; aquellas hadas buenas, agrupadas dentro del claustro misterioso donde se funden los moldes de la humanidad, no debieron dar acceso a la perturbadora de la armonía, que logró romper una parte del crisol y descompletó la obra de la belleza exterior quitándole el lucimiento de la forma, la ajustada proporción de los miembros, la traza y el donaire de hombre coloso.

El alma ardiente del poeta, el *numen* del orador, los portentos de producción de aquel espíritu indisciplinado, pero siempre en actividad, a quien tal vez le quepa, como único defecto, la excesiva abundancia, la copiosidad de los partos, el desbordamiento del manantial —porque el manantial no fluía quieto, sino alborotado y se trocaba en catarata bullidora, ya rompiendo los matices del iris, ya trastornando la composición de la naturaleza; tan pronto echando abajo bosques inmensos como haciendo florecer un pinar sobre una eminencia castigada por la sequía; acusando a la maternidad

porque no daba frutos bastantes a la codicia brutal de los déspotas, e increpando a los caracoles de la playa porque no hacían sonar las trompetas de la aflicción o no le traían el rumor de la tropa prevenida—; a tales dones extraordinarios, por rareza reunidos en un solo hombre, no les acompañaba el continente gallardo de Pericles. El egregio varón de Cuba, y el más notable de cuantos ha producido la América Latina, que de haber brillado en Europa hubiera competido con los poetas y prosistas más afamados, con Víctor Hugo en el esplendor de las imágenes, con Michelet en la pintura de los conjuntos históricos, con Carlyle en la extravagancia de componer sobre fragmentos y del fragmento sacar la composición y el desarrollo de toda una época revolucionaria; que entre los oradores hubiera alcanzado puesto prominente, en cualquier tribuna, en la academia y en la barricada, en la cátedra del profesor y en la montaña de los parlamentos, hasta el punto de haber asombrado al príncipe de la elocuencia española; hombre de conocimientos universales, desordenada enciclopedia, fragua de maravillas, pregón del saber humano, la estructura no guardaba enlace con el faro descomunal que arrojaba tan vivos y variados destellos.

Era de porte desgarbado; la cabeza, demasiado grande para aquel tronco endeble; desaliñado en el vestir, y bajo la quietud, un sujeto como otro cualquiera en el que ningún observador hubiese fijado la mirada, y que en medio de la muchedumbre, en un paseo público, discurriendo entre los demás, no despertaba la menor curiosidad, y antes bien tenía la traza de un trasnochador vagante, o lo que hoy diríamos, un bohemio, con los papeles de solfa debajo del brazo, a quien se le deja vía franca para que no moleste con la lectura de algún cronicón incivil. Martí, con el sombrero puesto, no revelaba ninguna particularidad; descubierta la cabeza, ofrecía otro aspecto; dominaba su frente, y al romper el canto sobre cualquier motivo, por útil que fuese, ya estaba descornado el genio y mudo y abismado el espectador; si era devoto, porque era devoto; si era incrédulo, porque era incrédulo; de todos modos

la fascinación era completa e imponderable el aplauso del oyente, desde luego, mudo, suspenso y aturdido por aquel chorro de palabras felices en progresión ascendente, sin tregua ni reducción, y tras la afluencia, el tumulto... ¡Omniscio, pues! Y ¿por qué no? ¡El divino Martí, con apoteosis y sin ella!

Tuve yo la fortuna de oírle hablar cuatro días seguidos, sobre diversas cosas y aun de interrogarle sobre varios extremos relacionados con el proceso de la conspiración —cosa que nadie que me conozca dudará—, aunque solo he de referir aquí el episodio de nuestro encuentro en los montes de Cuba libre y una parte de su amenísimo exordio, porque de otra manera serían interminables estos apuntes, que escribo, dominado por el recuerdo, a instancia del amable doctor Gonzalo Aróstegui, firme todavía en el culto de Martí sin ostentaciones vanas; isingular ejemplo de deificación en nuestra iglesia de los santos nuevos, y a temporadas iconoclasta!

Conocí personalmente al hombre prodigioso en los primeros días del mes de mayo de 1895, andando la guerra; días de conmoción y vaivén turbulentos, agitados y trayendo cada uno la balumba de los noticiones, unas veces por la posta, otras de viva voz, pregonados de monte en monte. Mandaba yo una partida en la zona de Holguín. Si la memoria no me es infiel, en el barrio de Tacámara recibí la noticia de que Gómez y Martí se hallaban a una jornada, pero caminando por las tierras bajas de Holguín hacia Jiguaní y Bayamo. La noticia llenó de júbilo a insurrectos y simpatizadores.

Allí toda la gente era buena: sublevados en armas, reclutas, sitieros, mujeres, niños jóvenes y rapaces. ¡Toda la sitiería en revolución! Salimos veinte hombres, entre ellos Rafael Manduley, Jaime Muñoz, José González Valdés, Bartolomé Rosabal, Augusto Feria, Teodomiro Torres, Palo García, de Holguín la mayor parte. Martí les tomaba la filiación horas después, admirado de la unidad de origen. “¡Todos blancos! —exclamó— y con carteras de apuntes; ¡que gloria de verles, fatigados, quizás en ayunas, pero corriendo al librito de memorias para grabar las impresiones del viaje y la que yo les he causado!”.

Los caminos estaban desfondados, la primavera había reventado con furia, y por aquella vuelta de Holguín se derrama el Salado como un mar tendido. Ellos nos esperaban: Gómez, Martí y el corto séquito nos esperaban en una plazuela de las que forman las palmas canas por aquellos sitios uniformes y desiertos. Gómez estaba como centinela, a caballo, y con una tercerola apoyada sobre la pierna; altivo y escudriñador. Martí a poca pasos del general, sonriendo, y el séquito en columna. ¡Qué alborozo! ¡Qué de transportes! En el acto reconocimos al intrépido caudillo. Manduley y yo, tácitamente nos dimos la impresión, y señalamos el fieltro veterano de Gómez del que Martí había hecho la pintura en una de sus brillantes producciones. Además, el talante, el rostro enjuto, la mirada viva, los mostachos y la pera del hombre; evidente: allí estaba, erguido y completo, con la indumentaria y los arreos clásicos. Martí, a dos pasos del capitán, como si fuera simple espectador y en actitud casi seráfica, pero ya dispuesto a subir al púlpito, allí mismo, en aquel rincón de la tierra castigada por Neptuno, y tomando por motivo cualquier accesorio insignificante: un nido salvado de la tormenta o el trabajo de tapicería de las arañas hábiles. Quiero decir que la plática empezó enseguida, al reanudarse la marcha al paso lento de las cabalgaduras, camino del lugar donde ya estaba apostada la Sibila con el libro abierto de los destinos humanos. Llevábamos la ruta del caudillo. Martí, parabólico, buscaba la ficción de lo por venir en la vida extraña de aquellos planteles medio acuáticos y medio silvestres, y nos extasiaba y se extasiaba él mismo; nosotros pendientes de su verbo y él arrobado en la parábola, como profeta de todo, menos de su próximo fin. Máximo Gómez iba de batidor, con Borrero y Cefí, buenos soldados. Gómez, al divisar una casa de alta cobija, con batey canoa, se detuvo como para orientarse y para reconocer el lugar, y habiendo preguntado a uno de los de Holguín por el nombre del sitio y el de la familia que lo habitaba, con el arranque que le era peculiar echó el caballo sobre la puerta, y gritó:

—¡Gente, aquí está otra vez el General en Jefe!

Salieron las mujeres y el hombre de la casa, alarmados por aquella repentina salutación; pero al reconocer a Máximo Gómez, ya con los brazos tendidos hacia ellos, lo abrazaron con ternura, y él devolvió los obsequios con igual transporte y acto seguido hicimos la presentación de Martí:

—¡Virgen Santa! —gritaban las mujeres. ¡Si tenemos en casa todo lo grande! ¡Y aquí están también Rafael y Miró, esos perdidos de Holguín que aún no se habían aportado por acá!

Nueva oración de Martí sobre la lealtad de los camperos acomodados y el fervor de las almas sencillas: “Esta es la matriz de la República”. No acampamos en aquel lugar. Gómez tenía prisa. Me parece que el sitio donde pernoctamos era el de la Trinidad Holguinera, más próximo al Cauto.

Allí empezó otro coloquio. Manduley y yo, deseosos de saber los motivos del fracaso de La Fernandina y de otros más lejanos, le interpelamos con toda claridad. Entonces Martí, mientras Máximo Gómez despachaba los negocios de la guerra y la gente preparaba el rancho, nos reveló todo lo acaecido en la inmigración; largo sumario de cosas tristes; y como yo seguía apremiándolo para determinar la responsabilidad personal de los que, siendo simpatizadores de la causa, urdieron intrigas y tendieron lazos para que él cayera postrado y bajo el peso de la calumnia, se irguió, cambió totalmente de aspecto, y tras dos segundos de reposo, nos hizo la disección más acabada del hombre intrigante y diabólico que tuvo el raro mérito de anticiparle en la misión de propaganda y concierto de voluntades, hasta el punto de que él, Martí, encontraba ganado el auditorio, cuando se disponía a hablar, en favor del otro, y a la inversa, si él preparaba los ánimos primero, venía el sutil maquinador tras el Apóstol y borraba lo sembrado, recogía la cosecha y se aprovechaba del fruto con tal maña y habilidad, que los mismos contribuyentes le adjudicaban el premio. En estas peroraciones estuvo Martí como tres horas. Los dos oyentes, asombrados; más asombrados que nunca. Después nos hizo esta solemne declaración: “Quiero

que conste que por la causa de Cuba me dejo clavar en cruz y que iré al sacrificio sin exhalar una queja”. Estas o parecidas palabras las repitió en el Campamento de Dos Ríos, aquí más transfigurado que en la Trinidad Holguinera.

Al día siguiente vadeamos el Cauto. Empezaba a crecer; traía agua turbia y alguna broza mezclada con el follaje de los árboles endebles que crecen en los murallones del cauce, para ser pasto de la corriente en cada crecida y que vuelven a fructificar más allá, cuando el ímpetu de las aguas los arroja otra vez sobre la tierra agrietada por el mismo río. La espléndida decoración y el tumulto de la corriente no le arrancaron al poeta peregrino las notas brillantes que sus admiradores esperaban con la más viva ansiedad. Se atuvo únicamente al refrán que es del caso repetir ahora: “No crece el río con agua limpia”. Nos dijo que deseaba escribir y refutar el último manifiesto que los autonomistas habían lanzado al país, y no tenía en su poder el documento impreso. Acampamos en la ganadería de la Yagua, término de Jiguaní. Máximo Gómez nos pidió un secretario o amanuense para sacar copias de las ordenanzas generales que entre él y Martí habían redactado. Elegimos a Augusto Feria, joven callado, paciente, y desde aquel momento quedó a las órdenes del General en Jefe, de quien se captó la estimación, por su constancia en el trabajo y su valentía en el combate. Martí escribió dos cartas: una a Gonzalo de Quesada; la otra... a un ser anónimo. Me las leyó para explicarme el sentido de ellas y el enlace de los párrafos hábilmente enredados, merced a una pauta especial convenida entre él y Gonzalo de Quesada. Me las recomendó con gran interés. Yo le aseguré que las dos cartas llegarían a su destino. Nos despedimos. El don de mi memoria, notable ciertamente para determinar las fechas, aunque no para retener los nombres de los sitios o lugares, me trae la exactitud de aquella: martes, 14 de mayo; porque la muerte de Martí acaeció en la misma semana, el domingo 19. ¡Mayo nefasto!

Él y Gómez nos acompañaron hasta la bajada del Cauto: estaba crecido y tumultuoso. Nos echamos al agua con riesgo

de ser arrastrados por la corriente; Gómez me dijo, seis meses más tarde, que él y Martí temieron por nuestras vidas. Pudimos ganar la orilla opuesta. Saludamos con los pañuelos y los sombreros a los dos campeones del otro lado; el postrer adiós al divino Martí a quien volvimos a saludar, ordenada ya la gente, para emprender la ruta de Holguín, yo con el empeño de encaminar las dos cartas, y al que perdimos de vista poco después, ¡y para siempre perdido!, aunque no borrada su imagen ni olvidada la memoria de su noble misión.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 445-451.

# JOSÉ MARTÍ

[Fragmentos]

VÍCTOR MUÑOZ

Otra de las luminarias de la independencia cubana, José Martí, a pesar de que don Eladio Aguilera le tributa el homenaje de admiración a que se hizo con creces acreedor, por haber complementado la obra de las generaciones de patriotas precedentes a la que hizo la guerra de 1895, es empequeñecida por cierta reserva en el elogio, que yo, testigo de su labor, estimo enteramente injustificada, pues, aunque convengo con el autor de *Por la Verdad y la Justicia* en que la revolución de 1895 no fue otra cosa sino la continuación de la de 1868, estoy lejos de considerar verídica su afirmación de que el Maestro lo encontró todo realizado y no hizo más que encauzar las voluntades hacia la finalidad que todos ansiábamos alcanzar.

Y así como no me atrevo a darle ni a quitarle la razón al autor de ese libro en cuanto dice sobre Céspedes y Aldama, porque no soy más que un curioso que guiado por su patriotismo ha leído lo que otros han escrito, u oído lo que otros han dicho, acerca de esos patricios y de su participación en la empresa libertadora, sí declaro exagerada la afirmación de que Martí, al iniciar sus trabajos revolucionarios, encontrase ya unidas a las emigraciones, constituidos los clubes, dispuestos a los patriotas para recoger la bandera plegada en el Zanjón y desplegarla nuevamente en los campos de batalla. En 1891 era yo uno de los más modestos emigrados de Key

West cuando se supo allí de los proyectos de Martí, de su visita a Tampa, que fue el paso preliminar de la guerra de 1895, y puedo dar testimonio de que en aquellos centros de emigrados, es cierto que había santo y puro patriotismo, y románticos e inextinguibles deseos de ver la estrella solitaria sobre el Morro; que muchos estaban allí siempre dispuestos a ofrendar su sangre por la causa sagrada de Cuba irredenta, pero faltaba la energía, el genio de un hombre que uniese los elementos dispersos, que enardeciese a los tibios, que entusiasmase a los escépticos, y en eso que consiguió Martí con relativa facilidad, otro, cualquier otro, lo digo así rotundamente, porque estoy completamente convencido de ello, habría fracasado.

Dividían a los emigrados, a pesar de que todos suspirábamos por la independencia de nuestro país, diferencias de clases y hasta de edades y de provincias. Los viejos nos echaban en cara a los jóvenes la flojedad de nuestro ánimo, la tibieza de nuestro amor a la patria, que no nos permitía hacer lo que ellos hicieron. Los camagüeyanos motejaban a los habaneros por la cortedad de nuestro esfuerzo en el 68. Los fabricantes de tabacos, los escogedores y los tabaqueros, se miraban con recelo. Yo, que seguía entusiasta a Genaro Hernández, Ángel Peláez, Frank Bolio y Gualterio García, cuando recorrieron los talleres, colectando entre los obreros lo necesario para costear el primer viaje de Martí a aquella ciudad, recuerdo como si las oyera, las frases con que los viejos exponían su escepticismo acerca de las condiciones personales de Martí para lograr el triunfo, fundado en que este había hecho fracasar, so pretexto de considerarlo prematuro, el plan Gómez-Maceo de importar la revolución en Cuba, sin preparación exterior ni interior.

Yo no tengo empacho en declarar que fui uno de los que, por el conocimiento de las pequeñas rencillas que dividían a los emigrados, era escéptico entonces, y cuando una tarde triste de diciembre vi junto a la borda del vapor *Mascotte*, al acercarse este a su muelle, al Maestro, respondiendo con sonrisas a las aclamaciones de los que acudieron a recibirlo, pensé en la inutilidad de su empeño, en la imposibilidad de

que hubiese un hombre capaz de dar cima a la ingente obra cuya piedra angular puso en aquel viaje. Y aún después que la magia de su voz produjo el acercamiento sincero y entusiasta de los elementos que parecían de imposible aleación, todavía vacilé al notar cómo encontraba eco en importantes grupos de emigrados la campaña obstruccionista que empezó a hacerle *El Porvenir*, de New York. Obras reales y efectivas que pudiera tomar el Maestro como puntos de apoyo para sus trabajos, solo recuerdo dos en Key West: la organización secreta Convención Cubana y el periódico de José Dolores Poyo, *El Yara*. Y algunos clubes que arrastraban una vida lánguida en los que se reunían periódicamente los exaltados, casi pudiera decir los fanáticos de la independencia.

Y todo, la altivez de los fabricantes y los escogedores, con respecto a los tabaqueros, la ira que nos producía a los habaneros el hecho de que los camagüeyanos se considerasen superiores a nosotros por las pruebas de patriotismo que en la guerra habían dado los hijos de su noble tierra, la que a ellos les causaba nuestro prurito de no reconocer su hegemonía patriótica, parecían, y eran, serias dificultades, causas de disgregación.

En las fiestas que aquellos trabajadores, hoy tan injustamente desdeñados, celebraban para conmemorar el 10 de octubre, o el aniversario de la muerte de Céspedes en San Lorenzo, el de la Constitución de Guáimaro, el 10 de abril, y algunas otras de las fechas que ya parecen haber olvidado los cubanos, no se exteriorizaban, por la discreción de los oradores, y por el patriotismo acentuado de todos, los antagonismos que distanciaban entre sí a los emigrados; pero hallábanse latentes en los espíritus y dispuestos a mostrarse cuando más inoportuna fuese su presencia. Todo, todo quedó fundido por el verbo cálido del Maestro en el acero del patriotismo, sobre el cual se apoyó para mover el mundo de la soberanía española. La labor de aquel hombre insigne, que merece un altar en cada pecho de cubano, no puede ser apreciada y juzgada justamente más que por los que presenciaron su desenvolvimiento y

puedan abrir el sagrario de los recuerdos, sin que al hacerlo revivan viejas pasiones y prejuicios.

Entre los mil incidentes de aquella obra del Apóstol que retiene mi memoria, hay uno que puede compendiarlos todos. En Tampa empezó a notarse cierta fricción entre blancos y negros, que advertida por quienes sabían la magnitud del mal que aquellas desavenencias, todavía incipientes, podrían ocasionar, fue puesta en conocimiento del Maestro. Poco tiempo después, el necesario para el viaje, llegó Martí a Ibor City, procedente de New York; llamó a la puerta, siempre abierta para él, de Paulina Pedroso, la negra ilustre por su patriotismo, y saludando a los asombrados transeúntes con aquella su sonrisa de iluminado, y aquel su irresistible y amable gesto ante el cual todos los orgullos se abatían y todos los rencores del odio se esfumaban, la paseó del brazo por las calles principales, poniendo fin de aquella sutil manera, sin decir una palabra sobre lo que le había impulsado a hacerlo, a lo que pudo ser obstáculo infranqueable en el camino que había emprendido. Los patriotas blancos y negros lo comprendieron. No tuvo que decir palabra. Cuando, a las pocas horas, emprendió el viaje de regreso, blancos y negros le despidieron asegurándole que nunca había existido entre ellos diferencia alguna.

Y así, continuamente, necesitó Martí trabajar de cerca o de lejos, hasta que fue un hecho la unificación de los emigrados en un solo pensamiento y en un solo propósito, hasta el punto de que desaparecieron las líneas que antes los separaban y quedaron convertidos en el sólido bloque que hizo posible el estallido del 24 de febrero. ¿Fácil tarea la de Martí? Fácil para él, para el Apóstol, entre cuyas manos los emigrados patriotas fueron cera dúctil; para él, que los ligó hasta que su cooperación dejó de ser primordial.

*El Mundo*, La Habana, 25 de julio de 1917.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 343-347.

# JOSÉ MARTÍ

[Fragmentos]

AMADO NERVO

Lo conocí; nutrí mi espíritu con su verso radiante; y, oyendo hablar al patriota, creí en la libertad. Fue en la Fundación Artística y hacían coro a su palabra la crepitación del horno y el silbo del bronce fundido: germen olímpico que incubaba dioses...

Hoy, que el patriota ha muerto, mi recuerdo se posa sobre su tumba, como las cigüeñas heráldicas sobre los cornizones de gloriosos castillos medievales.

Heme en un Luxemburgo ideal: el Luxemburgo de mis recuerdos, ¡ay!, que son, casi todos, epitafios cariñosos que elogian a mis hermanos muertos.

Aquí y allí, como en los afilegranados sepulcros de la Edad Media, abrigados por los dombos altísimos, maravillas del arte gótico, vense románticas estatuas yacentes, con las manos empalmadas sobre el pecho, en actitud de oración; otras de rodillas con los ojos sin luz, fijos en el vacío, como si expectasen la redención. No turba su plegaria eterna la mundanal barbulla; ahí están perennemente silenciosos, en aquel rinconcito no profanado de mi memoria, que es el Rincón de mis Poetas, menos suntuoso, sí, que el de la Abadía de Westminster, pero menos frío también... Manuel Gutiérrez Nájera, Joaquín García Icazbalceta, José Martí, Julián del Casal...

Grandes espíritus, bien sabéis cuánto perfume hay en mi recuerdo...

Removeré los columbarios; coronaré mi frente con hojas de álamo; renovarán mis ojos el ardiente contenido de las lacrimatorias; encenderé de nuevo las piras y entraré al panteón de mis memorias, donde hay tantas coronas de inmortales y tantos ramos de “no me olvides”...

José Martí ha dejado también coruscante huella. No fue solo el artista; no fue solo el poeta; fue algo más: el héroe. Enamorado de la libertad, halló en los corazones mexicanos eco simpático su causa, la causa ante cuyas aras puso en ofrenda todos los esfuerzos de su juventud, todas las energías de su cerebro, y... su propia vida.

Empero, no me toca juzgar al campeón. En los anales de las sangrientas luchas por la autonomía, ese mito que constituye el perenne espejismo de los espíritus jóvenes y levantados, figurarán su nombre y su leyenda.

Tócame solo hablar del poeta que prestó en un tiempo en México su contingente literario, a quien nuestros pensadores veían como hermano y que mantuvo siempre muy estrechas relaciones intelectuales con nuestros escritores.

José Martí estaba dotado de poderoso *numen*; tenía una perfectísima concepción del arte, profunda erudición y fecundidad notable. No fue, por cierto, un adorador de la forma métrica, que tan intrigados trae ahora, en Francia y en América, a literatos de altos vuelos.

Es, por el contrario, tal forma en él, desaliñada, frecuentemente exótica y aun extravagante. Sus procedimientos literarios son poco armónicos y aun se distinguen, a veces, por su incoherencia; pero en tal desordenado atavío, adivínase siempre una inspiración poderosa que, bien encauzada, hubiera hecho admirar su hermosura y embelesos.

Como periodista, fue Martí vibrante siempre, sugestivo, valiente y razonador.

Como conversador... recuerdo aún la tarde en que le conocí y la impresión que su radiante verba, que su fecundidad

excepcional me produjeron. Pocas veces he escuchado un lenguaje más fluido, más valiente, salpicado de conceptos tan novedosos. Habló del arte y de la literatura española, haciendo compendiosos y atinados juicios críticos de Galdós, de Pereda, de la Pardo Bazán, de Valera y de Pelayo. Habló, después, de sus ideales de autonomía para Cuba, factor seguro y poderoso de la hegemonía futura de esa adorada porción de tierra donde el café salpica los frondajes de valles de rubí, donde la caña yergue su tallo elegante de color verde claro, y se mece coqueto, al halago de las ardientes brisas; donde la palma estalla en ramas ondulantes y mueve suavemente sus abanicos, semejantes a volutas de esmeralda, de extraños capiteles de pórvido; donde la guaracha envía sus plañideros acentos en alas de la brisa, la guanábana brinda sus dulzuras y el mar gime vahídos de titán niño. Habló de su amor a la libertad y sus ojos tuvieron fulguraciones de relámpago, y su rostro enjuto por el estudio y las vigiliass, se iluminó.

Bastóme aquella tarde inolvidable para admirar y querer al patriota a quien hoy acompañan mis memorias en la soledad de su tumba, y para presentir todo lo que aquel eximio artista hubiera hecho si la vida, amante fiel, no le abandona, cuando el otoño de esa vida, próximo ya, prometía frutos de oro y opulento ocaso vetado de púrpura y gualda.

De *Almanaque Mexicano de Artes y Letras*, 1896.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 192-194.

# JOSÉ MARTÍ, MAESTRO Y CABALLERO

VÍCTOR HUGO PALTSITS

Mis recuerdos son de un gran espíritu, de un maestro, de uno que fue en toda medida, un hombre. Son las impresiones de un joven que estuvo sentado frente a él, para aprender algo del melífluo idioma español. Es más fácil olvidar un idioma, que borrar del recuerdo la impresión de un hombre noble. Ser impresionado por una personalidad superior, es una adquisición inestimable, y para la juventud, una necesidad. Nunca puedo olvidar a José Martí, en tanto que mucho de lo que me enseñó se ha borrado de mi memoria. Por esto, después de un lapso de más de cuarenta años, recogemos estas impresiones y datos de sus actividades como maestro, en la esperanza de que puedan preservar unos pocos hechos para sus futuros biógrafos.

Es necesario partir de algunos hechos históricos. En el año 1889 solo había en la ciudad de New York tres escuelas nocturnas, donde los que trabajaban durante el día podían adquirir, entre otros idiomas y enseñanzas, un conocimiento elemental del español. La primera Conferencia Internacional Americana, reunida desde el 2 de octubre de 1889 hasta el 10 de abril de 1890, celebró sesiones durante setenta días; suscitó en muchos jóvenes un interés en la América hispana, y les hizo comprender la conveniencia de aprender el español. Fui de este número y tuve la buena fortuna de comenzar un

primer curso 1889-1890, casi exactamente paralelo con las sesiones de la mencionada primera Conferencia Panamericana, en la Escuela Nocturna Superior de New York, situada en la calle 30 Oeste, en una clase de español dirigida por el doctor Luis A. Baralt, quien durante el día era profesor de español en el colegio de la ciudad de New York.

Durante el año 1890 me trasladé hacia el lado Este de la ciudad, a algunas millas de la Escuela Nocturna Superior de New York. Pero entonces precisamente, en mayo-junio de 1890, el Departamento de Educación de la ciudad realizaba preparativos para abrir una cuarta escuela nocturna, provisionalmente en la Escuela Central Superior, la que se hallaba en el edificio de la Escuela Primaria, situada en la calle 63 Este, número 74, y de la que era director George White. Esta nueva escuela se abrió a la enseñanza el 6 de octubre de 1890. José Martí era instructor de español. Su nombre apareció por primera vez en el Directorio del Departamento de Educación para 1891 —página 188—, en el que se daba como su residencia “361 West 58th. Street”.

El director White y José Martí eran personalidades anti-téticas. White era de una disciplina áspera y de anticuados métodos educacionales, en tanto que Martí era un caballero en palabras y maneras, y al mismo tiempo un *scholar*. Los miembros de la clase percibían esta diferencia, y algunos llegaron a poner a Martí en situación embarazosa con sus demostraciones descorteses cuando el director hacía sus visitas ocasionales a la clase. Pero aun cuando el director White era adusto, aun a veces con sus maestros, siempre mostró deferencias hacia Martí; y algunas veces dijo en la clase sus excelencias como maestro, cosa que también embarazaba a Martí haciéndole enrojecer el rostro, un rostro que era normalmente trigueño o pálido, con su oscuro bigote, ojos brillantes y su severo perfil. Nadie podía hacer una cortesía más delicada que Martí, y nunca dejó de saludar con reverencia al director White, a su entrada y salida del aula. Esto divertía más a la clase. Por contraste, resultaba una comedia.

El primer año escolar durante el cual Martí enseñó en la Escuela Central Nocturna, comenzó el 6 de octubre, con una apertura formal el 13 del mismo mes, de 1890, y terminó el 17 de abril de 1891. La clase de español alcanzó una asistencia de veintitrés discípulos, de un promedio de veinte años de edad, aunque había un estudiante de treinta y dos años. Para la memoria anual del director White, al Departamento de Educación, Martí hizo un informe sobre el desenvolvimiento de la clase de español, del siguiente modo:

Español. El instructor de español informa que su intento ha sido enseñar gramática sin parecer que la enseñaba.

Se enseñó el idioma utilizando la pronunciación y la ortografía, dictando cada noche diversas clases de oraciones a los estudiantes, y después haciendo cada vez más elaborado el método, a medida de las muestras de progresos observadas.

La relación de los modos verbales españoles con los de otros idiomas, fue plenamente expuesta.

Los estudiantes han escrito cartas comerciales y breves descripciones, siendo corregidas por el maestro de cuando en cuando.

El uso constante de la pizarra familiarizó la mente de los estudiantes con las ideas comunicadas por el instructor.

Es oportuno examinar este programa a la luz de su práctica. En primer término ha de verse el acierto de hacer que el estudiante se interesara en el idioma, enseñándole gramática sin que pareciera que la enseñaba. Esto hacía suave el camino, y alejaba el temor en el estudiante. En segundo lugar, el dictado no solo familiarizaba el oído con la pronunciación correcta, sino que de modo conveniente animaba el pensamiento y mostraba la belleza del idioma. Martí era ágil en la

pizarra. Vestía *jaquette*, y mientras descansaba la mano izquierda en el costado, alzando ligeramente y echando hacia atrás la cola del traje; con una tiza en la derecha, hablaba y escribía, y giraba con rapidez sobre sí para hacer al mismo tiempo preguntas a este o aquel miembro de la clase. Pero había algo que observé, y que con frecuencia he relatado en los años posteriores, y era lo que él llama “la relación de los modos españoles con los de otros idiomas”. Por cierto que en el estudio de otros idiomas nunca vi que nadie realizara lo que Martí me enseñó de gramática comparada. Conocía bien el modo de estimular aquella clase de investigación, porque era de hecho un maestro de filología comparada.

Una simple forma de este método consistía en enseñar palabras que parecían semejantes, y hacer después que los estudiantes construyeran oraciones en las que tales palabras estuvieran empleadas. Fueran, por ejemplo, las palabras *el Papa, una papa, el papá*. Los jóvenes escribían cada uno una oración en un papel, que después eran leídas y criticadas delante de la clase. Cuando tomó mi papel, comenzó a reírse. Trataba de leerlo; pero no podía. Reía a más y mejor. La clase miraba extrañada. Los jóvenes no podían comprender. Martí reía aún, y la clase reía de verlo reír, sin conocer la razón. La risa de Martí era casi histérica. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Cuando finalmente pudo leer mi oración en que se incorporaban las tres palabras, leyó: “El Papa no es una papa, y él no es un papá”. Me gané un premio: recibí de Martí un ejemplar de *Ramona*, novela americana, escrita por Helen Hunt Jackson, traducida del inglés por José Martí, en segunda edición de New York, 1889. Tenía esta dedicatoria: “A mi discípulo y amigo V. H. Paltsits, José Martí. Octubre 28-90”. Tengo en mi biblioteca miles de libros, pero ninguno que atesore tanto como este recuerdo del noble Martí. Algunas veces he dicho a mis amigos que ese libro es un pasaporte al corazón de los cubanos.

Que era su “amigo” tanto como su “discípulo”, me lo probó. Tuve el honor de ser presentado a su esposa, a su hijo José, y a su pequeña hija.

El 18 de febrero de 1891, se envió al Departamento de Educación un informe del Comité de Escuelas Nocturnas, que expresaba “que el instructor de español en la Escuela Central Nocturna sé había ausentado, por motivos de naturaleza importante, ausencia que el Comité estimaba conveniente excusar; pero a fin de que los intereses de la escuela no sufrieran, había sido utilizado un sustituto, y el Comité pedía ahora que su actuación se aprobara”. Así se hizo unánimemente, y el Departamento ordenó que el sustituto “recibiera el sueldo del ausente”. Comprendí que Martí había tenido que salir en una urgente misión, sin esperar la larga tramitación que suponía el obtener una licencia, y consideró pertinente proveer él mismo un sustituto. La acción oficial tomada por el Comité de Escuelas Nocturnas, y votada por el Departamento de Educación, se encaminaba a corregir un error de forma. Martí estuvo ausente de su clase más de un mes, y propuso para sustituirlo a su protegido Gonzalo de Quesada. Por Quesada supimos mucho acerca de Martí. Y así esta clase, en una escuela nocturna de la ciudad de New York, se honró teniendo en aquel año como maestros al Padre de la libertad de Cuba, y también al que estaba llamado a ser el Primer Ministro de la República de Cuba en los Estados Unidos. ¡He aquí el por qué de nuestras simpatías en favor de Cuba Libre!

En efecto, Martí invitó a su clase a asistir a uno de los mítines de la Junta Cubana, invitación que algunos aceptamos. Recuerdo aquella ocasión. Naturalmente, oí a Martí hablar entre el aplauso de sus compatriotas. Su discurso fue un llamamiento apasionado a la justicia. Tomás Estrada Palma, Quesada, y otros, hablaron también en esta ocasión. La escena la conservo vívida en mi memoria. Después de la muerte de Martí, y mientras la revolución continuaba en marcha, la Junta celebró en New York una “feria” en Madison Square Garden. Asistí a ella, y aún conservo una fotografía directa de Martí, que compré en aquella ocasión, entre otras adquisiciones hechas allí para ayudar a la causa que a él le

era tan querida, y por la cual “dio la completa medida de su devoción”: su vida.

Martí fue designado de nuevo para enseñar en la Escuela Nocturna Central, en el curso 1891-1892, y otra vez para el de 1892-1893. Pero renunció antes de haber terminado el año 1892. El 2 de noviembre de este año el Departamento de Educación se dispuso a cubrir la vacante, y nombró por el período restante del curso al profesor R. D. Cortina.

Tuve la satisfacción de colaborar en la edición de 1898 de la *Cyclopedia of American Biography*, de Appleton, con semblanzas históricas de José Martí, Máximo Gómez y Báez, y Tomás Estrada Palma. ¡Fueron mis aportes de afecto a los líderes de Cuba Libre! Pero el destino, imprevisible, obra extrañamente. En el curso de años dedicados a los estudios históricos, he tenido la satisfacción de coadyuvar al buen entendimiento con toda hispanoamérica, y de formar parte de un pequeño grupo de veintiséis personas, miembros de la American Historical Association, quienes fundaron el Grupo Hispanoamericano, numeroso hoy, que celebra sus reuniones cada diciembre como afiliado a la American Historical Association, y que es el iniciador y patrocinador de la *Hispanic American Historical Review*. Para terminar, permítaseme hacer mis votos porque el espíritu de Martí pueda inspirar siempre al pueblo cubano. ¡Perduren el culto a Martí, y su Cuba Libre!

New York, 29 de octubre 1932

*Revista Bimestre Cubana*, La Habana, noviembre-diciembre. 1932.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 57-62.

# LOS OJOS DE MARTÍ

ALBERTO PLOCHET

Yo conocí a Martí en la mañana de un día otoñal del año 1885. Estaban en la ciudad de New York a la sazón Máximo Gómez, Antonio Maceo y Flor Crombet, rodeados de un Estado Mayor compuesto por los jefes y oficiales más destacados de la guerra del 68. Recorrían las emigraciones levantando fondos para llevar a cabo la intentona revolucionaria que tuvo tan ruidoso y triste epílogo en el Canal de Panamá con el fracaso de la célebre captura del vapor San Jacinto.

Desde la llegada de aquella “barcada de fieras”, como la tituló Antonio Zambrana, cediendo a los impulsos de mi entusiasmo, y a pesar de mi juventud, pues solamente contaba con quince años de edad, me nombré, yo mismo, *cicerone* voluntario de Gómez, Maceo y Flor, motivo por el cual esa mañana a que aludo, había salido de la casa de madame Griffou, situada al oeste de la calle 9, acompañado de estos tres caudillos, para visitar en la redacción del periódico *The Sun*, a su editor propietario, Charles A. Dana, con el fin de alquilar los salones de Tammany Hall para celebrar por la noche una junta magna patriótica.

Hicimos el recorrido a pie porque ellos querían conocer esa parte de Broadway; cruzamos con alguna dificultad a Park Row, y al llegar frente al edificio de *The Sun* nos encontramos parados y charlando junto a la puerta, a Juan Fraga, presidente

del club Los Independientes, y el pedigüeno más tenaz que tenía Cuba: Gonzalo de Quesada, que había venido expresamente, no recuerdo de dónde, para conocer a los caudillos; y Benjamín Guerra.

Después de los saludos y abrazos consiguientes y cuando nos disponíamos a entrar, Juan Fraga exclamó: “Ahí viene José Martí”. Todavía no le llamábamos “Maestro”.

Como es sabido, Martí no apadrinó aquella intentona, se oponía a todas esas revoluciones importadas sin que previamente se preparara al pueblo de Cuba para recibirlas; pero a pesar de esto, Martí y los tres jefes se abrazaron con desbordante efusión y cariño.

Yo, que ya me encontraba en el interior, que estaba algo oscuro, me volví y me encaminé hacia ellos, y cuando llegué a la claridad, me fijé en Martí, de quien había oído hablar vagamente. Los ojos, que a veces cometen el imperdonable error de apreciar equivocadamente el valor de una persona al primer golpe de vista, esta vez no me engañaron: me agradó sobremanera el aspecto general de Martí. Cuando hube apreciado contornos y traje, elevé la vista, fijándome detenidamente en su cara, y entonces vi sus ojos; esos ojos fueron lo que más me llamaron la atención de toda su personalidad; jamás los había visto iguales, acaso en tamaño, pero no en expresión.

Los que conocieron a Martí y lo trataron íntimamente, y llegaron a fijarse en este detalle, me ayudarán a recordar la expresión tierna y melancólica de sus ojos; a veces, muy raras veces, eran vivaces, lanzaban destellos luminosos; pero nunca, nunca miraron iracundos, ni aun cuando piadosamente anatematizaba a los réprobos y austriacantes.

Y esto lo puedo asegurar con el altercado que surgió esa misma noche en el mitin celebrado en Tammany Hall, entre él y Antonio Zambrana. Acontece, que enojado Antonio Zambrana por el retraimiento de Martí, en el discurso que pronunció, fustigó implacablemente su actitud pasiva, calificándolo de pusilánime, y llegó al extremo de decir, “que los cubanos que no secundaban ese movimiento debían usar sayas”.

Yo cito este caso porque fue cuando más colérico vi a Martí, y para poder extenderme en cuanto a la expresión de sus ojos. Yo estaba parado junto a la plataforma o escenario brillantemente iluminado y desde donde hablaban los oradores. Presidía el mitin Máximo Gómez, y ocupaban asientos a su alrededor Antonio Maceo, Flor Crombet y los demás jefes y oficiales que los acompañaban.

Martí estaba parado junto a la entrada del gran salón, y cuando se oyó aludido se encaminó precipitadamente hacia el escenario. Había un público desbordante, de todas partes habían acudido los cubanos para conocer a los jefes mambises y para contribuir con su óbolo. Los pasillos estaban llenos de gente, así es que Martí tuvo que empujar y apretujar a los que le estorbaban el paso para llegar al escenario. Yo recuerdo perfectamente bien aquel espectáculo grandioso. Lo que salió de aquel rincón del salón no fue un hombre, fue un bólido. Martí llevaba su bombín —*derby*— agarrado con ambas manos y apoyado sobre el pecho, y se abrió camino como un proyectil lanzado por una catapulta.

Me habían causado tanta impresión sus ojos, que cuando él llegó a la escalinata junto a la cual me encontraba yo parado, me fijé en su cara encendida como una grana, miré a sus ojos, y entonces los vi más rasgados que por la mañana, velados por largas pestañas negras, semicerrados, y noté de lo poco que se veía de ellos, que no lanzaban miradas fulminantes, que miraba a Antonio Zambrana de hito en hito, lanzándole miradas de compasión como si se apiadara de su error. Así miraban los ojos de Martí.

Cuando subió al escenario le dijo a Máximo Gómez, interrumpiendo al orador, que había sido aludido y que quería hablar. Flor Crombet se levantó y le brindó su asiento, mientras Máximo Gómez le decía que esperara a que terminase de hablar “el cubano que estaba en uso de la palabra”.

Y habló Martí, y ni aun cuando le decía a Antonio Zambrana, vuelto hacia él, mirándolo cara a cara, que “era tan hombre que apenas si cabía en los calzones que usaba; eso lo pruebo yo aquí y donde quiera”, ni aun en ese momento tan

agudo de su grandilocuente discurso, pude notar en los ojos de Martí, que entonces estaban abiertos en toda su extensión, un solo fulgor de rabia o encono, ni un solo centelleo de iracundia; sus ojos, compasivos, irradiaban el inmenso dolor que le causaba “el sacrificio estéril, de tanto cubano útil, de tanto cubano bueno”.

Hubo otro momento esa misma noche, en que vi a esos ojos húmedos, por unas lágrimas que apenas si iniciaron su salida, y que no llegaron a brotar. Sucede que un tabaquero, cuyo nombre no recuerdo, había iniciado la colecta de prendas y dinero en una bandeja grande que había cogido del bar del salón, y cuando llegó a donde estaban sentados Antonio Maceo, Flor Crombet y demás jefes y oficiales, estos se despojaron de cuanta prenda y dinero llevaban encima y las echaron en la bandeja que ya estaba colmada; le tocó su turno a Máximo Gómez, este dijo: “Yo no tengo encima más que cobre y hueso, pero no quiero salir abotonado de aquí”. La bandeja llegó frente a Martí, que estaba sentado junto a Máximo Gómez, y yo, que iba ayudando a ese tabaquero, noté que Martí se había levantado como para abrazar a Máximo Gómez, pero la bandeja le estorbó su intención, se quedó parado, y noté la mirada de infinita ternura, mezcla de admiración y de respeto, que le lanzó a Máximo Gómez; y entonces vi aquellos párpados húmedos, las pestañas pegadas las unas a las otras; pero, abriéndolos repentinamente cuan grandes eran, vi que esos ojos, de negrísimas pupilas, ya no miraban con ternura: se habían trocado en focos luminosos que lanzaban destellos refulgentes como expresando el deseo ardiente del sacrificio, de la propia inmolación, y mirando a Gómez y a Maceo, murmuró: “Yo tampoco puedo salir de aquí abotonado, cuando Gómez y Maceo salen desabotonados”.

Así era Martí y así eran sus ojos.

Santiago de Cuba, 27 de agosto de 1932

*Revista Bimestre Cubana*, La Habana, septiembre-octubre, 1932.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 52-56.

EL TREN DE MARTÍ  
MEMORIAS DE UN GALLEGO MAMBÍ,  
EN EL 140 ANIVERSARIO DEL NATALICIO  
DE JOSÉ MARTÍ

FÉLIX DE LOS RÍOS

*El año pasado me mudé de la grandísima casa de La Víbora donde había vivido desde mi infancia, a un apartamento de dimensiones normales, en El Vedado.*

*Pasé los meses siguientes a esta mutación envuelta en nostalgias y papeles, constatando pérdidas y recuperando olvidos, en pleno contrapunteo de tiempos y espacios. Cuando al fin logré adaptarme a mi nuevo hábitat y empecé a organizar el centenar de cajas y las decenas de bultos de libros y papeles que se amontonaban por todas partes, tuve tiempo de detenerme en un paquete de sobres y carpetas por el que alguna vez había pasado la vista y que luego se había extraviado entre los impresos y manuscritos que mi abuela movía continuamente en su infatigable batalla contra el polvo. Este paquete contenía textos, documentos, recortes y fotografías del capitán Félix de los Ríos, gallego que combatió en la Guerra de Independencia del lado de los cubanos y en un frente apenas conocido y bastante novelesco: las expediciones. Mi tía María Antonia, su ahijada, se los había dejado a mi madre a comienzos de los sesenta, cuando se fue para los Estados Unidos.*

*Haciendo uso de mi inútil formación de filóloga clásica, he podido “establecer” el texto completo de las Memorias de un gallego mambí, a partir de los cuatro mecanuscritos —eterno work in progress— que Ríos dejara; todos de fecha diferente y fragmentarios, salvo el que cronológicamente*

*parece ser el segundo, que abarca toda la vida de su protagonista/autor. Acompañadas de un prólogo, notas y un apéndice documental, estas Memorias se publicarán próximamente en Galicia.*

*Las páginas que ahora adelanta La Gaceta de Cuba como homenaje a Martí en el aniversario ciento cuarenta de su nacimiento, son el comienzo del tercer capítulo, titulado “Conspiración”.*

Luisa Campuzano

En octubre de 1894 saqué pasaje para Port Tampa en el vapor Olivette, para de allí seguir viaje directo a New York. En Port Tampa me pareció que me encontraba todavía en Cuba, tal era el número de personas que habían acudido a esperar el vapor, casi todos cubanos y españoles. Los pasajeros tomaron en su mayoría el mismo tren en que iba a viajar yo, pero muchos bajaron en Ibor City y el resto en Plant City. En este último punto quedábamos solamente en el carro tres hombres y una mujer, al parecer americanos.

En Ocala subió al tren un señor flaco, que vestía traje negro, deteriorado por el uso, el bigote algo canoso y en la solapa del saco traía un manojito de cintas estrechas de varios colores en forma de lazo. Su equipaje era un maletín igual al que usan los médicos para llevar sus instrumentos de cirugía. Tomó un asiento lateral, paralelo al mío, en la banda opuesta, y me saludó con la cabeza, como demostración de cortesía. Sin saber el porqué, algo de aquel hombre me llamó la atención y empezó a intrigarme.

En La Habana había yo comprado las revistas ilustradas *Saeta* y *Nuevo Mundo*. Cansado de leerlas, las tenía puestas encima del asiento parejo al que ocupaba. Era ya cerrada la noche. Estábamos en Palaka, estación donde el tren se demoraba a esperar el de Jacksonville.

El viajero, mirando mis revistas, me preguntó:

—¿Viene usted de Cuba?

Le contesté que sí.

—¿Me puede prestar una de esas revistas?

Le entregué las dos y me agradó saber que hablaba español.

A las nueve el camarero me avisó que tenía lista la cama en el coche *pullman*. Pedí café e invité al compañero incógnito, quien aceptó. Esto sirvió para que entablásemos conversación. Me dijo llamarse José Martí, nombre que jamás había oído, aunque me pareció que algo significaba.

—¿Cómo andan las cosas por La Habana? —me preguntó luego, ya entrados en conversación. Al hacerme esta pregunta me miraba fijamente, como queriendo leer en mi rostro la contestación de mis labios.

—Regular. Los americanos no quieren, al parecer, comprarnos este año el azúcar. Así que tenemos abarrotados los almacenes, no solo en La Habana, sino hasta en los demás puertos de la Isla. La quiebra del Banco del Comercio no afecta en nada sus negocios. La culpa fue de Don Luciano Ruiz, pero el Banco ya está reaccionando —creía yo que al preguntarme sobre la situación de Cuba, se refería a la económica.

—No me refiero a la parte económica, sino a la política. La revolución, por ejemplo. ¿Qué se habla de la guerra?

¿De guerra? ¿De política? Dos cosas que no me importaban nada, ¡y este buen señor me preguntaba por ellas! Contesté como mejor pude para salir del paso, pero él insistía siempre en su manía de la guerra y de la revolución.

Así sostuvimos la conversación, hasta que a las once decidí despedirme para ir a dormir. Acostado ya, empecé a pensar en el original pasajero. ¿Quién será este José Martí? ¿Por qué me habla de revolución sabiendo que no soy cubano? Sin embargo, me pareció ver en este hombre un no sé qué extraordinario. Me agradaba su conversación sin entenderla ni interesarme. *In mentís* me hice un sin fin de reflexiones a cual más absurda. ¿Sería un loco o un visionario perturbado de sus facultades? No obstante, hablaba con una expresión de sentimiento, había conceptos tan elevados en sus palabras,

que no se podía por menos de escucharlo con una veneración rayana en divina.

Nos amaneció por Charleston. Fui nuevamente para el carro después del desayuno y encontré a Martí solo y en el mismo asiento. Tras los saludos de rigor, le pregunté cómo había dormido y me dijo que regular, porque había sentido algo de frío, de lo que deduje que había pasado la noche en el asiento sin tomar la cama. Inmediatamente comenzamos a charlar de mis negocios yo, de la revolución él: me ganó y fui vencido en cuantos razonamientos yo le exponía y poco a poco fui sintiendo ya por él no sé si admiración o simpatía. Creo que las dos cosas.

Pasamos el resto del día igualmente charlando. Nos empezó a oscurecer por Richmond.

Cuando ya nos falta poco, me dijo:

—Si no tenemos tropiezos llegaremos a New York al amanecer, porque en Washington demora el tren mucho tiempo. ¿Piensa usted estar muchos días en New York? —me preguntó en un tono ya familiarmente indicativo de algo que aún no me había dicho y que pugnaba por decirme.

—Probablemente unos cinco o diez días cuando más. Si se le ofrece a usted alguna cosa para La Habana, no tengo inconveniente en servirle. Yo pararé en casa de Gervasio, en el Hotel Central de la calle 14. Allí me encontrará usted si le hago falta.

—¿Por qué escogió usted el Hotel Central para parar? ¿Le conoce usted? Es mucho mejor el Hotel América, Irving Place y calle 15, y yo se lo recomendaría, siempre que usted no tenga ya adquirido el compromiso de ir a casa de Gervasio.

—Me recomendaron ese hotel, pero no, yo no conozco ni el hotel ni a Gervasio. Pregunté en La Habana por un hotel bueno y me recomendaron ese. Pero si el América es mejor, iré a hospedarme en él porque en todas partes he de tener que pagar.

No dormí en toda la noche. Lo que en principio me parecía absurdo, lo encontraba ya admirable. Martí me había explicado

como una cosa sublime su plan de revolución. Esta no sería contra los españoles, sino contra el gobierno de España, que tanto oprimía a los cubanos como a los españoles residentes. Me pintó con un colorido tan hermoso el porvenir de Cuba, que me fascinó completamente y me sentí ya revolucionario.

Nos despedimos en la estación central de New York y le dije que iría a hospedarme en el Hotel América, que allí me encontraría si me necesitaba, y nos separamos.

Habían pasado ya dos días y yo echaba de menos la charla de José Martí. Constantemente preguntaba en el hotel si me habían buscado o dejado algún encargo. Presentía en mí un algo nuevo. Había sido marino mercante y de guerra, era comerciante ahora. Solo me faltaba ser guerrero y lo iba a ser de una causa que no me interesaba ni conocía a fondo. Si se me preguntase por qué, seguramente no sabría qué contestar en buena lógica. Sería revolucionario solo porque para mí era una cosa nueva. La juventud me empujaba directamente a ella sin conocer ni el principio ni el fin que me guiaba. Sentía muy bonita la palabra y esto solamente me inducía a sentirme un hombre nuevo.

En mis relaciones con la juventud cubana había observado que los cubanos no querían ser nada más que cubanos. Ahora me daba cuenta del por qué. Había asistido algunos años antes a la peregrinación por los estudiantes de Medicina fusilados. ¿Serían estos los que sostenían latente la idea del separatismo?

Al fin, al tercer día de mi estancia en New York, al llegar al hotel, me avisaron que me esperaban en el *parlor*.

Era José Martí que me visitaba. Le invité a subir a mi habitación, que estaba en el tercer piso. El primero y el segundo generalmente se destinaban a personas americanas, y el tercero era solamente para latinos, aunque no había diferencia en cuanto a los servicios interiores de cada piso y un solo elevador les servía a todos.

—No le extrañe mi visita, he pensado mucho en usted y me he decidido a interesarle una vez más en nuestra causa. Usted nos puede prestar una valiosísima ayuda. Soy un mendigo

que ando por el mundo en solicitud de auxilios para nuestra pobre Cuba. Nada ambiciono ni nada quiero para mí. Todo es para Cuba, y Cuba nunca será ingrata con aquellos que la sirvan. Vengo a ver si confirma usted su desinteresado sacrificio por nuestra causa.

Le respondí:

—Soy mayor de edad. A España le pagué ya el derecho que me correspondía por haber nacido en su suelo, sirviendo en la Marina de Guerra el tiempo reglamentario. Ahora puedo hacer cuanto se me antoje sin pedir permiso a nadie por lo que quiera hacer. Sostengo firme mi ofrecimiento. ¿Qué desea de mí?

Me abrazó emocionado y me pidió que aquella noche corriera a la casa de Benjamín Guerra en la calle 62, donde me presentaría a algunos amigos suyos que querían conocerme.

Ofrecí ir y le invité a comer conmigo. Aceptó con una condición: que fuéramos a otra parte pues no era conveniente que nos viesen juntos en el comedor de un hotel como aquel, donde seguramente habría algún agente secreto que nos vigilaría luego y echaría por tierra la efectividad de mis servicios.

Salimos, dirigiéndonos a un fonducho de italianos situado en la calle 4. Charlamos nuevamente sobre el mismo tema: la revolución, y me separé de Martí, con un “¡Adiós, hasta la noche!”

Visité por la noche la casa que se me había indicado.

Allí encontré, además de Martí, a Benjamín Guerra, Francisco Fonseca, Gonzalo de Quesada, Juan Serra, Sotero Figueroa y el Dr. Fraga, y supe de la misión que se me encomendaría.

Dispuesto ya mi regreso a Cuba, se me dieron instrucciones y normas para mi actuación aquí. Embarqué en el vapor *Séneca* y llegué sin ningún contratiempo...

*La Gaceta de Cuba*, La Habana, La Habana, enero-junio, 1993, pp. 30-31.

# “COMO SI SIEMPRE LE PREOCUPARA ALGO...”

DIONISIO M. ROSSIÉ

Matanzas, 20 de mayo de 1901

Sr. Augusto Escoto

Presente

Mi distinguido amigo:

Según le manifesté, fui condiscípulo de Martí en el colegio San Pablo de Rafael María de Mendive.

Yo ingresé a fines de 1866, o principios de 1867. Ya él estaba allí porque perteneció al Colegio Municipal, que después Mendive convirtió en Colegio de Segunda Enseñanza.—

Martí era externo; pero, por lo correctísimo que fue siempre y su carácter dulce y afable, era muy apreciado de Mendive y de su familia, y se pasaba el día en la casa particular de este, situada en la planta baja del edificio.

Además le servía de amanuense para su correspondencia y poesías, y como era formal le comisionaba para sus diligencias en la calle.—

Los recuerdos que aún tengo me representan a Martí como un niño de catorce a dieciséis años, de estatura propia de esta edad, aunque un poco alto, frente ancha, fruncía algo las cejas, ojos muy vivos y un carácter dulce y apacible, y más que alegría demostraba cierta tristeza, como si siempre le preocupara algo, y a los chistes y bromas de sus compañeros, contestaba siempre, con su sonrisa dulce que infundía respetuoso cariño, hasta a los de mayor edad. —Ya en esa edad componía versos, que se los corregía Mendive.

Dejé de verlo en diciembre de 1868, cuando lo de Villanueva.

Recuerdo también que el doctor José Cabello y uno de los hermanos Sellén, creo que Antonio, eran profesores del Colegio, y Fermín Valdés Domínguez, el doctor Núñez de Castro, Isaac Carrillo y Francisco Cárdenas, eran discípulos, los que tal vez puedan dar otros datos.

Sin otra cosa, quedo de usted atto. y afmo. amigo y s.s.

DIONISIO M. ROSSIÉ

*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 11, 1988, p. 360.

## DE UNA ENTREVISTA

MANUEL SANGUILY

Estuvo ayer a visitarme el señor Díaz Silveira, movido del deseo para que colaborase con algunas cuartillas para el próximo número del periódico *El Teatro*, que parece inspirarle grandes simpatías y el puro interés de un verdadero amante de la escena y de las letras; porque el actual distinguidísimo Director General de Comunicaciones es un devoto de la bella literatura, escritor y poeta de sentimientos delicados. A quien es de suyo tan noble, tan dulce, y además sabe pedir con tanta suavidad imponiéndose por la cortesía y la exquisita finura, difícilmente se le negaría nada racional y posible, que fuese el objeto de su solicitud. Pero le hice presente que muchos motivos habrían por fuerza de impedirme complacerle, bien a mi pesar. Primeramente, la natural y no combatida pereza. Después el cambio profundo que en mí mismo he observado y que he observado en el ambiente que respiro; por lo que hace larga fecha que abandoné todo ejercicio relativo a las letras y la tribuna con excepción del de mero lector y aún no demasiado *dilettante*.

Tanto bueno se ha escrito y sigue escribiéndose, tan hermosamente se ha hablado y sigue hablándose; han mudado de tal manera las circunstancias y con ellas mis inclinaciones, que el escribir yo para el público me parece ahora injustificable, y el hablar desde una tribuna me causa una emoción tan

peculiar e intensa, que me atrevo a asegurar que se confunde con el terror. Y luego, si no tengo en realidad nada que decir, ¿a qué, pues, ni escribir ni hablar?

A estas observaciones verdaderas y sentidas me objetaba de mil maneras y siempre en forma cariñosa el señor Díaz Silveira, esforzándose en persuadirme a que siquiera por esta vez defiriese a su honorífica petición, por más que él convenía conmigo en alguno de los puntos de vista en que apoyaba mi resistencia y que levemente acabo de indicar; mas, de una en otra réplica, y saltando de una respuesta a nueva insistencia, resultó tan amena e interesante nuestra conversación, que es lástima que lo que él fue diciendo no lo hubiese alguien tomado al oído para conservarlo o publicarlo en todos sus pormenores.

Me refirió su conmovedora vida de emigrado; cómo pasó de Cuba a Key West y La Florida, y cuanto digno de nota le sugirieron los trabajos y las costumbres de los cubanos establecidos en aquellos lugares; aunque lo más sabroso de aquel entretenimiento fueron sus recuerdos y juicios acerca del gran Martí. ¿Conoce usted —me dijo de pronto— la obrita de Martí que tituló *Versos sencillos*? Y el señor Díaz Silveira inmediatamente me recitó varias estrofillas de aquella colección, y lo hizo marcando los acentos y dando el énfasis propio a cada concepto para descifrarme enseguida lo que para mí eran pensamientos o imágenes de difícil comprensión, y no lo eran para el señor Díaz Silveira, porque como él había tratado muy de cerca a Martí y conocía íntimamente su vida, poseía el secreto de todos aquellos versos, que son casi siempre simbólicos; es decir, comprensibles solo para aquellos que como mi doble interlocutor disponen de la clave de esos enigmas armoniosos, que sin esfuerzo concibió y combinó quien poseía, como poseyó Martí, tan vigorosa imaginación plástica que le permitió a menudo trazar animados cuadros con su pluma pintoresca, y algunas veces, en prosa original y palpitante de vida, escenas tomadas de la realidad, que su potente ingenio transformaba en situaciones fantásticas y cuasi dantescas.

Empleamos, naturalmente, casi todo el tiempo de nuestra entrevista, que me pareció brevísima, hablando del eximio Apóstol, evocando muchas de las peripecias de su agitada y fecunda existencia; y como el señor Díaz Silveira tuvo la fortuna de oír varios de sus discursos y algunas de sus arengas e improvisaciones, le acosé a preguntas sobre la voz, la manera de hablar, el acento, la expresión, cuanto pudiera hacerme evocar, como si dijéramos, al orador en acción, ya que había yo leído los discursos suyos, muy pocos en número, que en pequeños opúsculos se imprimieron en New York. Y si grande y entusiasta se mostró la admiración del señor Díaz Silveira hacia Martí como poeta original y curioso, estoy por decir que me parecieron mayores aún su admiración y su entusiasmo por el excelso orador cubano, uno de los pocos que no tuve la dicha de escuchar en momentos de actuar desde su tribuna fulgurante. El señor Díaz Silveira me describió primeramente la figura de Martí. Yo le había conocido y largamente había hablado con él al organizar el Partido Revolucionario:

Era de estatura mediana, más bien pequeña, delicado de complexión, muy distinguido de aspecto, cubierta la boca de espeso y revuelto bigote negro, bien formada la nariz, levantada y luminosa la frente pensativa, bajo la cual brillaban, a compás de los varios sentimientos, los soberbios ojos, que ya miraban con fulgor apasionado, ya acariciaban tiernos y piadosos. Su conversación era cautivante. Hablaba con fluencia inagotable usando un vocabulario asombroso de riqueza. Con facilidad estu-penda se deslizaba de uno en otro temas, revelando en todos honda meditación anterior y familiaridad absoluta. Sin embargo, como los ríos van a la mar, todos los asuntos en su corazón y su pensamiento iban, de un modo u otro, a parar a su tema íntimo, su tema único y formidable: la revolución para conquistar la independencia; y entonces se iluminaba como si todo su ser se convirtiese en una antorcha para arder y alumbrar en

su palabra primorosa y mágica... Oyéndole en esas intimidades comprendí que en la tribuna debía de ser asombroso y excepcional, algo singular, sin parecido con ningún otro orador...

Así fue sin duda: el señor Díaz Silveira me aseguraba que al ponerse de pie en frente de su público, que le veneraba como a un ser superior a los demás, comenzaba su discurso con voz apagada y sumamente baja; pero que luego, sin llegar nunca a alzarla demasiado, contraía la garganta para lanzar como bandos de palomas o cascadas de pedrería, o puñados de rosas, la palabra expresiva y penetrante que atravesaba el recinto por grande que fuera, para acariciar clara y distinta el oído de cada uno de los concurrentes; y que no se le vio, ni aun en los momentos de más ardor o de mayor vehemencia, levantar las manos siquiera a la altura de la frente; ¡que tales eran el dominio que ejercía sobre su pensamiento, su moderación y elegante compostura! Sin haberle oído nunca en esas condiciones, así no obstante me figuré que era él en el ejercicio de su gran apostolado, y recuerdo ahora que así también, poco más o menos, le describí hace muchos años en uno de los discursos en que con tanta frecuencia, en tiempos revolucionarios, hablaba naturalmente del gran cubano que había muerto desgarrando el corazón de los suyos y aun de numerosos extraños que lo amaban y admiraban; porque en sus ideas, en las ideas que él predicaba, desde el punto de vista en que se había colocado para aunar en una misma aspiración el espíritu de los cubanos y para captar a su causa amigos y auxiliares, el tono de sus oraciones tribunicias tenía que ser sacerdotal y el sonido de su voz tenía que brotar como un arrullo; por lo que pienso a veces que a esa mansedumbre y a esa unción se ha debido la conquista de sus oyentes desde luego, y, en mucha parte, la gran revolución que revivió y propulsó la fascinación de su palabra divina.

Al final, el señor Díaz Silveira y yo, durante unos breves momentos, intentamos penetrar en el alma de aquel hombre;

trazar a grandes rasgos lo que ahora comúnmente se dice “la psicología”; darnos cuenta de su espíritu y su carácter. El tema era demasiado vasto y complicado, y como el señor Silveira y yo teníamos que volver a la tarea diaria, abandonamos por fuerza, aunque con pena, tan interesante y grato entretenimiento —renunciamos a escrutar en aquella alma que vive en nosotros, pero que ya permanecerá tal como era—, para volvernos al trato continuo de tantos hombres, entre los cuales no abundan, por desgracia para Cuba, los que pudieran en justicia comparársele.

28 de noviembre de 1912

*El Teatro*, La Habana, 15 de diciembre de 1912.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 327-331.

# JOSÉ MARTÍ

MIGUEL TEDÍN

A principios del año 1888 llegué a New York en cumplimiento de una misión profesional, y una de mis primeras diligencias fue buscar a Martí cuyas correspondencias a *La Nación* me habían impresionado vivamente, revelándome un talento superior y un alma eminentemente americana. Encontré en su despacho del Consulado Oriental en Front Street, una de las antiguas calles de la gran metrópoli, y apenas llamé a la puerta se adelantó a recibirme diciéndome: “¿Es usted el señor Tedín?” (un amigo común le había anticipado la visita) a la vez que me extendía ambas manos con tal efusión de franqueza y sinceridad, que ese apretón selló entre ambos una amistad que solo la muerte del gran ciudadano ha podido cortar.

Era Martí de mediana estatura, cabellera negra y abundante que rodeaba una frente amplia y abombada, ojos negros de mirada dulce y penetrante, tez blanca pálida, como son generalmente los cubanos, bigote negro y crespo, y un óvalo perfecto redondeaba su fisonomía armoniosa y vivaz. En su cuerpo delgado predominaba el temperamento nervioso, que hacía rápidos todos sus movimientos, y sus manos finas y alargadas revelaban al hombre culto consagrado a las tareas intelectuales. Llevaba como único adorno en uno de sus dedos un anillo de plata en el cual estaba grabada la palabra “Cuba”.

Cubrían los muros de su despacho estanterías de pino blanco, algunas de las cuales él mismo construyó, y en los pocos espacios libres que ellas dejaban colgaban retratos de los héroes de la revolución cubana que terminó con la Paz del Zanjón, y entre los de varios literatos ocupaba lugar preferente el de Víctor Hugo.

Constituían su biblioteca, en primer término, las publicaciones que se hacían en la América Latina, cuyo progreso intelectual seguía con avidez, haciendo escritos, juicios sobre muchas de ellas; pero tampoco faltaban los de la literatura norteamericana, cuya lengua conocía profundamente, aunque no fuera inclinado a hablarla. Su mesa de trabajo, sumamente sencilla, estaba siempre repleta de papeles que formaban sus numerosos trabajos de correspondencia para los periódicos de Cuba, México, Guatemala, Argentina, y las revistas que bajo su dirección se publicaban en New York, aparte de los documentos oficiales de su consulado. El único ornamento de ella era un tosco anillo de hierro que tuvo de grillete durante su prisión en la isla de Cuba cuando aún era un niño, por causa de sus ideas liberales y que le fue regalado por su señora madre después de su deportación a España, para que le sirviera de amuleto en su peregrinación por la libertad de su patria.

En aquel modesto despacho mantuvo por muchos años el fuego sagrado de la independencia cubana, sin que por un momento les hicieran desfallecer ni las disidencias entre sus propios amigos, muchos de los cuales creían utópica la revolución, ni el espectáculo de las fortunas que se acumulaban a su alrededor por todos los que consagraban su inteligencia y su autoridad a los negocios comerciales.

Allí llegaban y eran cordialmente recibidos no solo los sudamericanos que deseaban un consejero honrado para orientarse en los caminos de la vida americana, sino todos los cubanos interesados en la política de su país. Allí conocí a Estrada Palma, que a la sazón ganaba su vida manteniendo un pensionado de enseñanza en el Estado de New Jersey, y

a muchos otros que después actuaron en la revolución. A todos recibía con los brazos y el corazón abiertos, y para todos tenía no solo las hermosas palabras de su lenguaje brillante, sino la ayuda de su experiencia y aun de sus modestos recursos.

Su fisonomía moral se caracterizaba por la más absoluta honestidad en todos los actos de su vida, y por el mayor desprendimiento de sus propios intereses en favor del ideal a que había consagrado su existencia, la libertad de Cuba. Su espíritu eminentemente altruista, se asociaba a todos los dolores ajenos y a ellos llevaba el consuelo de su palabra inspirada; lo mismo compartía la alegría de sus amigos. Su alma sensible y delicada sufría con las asperezas del alma *yankee*, y nunca pudo fundirse en los moldes de ambición en que esta está vaciada. Recibió ofertas halagadoras para que pusiera su talento de escritor al servicio de intereses comerciales; pero jamás quiso desnaturalizar su pluma que solo debía servir para unir a la familia latinoamericana y para luchar por la libertad. Prefirió ser pobre con decoro (palabra que se encuentra en casi todos sus escritos) antes que sacrificar sus convicciones ni su tiempo a tareas menos nobles que aquella en que se había empeñado.

Poseía un raro talento de asimilación y de generalización que le permitía abordar con brillo y con criterio sólido todos los problemas que en el orden político o sociológico entrañan el desenvolvimiento de las naciones y su memoria privilegiada le permitía recordar todo cuanto había pasado por el crisol de su inteligencia. Era raro hablarle de un libro recientemente publicado que él no conociera y sobre el cual no pudiera expresar su propio juicio; así como conocía a todos los hombres que habían desempeñado un papel prominente en la vida de las naciones latinoamericanas.

Su palabra era suave, fluida, límpida como su pensamiento, sin afectación ni rebuscamiento, y producía el encanto de una fuente cristalina que desciende en su curso halagando los sentidos. Cuántas veces en los días festivos, solíamos atravesar el río Hudson e internarnos en las

hermosas arboledas de las Palisades o recorriamos las avenidas del Parque Central, y allí transcurrían insensiblemente las horas, bajo la influencia de su palabra sana y amena que hacía olvidar el bullicio de la metrópoli. Su oratoria, sólida y rica en imágenes brillantes, se derramaba como raudales de perlas y de flores, y su auditorio quedaba siempre cautivado por el encanto de ella. Recuerdo que en una conferencia que dio sobre Guatemala, con el propósito de reunir y vincular a los latinos residentes en New York, tomó como tema las flores y los pájaros que adornaban el sombrero de una señorita allí presente, y sobre ello hizo la pintura más hermosa que jamás haya oído de la naturaleza y de la sociedad centroamericana.

La impresión que a todos nos produjo fue la de hacer olvidar que nos hallábamos bajo un cielo gris y helado, creyéndonos transportados a los trópicos, y solo volví a la realidad de nuestra existencia cuando sentí un *hurry up*, pronunciado con áspero acento sajón por dos jóvenes que pasaban a mi lado.

Era un trabajador infatigable y desde el alba que empezaba su labor con la lectura de los diarios hasta altas horas de la noche y a veces hasta la nueva aurora que solía sorprenderlo cuando, como él decía, se hallaba engolosinado por algún estudio en que ponía toda su alma para transmitirla a los lectores de sus correspondencias, no tenía otro descanso que el obligado por las visitas de sus amigos, a quienes recibía con solícito cariño.

Y no eran solo los trabajos literarios que ocupaban sus horas. Las dividía entre estos y las conferencias que daba a los cubanos pobres, en las que se esforzaba para vincular al elemento de color con los de las clases superiores, porque unos y otros debían servir para preparar la revolución cubana, que era el objeto de su permanencia en Estados Unidos.

A pesar de los largos años que allí vivió, nunca pudo identificarse con la vida norteamericana, porque su espíritu generoso y desinteresado era refractario a los procedimientos egoístas que constituyen el fondo del carácter de ese pueblo.

Desconfiaba de las tendencias imperialistas de esa nación, y creía que abrigaba propósitos absorbentes, contra los cuales las repúblicas latinas debieran estar prevenidas. “México —decía— solo ha podido evitar nuevas desmembraciones merced a una política hábil, en que sin resistir directamente, ha evitado la invasión de intereses americanos”. Consideraba la Conferencia Monetaria Internacional, iniciada por Blaine y a la que él fue delegado por el Uruguay, y yo lo fui por la Argentina, más como el medio de favorecer los intereses de los Estados platistas, que el de estrechar los vínculos de todas las naciones de América. Carece, pues, completamente de fundamento la versión de un escritor francoargentino, de que Martí fuera partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, cuando, por el contrario, veía en ellos un peligro para la independencia. Creo, sin embargo, que sus temores eran infundados a este respecto, como lo ha demostrado la conducta de aquella nación, para terminar la guerra y establecer el gobierno propio de la Isla, y estoy convencido de que no tiene ambiciones de predominio sobre la América Latina. Mr. Elihu Root me dijo durante su visita a esta capital que los Estados Unidos nunca anexionarían a Cuba, y tengo la más absoluta confianza en la sinceridad de este gran estadista americano.

Los últimos años de la vida de Martí en New York me son poco conocidos. Su última carta me revelaba un estado moral deprimido por el exceso de trabajo, que había creado en su organismo una excitación nerviosa. “Tengo horror a la tinta —me decía— y desearía huir a los bosques, aunque me crecieran las barbas verdes, para no ver papeles ni sentir las falsedades de las gentes”. Pasaron algunos años, durante los cuales solo tuve noticias de él por intermedio de un amigo, cuando un día recibí un telegrama en que me decía: “Deberes ineludibles me llaman a mi patria y necesito su ayuda, mándeme por cable quinientos dólares”. Mi situación en aquel momento era difícil y me fue imposible ayudarlo. Tengo, pues, el remordimiento de no haber contribuido con esa suma a la independencia de Cuba, puesto que en esos días salía Martí

de New York para reunirse con el general Máximo Gómez e invadir la Isla, iniciando la nueva insurrección que dio por resultado la terminación del dominio español.

La noticia de su muerte en los primeros combates librados entre cubanos y españoles me produjo hondo pesar. Consideraba a Martí uno de los hombres de más talento que me había sido dado tratar, y su muerte representaba no solo una pérdida irreparable para Cuba, de la que habría sido uno de sus preclaros presidentes, sino para la América Latina toda, pues desaparecía el escritor genial en quien el fuego de la solidaridad americana brillaba con resplandores que iluminaban ambos continentes.

*La Nación*, Buenos Aires, 1ro. de diciembre de 1909.

JM: *Amistad Funesta*, edición Gonzalo de Quesada, La Habana, Imprenta y Papelería Rambla, Bouza y Cía., 1911, t. 9, pp. 3-8.

*Revista Cubana*, ob. cit, pp. 211-216.

# JOSÉ MARTÍ

## ESBOZO

DIEGO VICENTE TEJERA

Al llegar esta vez a New York, hace pocos días, experimenté la sensación de que me faltaba algo, y ese algo era la presencia de Martí. ¡Tanto me había acompañado otras veces y guiado a través de la imperial ciudad, que nunca después había podido yo evocar la imagen de esta sin que al punto surgiese, como para iluminarla, el recuerdo del inquieto desterrado!

Su ausencia ahora renueva en mi corazón el dolor de su muerte, no por gloriosa menos lamentable, y con mano torpe aventuréme a trazar alguno que otro rasgo de su fisonomía, porque creo que los que lo conocimos de cerca debemos apresurarnos a dar los elementos con que ha de componerse la imagen definitiva de ese hombre que será, o es ya, la primera o una de las primeras figuras de la historia patria.

El simple aspecto de Martí producía impresión extraordinaria. Era delgado, nervioso, recio, de movilidad tan continua, que a primera vista se asemejaba a la inquietud morbosa; pero luego se veía que no era aquella sino la condición indispensable de la vida que se había dado, la sola manera de realizar el trabajo enorme que se había impuesto. Aquellos movimientos que se sucedían con vertiginosa rapidez, aquel pasar incesante de una cosa a otra, aquel ir y venir perpetuos y siempre de carrera, producían, al fin de cada jornada, un resultado

de asombrosa regularidad y gran provecho; los asuntos de su consulado, la dirección y redacción del periódico propio, que casi nunca le faltaba, sus correspondencias para diarios y revistas de todos los países, su vasta correspondencia privada, las traducciones que las casas editoriales le pedían... todo quedaba escrupulosamente despachado. Y había además tenido tiempo para hacer visitas, para acompañar y guiar por la ciudad a amigos que de todas partes le llegaban y para servir a todo el mundo, pues Martí era para compatriotas y extraños todo complacencia y abnegación. Sin contar con que todavía —parece increíble— había encontrado modo de leer lo importante de toda la prensa americana y extranjera, y de no dejar pasar libro nuevo sobre cualquier materia sin estudiarlo y anotarlo. Y fuera, por último, —ya esto es pasmoso— de que jamás dejó de tener entre las manos la composición de algún discurso, de una poesía, de un concienzudo examen crítico de un drama... ¿Hase visto mayor capacidad para el trabajo?

Y cuando al cabo de tal tarea cotidiana, se rodeaba por la noche, para descanso y distracción, de familiares y de amigos, maravillaba el ver con qué frescura y buen humor, con qué viveza y abundancia, con qué verdadera inspiración abría y sostenía durante largas horas, una conversación que era en realidad incomparable. El que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana. Ningún cubano, ninguno, ha tenido la conversación de Martí. ¡Qué variedad, qué gracia, qué elevación, qué fuego, qué nitidez, qué elegancia! ¿Había afectación en su manera de decir? Algunos lo creían: yo no; el atildamiento, el horror a la llaneza eran naturales en su temperamento soberanamente artístico. ¡Qué conversación! El oído percibía en aquel raudal inagotable modulaciones exquisitas; los ojos veían pasar, llenas de movimiento y luz, imágenes extraordinarias; el pensamiento quedaba absorto ante perspectivas extrañas que se le abrían, y el corazón se ensanchaba al son franco de expresiones henchidas de nobleza y generosidad.

¡Cómo irradiaba y sonreía aquel rostro, de suyo pálido y severo! ¡Cómo relampagueaban aquellos ojillos debajo de la enorme frente serena y blanca, la más hermosa que haya dado albergue a una privilegiada inteligencia!

La inteligencia de Martí era genial. Martí, como Víctor Hugo, a quien se parecía por lo abierto del ángulo de la visión, sorprendía aspectos nuevos de las cosas, relaciones recónditas, sentidos ocultos; penetraba, abarcaba, desentrañaba; miraba claramente armonizarse todo en el concepto que tenía del mundo y de la vida. Veía tanto, que al querer expresar lo que veía, el idioma le faltaba, el espacio también, y tenía que apelar a concreciones supremas, que parecían naturalmente confusas al auditorio, ignorante del proceso que las había formado. Sí, esa oscuridad de expresión, que ha sido para muchos el solo y grave defecto de Martí, no provenía de insuficiencia de nociones, ni de trabucación de especies, sino por el contrario, del exceso mismo del número de ideas, de la amplitud exagerada de las concepciones. Leyendo o hablando en la tribuna, la menor excitación nerviosa ponía en movimiento y encendía mundos tan vastos en el cerebro, que para exteriorizarlos la pluma y la lengua, no muy disciplinadas después de todo, tenían que ceñirse a simples apuntaciones luminosas al parecer incoherentes. Pero tome el crítico un discurso cualquiera de Martí, el más abstruso; busque las sendas por donde el autor llegó a esos puntos brillantes que se nos antojan aislados, inconexos, y hallará que estos son en realidad cumbres de montañas que se ligan allá abajo y componen un sistema apretado y grandioso.

¡Y qué destellos en medio del desorden! Las letras castellanas le deben a Martí frases fulgurantes, de vencedor atrevido.

Martí era genial. Su prodigiosa inteligencia tenía a su servicio una voluntad de hierro, tenaz, encarnizada, dominadora; voluntad que por la persuasión o por la fuerza se imponía y arrastraba. Preferentemente por la persuasión. No, yo no sabré dar idea del poder de seducción de aquella palabra

sutil que parecía salir del corazón y al corazón se encaminaba, flexible, acariciadora, ingenua sin embargo y siempre honrada, que para el bien esclavizaba y atraía, que engrandecía al vencido, levantándolo a la clara percepción de su deber. Al político norteamericano sabía hablarle el lenguaje sobrio que el sajón aprecia; a nuestra raza la deslumbraba o conmovía; al negro... ¡oh!, ¿qué lenguaje no sabría hablarle al negro, cuando todos los negros lo adoraban?

Así ha hecho esta revolución que nos asombra. Laborando durante largos años, solo, solo, solo, avivando en el seno de una generación cansada y descreída la chispa reducida y vacilante, llevado de la fe pasmosa que tenía en los suyos, sin más mandato que el de su conciencia, sin más estímulo que su amor a Cuba, y todo muy callando, muy callando, porque ese cubano tuvo hasta la grandeza de ser un buen conspirador. La súbita revelación de su trabajo causó en la adormecida colonia el espanto de un trueno que estallase en el espacio azul.

Desapareció en medio de la tempestad que desató, y su vida, en el momento de apagarse, resplandeció en su trágica unidad. Bala española tenía que matar al hombre que había entrado en la vida con un grillete español ceñido al pie. Y España pasará por la vergüenza de que el cubano que liberta a Cuba aparezca en la historia arrastrando, como el esclavo antiguo, una cadena material.

JM: *Hombres*, ob. cit., pp. 33-39.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 126-129.

# EL DÍA DE LOS HÉROES CUBANOS\*

LUIS G. URBINA

Fue aquella una tarde sin sol. A la orilla del mar, frente al horizonte de plata, la muchedumbre se aglomeraba, en colorido abigarramiento. Dominaba el blanco de los trajes masculinos, roto en muchas partes por las notas crudas azules, rojas, amarillas de los pañuelos de seda, de las blusas y de las faldas femeninas. La mujer de color, entre el pueblo, gusta de ataviarse con telas de matices chillantes y fuertes que armonizan muy bien con la carne de ébano, y entonan admirablemente en esta atmósfera de claridad magnífica. Las muchedumbres en este país dan la impresión de un cuadro mural en movimiento. Es un tumultuoso torrente de colores el que pasa ante nuestra vista. Es el azul de Rubens, el púrpura de

\* El año de 1915 fue huésped de La Habana, durante algunos meses, el ilustre poeta mexicano Luis G. Urbina. Enamorado ferviente de Cuba y de sus glorias, profundo y sereno observador, su sensibilidad artística pronto captó las horas alegres de nuestro pueblo, las luminosidades de nuestro sol, la hermosura de nuestras campiñas, el encanto de nuestras mujeres, y con su pluma magistral, en prosa exquisita y amena, describió sus impresiones de la vida habanera de entonces. A esa época corresponde esta crónica, en la que admirarán los lectores de la Biblioteca Diamante el estilo literario del poeta y las facetas de su genio, que hacen de la narración un manjar delicioso para el espíritu. (Nota de la edición de Gonzalo de Quesada, José Martí, ob. cit.)

Ticiano, el oro de Veronés, el gris de Velázquez, el negro de Rembrandt que van y vienen, se empastan sin perder su valor, se agregan sin confundirse, se juntan sin mezclarse, en un fondo de rara luminosidad como los cielos de Tintoretto. Los ojos, ante las multitudes de esta tierra radiante, sufren un extraño encantamiento, que es como un hipnotismo en que nos adormece la claridad en ebullición.

A la orilla del mar, frente al horizonte de plata, aquella tarde me confundí en la multitud, y moviendo los codos a manera de remos, me abrí paso en la estancada corriente del pueblo, que iba a presenciar una cosa muy simple y muy conmovedora, muy sencilla y muy interesante: la colocación de la primera piedra del monumento a Maceo. El señor Presidente de la República tenía el encargo de poner, con sus manos representativas, el primer sillar labrado del pedestal que sostendrá en breve la arrogante figura del atleta, que, según la frase lapidaria del general Miró, era “él solo, toda la batalla”. Sí, es verdad: él solo pudo, en un momento de la historia cubana, resumir y sintetizar en su gallarda imagen el aspecto de toda una epopeya de libertad y de patria.

Confieso que mi curiosidad estaba tejida con hilos de emoción y de recuerdo. Iba yo también a presenciar una ceremonia de significación nacional, pero en la que no me sentía un testigo extranjero, un convidado indiferente, sino el fiel devoto de una memoria sagrada. No usurpaba mi puesto; lo merecía. Porque desde mi juventud amé el genio del hombre a quien va a recordar, en perdurable materia, la gratitud de un pueblo que todavía se estremece de pasión cuando pasan por sus fastos la falange de los héroes y el desfile de los mártires.

Y en tanto que llegaba el momento del acto oficial, que, como todos los de su especie, resultó un poco frío por ritualesco y parsimonioso, me puse a hilvanar visiones pretéritas, sacándolas de sus escondrijos empenumbrados, y limpiándoles cuidadosa y delicadamente, el polvo del olvido.

¡Qué bien hallado me sentía entre aquella multitud, a la orilla del Malecón, junto a aquel mar de turquesa y diamante y frente a aquel horizonte de blancura de plata virginal!

Recordé. Veinte años atrás; más de veinte años; toda una juventud. No era la tarde que acababa de evocar, como la del último martes, argentada y de pálida amargura. Era una tarde de sol —no la olvidaré—; limpia, diáfana, de aire dorado y lejanías de cristal. Yo caminaba con rumbo al Paseo de la Reforma, en mi México, y aspiraba un fresco olor de tierra mojada, porque horas antes había caído en la ciudad un torrencial aguacero. Los amigos nos habíamos dado cita en el taller del escultor Contreras, y me acuerdo de que, durante el camino, iba pensando en que quizá, por causa de la lluvia, no todos los compañeros asistirían a la reunión. Se nos había llamado a literatos y periodistas para que viéramos una estatua, en bronce, de Nicolás Bravo, generoso héroe de nuestra independencia. Concebida y modelada por Contreras, y fundida en los amplios talleres que este dirigía, la obra artística estaba destinada a decorar un paseo de la vecina ciudad de Puebla. Justo Sierra, Jesús Valenzuela, Manuel Gutiérrez Nájera, Federico Gamboa, Ángel de Campo y otros muchos habíamos recibido desde el día anterior la carta de invitación. El taller del artista —un hermoso taller, un salón de valiosos objetos de arte: cuadros, mármoles, *bibelots*, armas, tapicerías— nos era familiar. Lo considerábamos nuestro punto de reunión, nuestro mentidero literario. Allí charlábamos y leíamos y recitábamos versos, y particularmente, nos divertíamos en ver a aquel muchacho, que con el largo cubrepolvo, tenía de pies a cabeza el físico del empleo y que con sorprendente destreza plasmaba, en el informe montón de barro, la carne turgente de la modelo en pose.

Andando iba yo, y pensando: “Ha llovido mucho; hoy no irán mis amigos al taller”.

Pero fui mal agorero. La suerte, como de continuo, me reservaba una sorpresa. Entré en la fundición sin sospechar lo que la casualidad me preparaba. En un cobertizo del fondo

vi, desde lejos, el grupo: todos estaban; distinguí la sobresaliente figura del maestro Sierra —blanca y soberana cabeza de Zeus bondadoso—; la silueta airosa y noble de Valenzuela; la encantadora fealdad japonesa de Gutiérrez Nájera; la *teslotnia sventata* de Jesús Urueta; el perfil de ratón travieso de Ángel del Campo. Todos estaban en derredor del bronce gigantesco, del héroe magnificado por la plástica, erguido dentro de su viejo y rígido uniforme, de rostro juvenil y aguijeño, cuya energía suavizaba una vaga sonrisa de piedad. Y esta sonrisa explicaba el gesto de la mano abierta sobre el pecho, semicrispada aún por el dolor y floja ya por la misericordia.

Todos estaban allí; pero, icosa extraña!, callados, inmóviles, atentísimos. Acercándome, empecé a oír una voz, luego una palabra, y un final de discurso. La voz salía del centro del grupo; yo no alcanzaba a ver a la persona que hablaba; una voz de barítono atenerado, una linda voz, cálida y emotiva, que parecía salir del corazón, sin pasar por los labios, y así, entrar en nuestra alma, por un milagro del sentimiento. Las palabras eran finas, nuevas, musicales, armónicamente dispuestas, como gemas combinadas en el broche deslumbrante de un joyel. El discurso analizaba la estatua; ponderaba la ejecución; comentaba la actitud, ensalzaba la generosidad del héroe y la interpretación del artista.

Yo no oía; escuchaba, sentía, en un recogimiento pleno de elevación. ¿Quién derramaba así caudal tan espontáneo de elocuencia, vena tan rica de pasión y de fantasía? ¿Quién estaba improvisando arenga tan fastuosa, de sonoridades de clarín y de vuelos de bandera desplegada? Mi admiración corría pareja con mi turbación. Aquel orador no me era conocido. Su acento ligeramente costeno, resultaba para mí un enigma. Cuando terminó, un aplauso unánime y un grito de entusiasmo desahogaron las emociones, se abrió el grupo y dio paso a un hombre pálido, nervioso, de cabello oscuro y lacio, de bigote espeso bajo la nariz apolínea, de frente muy ancha, ancha como un horizonte; de pequeños y hundidos

ojos, muy fulgurantes —de fulgor sideral. Sonreía: iqué infantil y luminosa sonrisa! Me pareció que un halo eléctrico lo rodeaba. Venía hablando todavía, como si el sonoro río del discurso se hubiese convertido en murmurador arroyuelo de palique. Mis amigos me vieron y corrieron a mí, agitando los brazos:

—¡Ven, ven! —exclamaron. ¡Es José Martí!

Y desde entonces supe lo que era un gran poeta, un gran tribuno, un gran apóstol, un gran hombre de bien de la tierra cubana. Mi maestro Justo Sierra, Gutiérrez Nájera y yo lo veíamos tarde por tarde. En los largos paseos de Chapultepec, con el inseparable y fidelísimo Manuel Mercado, y con nosotros, a los que frecuentemente se agregaba Peón y Contreras, espléndido soñador, oí a Martí una serie interminable de oraciones, de divagaciones, de narraciones sobre los hombres y las cosas y la revolución de Cuba. Su fe no tenía límite. Su esperanza estaba fincada sobre un anhelo incommovible como una montaña. Era un conversador que, por natural inclinación, tomaba instantáneamente la entonación oratoria.

Su imaginación de poeta era torrencial, inagotable. A cada momento brincaba el tropo, culebreaba el símil, se abría, como una flor, la metáfora. Era el suyo un estilo peculiar sobrecargado de color y de luz. Tenía salidas inesperadas; imprevistas torceduras del concepto; bruscos arrebatos de la dicción; sorprendentes hallazgos del neologismo. Su verbosidad era desconcertante y fascinadora. Había viajado y visto mucha vida, y, para traer a la charla cualquier pertinente episodio, recorría, alígero y palmo, la prodigiosa comarca de su memoria. Amaba infinitamente la belleza y poseía el don magno de saber analizarla y comprenderla.

Era un crítico.

Artista supremo, pensador eminente, todo su arte y toda su ciencia, todo su talento y todo su sentimiento y todas sus voliciones estaban al servicio de la causa de la libertad. A ella se refería sin desfallecer. Todo su espíritu transitaba por un solo camino. Se le humedecían los ojos cuando pensaba en su

único sueño. Yo le sorprendí, a veces, una silueta de Cristo. Sus paliques me sonaban a Sermón de la Montaña.

Así lo conocí, en México, en mi México, un nido caliente de admiración y de cariño para José Martí desde 1875. Así convivió con nosotros en 1894, poco más de un mes, de paso, rumbo a la revolución, a la muerte, a la gloria. Así, admirando a este singular tipo humano de tenacidad, de verdad, de bondad extraordinaria, fui entregando el espíritu y la atención y el corazón a la luchadora existencia de esta isla deliciosa, la que rompió, no sin dolor y sacrificio, el último eslabón de la cadena de hierro que cayó, por fin, al mar.

Nos apasionamos por la revolución cubana los jóvenes de aquel tiempo. Y un día de mayo de 1895, Justo Sierra, mi padre, mi maestro, mi guía ya solo vivo en el recuerdo de los que le amamos, vino a buscarme a mi oficina ministerial. Se sentó junto a mí; sacó del bolsillo de su *jaquel* un pliego pequeño, y apoyando los brazos en la mesa donde yo arreglaba expedientes de obras públicas, me leyó un soneto. Acababa de componerlo, el pulso trémulo y la mirada turbia. Mi maestro era un niño para sentir. Cuando concluyó la lectura nos quedamos silenciosos y pensativos. La cabeza olímpica y blanca de Justo Sierra permanecía inclinada, como mirando el papel, pero absorta a quién sabe qué lejanas contemplaciones. El soneto era una elegía a Martí, cuya muerte, en medio del combate, nos acababa de anunciar, brevemente, el cable. Aún suenan en mi memoria los versos.

*En la lira de América pondremos  
tu cadáver; así lo llevaremos  
en nuestros propios hombros a la Historia.*

Me acuerdo que me acerqué al maestro y le besé la mano.

Cuando ahora, en mis caminatas de expatriado, paso frente al mármol de Martí, levanto los ojos, con el alma saludo al inmortal, y suelo pensar en aquel dolor, en aquella elegía, en aquel beso.

Martí era todo el ideal. Maceo era toda la batalla. Dice bien el general José Miró.

Los muchachos mexicanos seguíamos ansiosamente las proezas del rayo de la guerra. Las noticias de los periódicos, las cartas privadas, los cables, los artículos, las conversaciones, las opiniones, todo nos agitaba, con temblores de entusiasmo, como si estuviéramos en los campos de batalla. Que Maceo está en Oriente; que pasó la Trocha; que burló la vigilancia del Mariel; que combatió en Pinar del Río; que le teme Martínez Campos; que lo persigue Weyler; la mentira, la verdad, el incidente, el drama entero, nos mantenían dentro de una intensa inquietud. Maceo llenaba nuestra vida con su nombre. Lo seguíamos, y lo adivinábamos siempre incansable, siempre fuerte, siempre arrojado, siempre victorioso. Jamás creímos que fuese vencido. Lo llamaba, para nosotros, *La Victoria*. El mar nos estorbaba, porque atajaba nuestra curiosidad.

Y en las polémicas periodísticas luchábamos contra los escritores opuestos, con un sincero enardecimiento. La causa de la libertad cubana era nuestra causa. A falta de armas de acero y de fuego, el verso y la prosa eran nuestras armas. Contábamos y peleábamos en la batalla verbal —gran batalla!— por Cuba.

Así fue como nos enamoramos de Maceo. Su retrato colgaba de la pared de nuestras casas. Las mujeres al salir de las tiendas, los hombres al salir de las oficinas, los niños al salir de las escuelas, lo pregonaban, lo gritaban atronadoramente. No había estudiante, no había joven que no llevara en el ojal de la solapa un botón con el retrato de Maceo y con la Estrella Solitaria. Cuando Maceo murió, los corazones mexicanos se prendieron un crespón de luto.

Y torna a mí el recuerdo, cargado de pormenores.

Vuelve a presentármese el taller de Jesús.

Contreras. El escultor había trabajado, con afectuoso esmero, un busto de Antonio Maceo: la cabeza vigorosísima; el rostro franco, audaz, voluntarioso; serena la frente, y enérgica;

anchas las ventanas de la nariz, denotando el sensual temperamento de la raza; amablemente seria la boca, como avara de palabras; honda y recta la mirada, dispuesta a encenderse en la fiereza de la cólera. El busto era de terracota y, como en un altar, estaba colocado sobre una chimenea antigua de columnillas historiadas. Los fervientes dejábamos allí nuestra ofrenda de flores.

Una mañana, en que llegué intempestivamente al taller en busca del artista, encontré sola a la modelo, una mozueta de dieciocho años, de formas esbeltas y cabellera blonda. Esperaba también al escultor para principiar la tarea; pero antes se ocupaba en atar, con un listón blanco y azul, un manojo de rosas.

—¿Qué hace usted? —le pregunté.

Y ella, mirando el busto de terracota, me contestó:

—Son para Maceo. Todos los días le traigo este regalo.

En eso meditaba yo mientras el señor Presidente de la República colocaba la primera piedra del monumento al Titán, y el mar de turquesa y diamante, como satisfecho de contemplar un pueblo libre, dormía su grandeza bajo el cielo de plata de la tarde. Confundido entre el pueblo, sentí la caricia de lo pasado.

Ya lo sé: nada nuevo he dicho.

Nuevo, no; pero mío, enteramente mío, sí.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 363-371.

# JOSÉ MARTÍ EVOCACIÓN

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA

Para los que vimos a José Martí con estos ojos de carne, que acaso la muerte envuelva pronto en su Eterna cecidad...

para los que oímos con estos oídos de carne, que pronto serán sordos con la sordera eterna de la tumba, la voz suave, grave, extrañamente musical de José Martí, que no tenía el sonido de una fanfarria guerrera, escuchada en un campo de batalla, sino la armonía deliciosa de un quinteto de César Frank, o la gravedad dolorosa del *Miserere* de Palestrina, oída bajo la Cúpula de la Capilla Sixtina ante la titanomaquia brutal de los Profetas de Miguel Ángel, y el pataleo insolente de los corceles del Apocalipsis;

verbo de Apóstol y de Profeta, que pedía por igual para esplender las cimas incendiadas del Sinaí, o el espejear mordorado de las olas del Tiberíades, y contemplar pudimos su grave rostro enflaquecido en las vigilas del Estudio y el En-sueño, como devorado por la fiebre del Ideal que consume a los Grandes Soñadores...

la frente espaciosa, el aire triste de los predestinados del Dolor...

su palidez de “Cristo en los Ultrajes”, bajo el follaje de los olivos taciturnos; la boca oculta tras los mostachos lacios, caídos sobre los labios elocuentes, para ocultarnos como el

álveo de un gran río entre los jarales incultos; la frente enorme, hecha como para cúpula del Tabernáculo de su Pensamiento; y bajo ella, como dos ojivas góticas, los ojos tristes, profundos, en los cuales fulgía el Genio, como un rayo de Sol poniente en las vidrieras historiadas de un domo veneciano a la hora del crepúsculo...

tal vez en ningún rostro humano ha dominado un aire de mayor melancolía que en el rostro exangüe de aquel Apóstol, en camino entonces hacia la realización de su Sueño luminoso; es una Visión pura y remota, blanca y fulgente, como entre la demencia hosca de las nieves la infinitud azul de una montaña...

fuera de su celebridad de Escritor, ningún otro halo de celebridad nimbaba entonces su frente, destinada a recibir luego los más fúlgidos besos de la Gloria...

esa frente, coronada después por todos los laureles menos por el laurel de la Victoria...

era en New York;

allá por el año 1892...

Martí era Cónsul General de la República Argentina en aquel puerto, y publicaba su periódico: *Patria*; yo había llegado a aquella ciudad, para fundar mi revista *Hispano-América* destinada a defender los ideales de nuestra América;

fue Eloy Alfaro, el Libertador Ecuatoriano, peregrino entonces en playas del Destierro y del Ideal, quien nos presentó, el uno al otro, invitándonos a almorzar a ambos en un restaurant de Beavery Street, aledaño a las redacciones de nuestros dos periódicos...

Martí sufría entonces el aislamiento de todos los grandes proscriptos por la Libertad;

frecuentarlo era un peligroso honor para aquellos que tenían algo que ver con Cuba o con España...

estos, más que buscarla, esquivaban su presencia...

el ojo consular, ojo avizor, perseguía hasta sus últimos gestos, y sentía, como todos los que hemos recorrido el agrio sendero de la Emigración Política, el hocico húmedo de los

lebreles del Espionaje olfatear los talones de sus plantas peregrinas...

el ágape fue cordial como un ágape de Exilio...

Martí fue amable, con ese gesto de Fraternidad efusiva que le era habitual, en el impulso tierno y contenido de aquél que pide la simpatía de las Almas para la causa que defiende, y el auxilio del óbolo mental, para el acervo de su Ensueño generoso, desconocido y calumniado...

Martí era un Orador, no era un *Causeur*...

ignoraba la ironía, la burla elegante y cruel, el bordonear de abejas venenosas que forman el encanto peligroso y sutil de esos atractivos “Virtuosos de la Palabra”, que son los grandes *Causeurs*;

hacía profesión de bondad en sus conceptos, tenía en ellos una reserva cauta, que era como un Pudor de su Palabra...

no amaba la Crueldad en los decires;

ni la hablaba ni la escribía; ante la que brotaba de los labios de los otros, sonreía tristemente, cual si extendiese su sonrisa, como un escudo, sobre aquellos que eran heridos por los dardos...

aquel ágape, aproximó aún más nuestras Almas, ambas tenazmente enamoradas de la Libertad...

tal vez no había un temperamento más ajeno a la violencia que el de Martí

...era el Alma ecuánime por excelencia...

no tenía otras cóleras que las cóleras del Apóstol...

no amaba dispersarlas en la conversación; las reservaba para los grandes auditorios...

cuando sentía bajo sus pies la caricia del Tabor...

él sabía ya de la aparición de mi Revista, y la había saludado con cariño; sabía cómo esta era adicta a la causa de Cuba, esa causa que era como un Dios prisionero en su Tabernáculo, temeroso de ser revelado, y al cual había que servir y que adorar casi en Silencio...

Martí era el único Sacerdote de ese Culto, que como todo culto perseguido, tenía su zona de Misterio, en la cual celebraba sus Festivales;

esos Festivales eran las Conferencias de Martí a los Emigrados Cubanos...

no era necesario solicitar invitaciones para escuchar las Conferencias ocasionales que Martí dictaba entonces a los tabaqueros cubanos, que eran, por aquellos tristes días, su único auditorio...

él se encargaba de hacerlas a los intelectuales y amigos de la Libertad, de paso o residentes en la opulenta Metrópoli...

nos invitó a una de ellas...

estas eran sabatinas y nocturnas en grandes salones penumbrosos, adonde los obreros silenciosos llenos de uno como fanatismo induo, iban a oír la voz grave y triste del Apóstol, anunciadora de las Auroras futuras, que sus ojos voraces de luz no habían de ver irrumpir sobre los cielos lejanos...

Martí hacía su aparición en el estrado, escoltado de algún grupo reducido de amigos, casi siempre intelectuales hispanoamericanos, transeúntes en Dolar City...

la primera vez que lo escuché, formaba yo parte de ese grupo, con Eloy Alfaro, el Redentor que, como él, iba también camino del Calvario, sintiendo ya sobre sus hombros la caricia de la cruz, y algo así como el calor de las llamas que habían de quemar su cuerpo, en los llanos del Ejido...

la sala penumbrosa...

un calor de Fraternidad llenando la atmósfera...

los rostros atezados de los auditores, entre los cuales predominaba el elemento de color, revelaban la beatitud transfigurante de aquél que, ebrio de Fe, abre los ojos en espera del Milagro...

el milagro era Martí;

la aparición de Martí...

la voz de Martí...

el Alma luminosa de Martí...

que iba a aparecer...

a fulgir...

a cantar la Canción de la Esperanza en el fondo de aquellas almas que oían emocionadas el Himno de la Libertad...

y Martí aparecía...

pequeño, encorvado, como Atlante, bajo el peso del Mundo de Ilusiones que llevaba sobre su Alma soñadora; pálido, taciturno, sin ninguno de los atributos físicos que tuvieron los Atletas de la Palabra: un Mirabeau, un Dantón, un Gambetta, un Jaurés, en Francia... un José Manuel Cortina en Cuba...

descuidado en el vestir, ora porque era pobre, de una pobreza franciscana; ora porque lo que ganaba con su pluma, lo destinaba a aliviar la suerte de los cubanos emigrados y aumentar el escaso peculio de la Revolución que preparaba; ora porque no parecía amar otras elegancias que las elegancias espirituales de su estilo maravilloso de prosista y las parábolas de oro de sus oraciones rutilantes...

la escalera de la casa de Martí, era la escalera del Dolor; por ella subían y bajaban los emigrado cubanos, desprovistos de toda clase de recursos, y casi ninguno bajaba sin un consuelo...

las manos de Martí eran tan misericordiosa como sus labios...

la tribuna transfiguraba a Martí...

al poner los pies en ella se agigantaba...

Anteo había encontrado la Tierra y posaba en ella los pies, haciéndola temblar...

aquel Hombre, flébil y encorvado, se erguía recto como una flecha; la sonrisa desaparecía en sus labios, la expresión de su boca no se hacía mala, pero adquiría un *rictus* de severidad, que hacía de sus labios indignados el canal natural al torrente de sus palabras...

el brazo derecho llevado atrás, colocado sobre los riñones, como si ocultara el carcaj repleto de sus flechas...

la izquierda levantada, como si fuese a clavar en tierra una bandera; o como si trazara el itinerario al vuelo de sus metáforas, que eran como un vuelo de alciones sobre el Mar...

la extendía luego hacia adelante, como si marcase el Camino de la Victoria a las Huestes Invisibles...

cuando llegaba el momento del Apóstrofe vibrador, y hablaba de Cuba, de la República de ayer, la de Céspedes y de

Narciso López, y de la República de mañana, la que debía surgir de su esfuerzo generoso, el brazo derecho, el brazo oculto aparecía enhiesto, como una asta, en la cual flotara la bandera de Cuba Libre, amparando la tumba de los muertos y llevando al combate las legiones de los vivos... la voz se hacía tronitante, y flotaba en el aire la metáfora final;

el guijarro de David hendiendo el aire; se sentía la impresión de ver el gesto de Goliath, herido entre las dos cejas hirsutas;

el auditorio se alzaba como un solo hombre, los rostros bronceados se hacían luminosos, como transfigurados por aquel soplo animador que parecía el de Ezequiel alzando de la Tierra las osamentas insepultas... era ya la Vanguardia de las Legiones de Maceo; parecía que la sombra de Quintín Banderas galopaba en su caballo de guerra, llevándolas al combate;

Martí callaba...

la nube de la transfiguración desaparecía...

el Cristo descendía de la Colina luminosa, y entraba otra vez en el redil de sus Discípulos...

emocionado, fatigado, hecho otra vez enormemente triste, recibía la ovación inclinándose reverente, y estrechaba las manos amigas, que se le tendían olorosas aún a la nicotina del tabaco; el olor de la planta tropical parecía llenar la atmósfera como una caricia suave, que era como el Alma de la Antilla lejana, escapada un momento a su esclavitud, para escuchar la Palabra del Apóstol, que la llamaba a la vida, diciéndole él: *Surge et ambula* de las Leyendas Bíblicas...

así oí, en tres ocasiones, la oratoria armoniosa de Martí, acariciando mis oídos de joven rebelde, pronto a todas las tragedias de los combates intelectuales...

no oí nunca a Martí en espacios abiertos;

lo que sí puedo decir, es que la Oratoria de Martí no era hecha para la Plaza pública, ni para esparcirse en el tumulto oleaginoso de las Muchedumbres en cólera;

le faltaba para ello la alta talla dominadora, hecha para ser vista a distancia como un farallón en la Tormenta; la voz caudalosa y recia, el Verbo brusco y contendor para dialogar con las Multitudes inquietas y agresivas, como el Trueno dialoga con el Tumulto de las olas en Tormenta...

lo desmesurado no estaba en la Prosa, ni en la Oratoria de Martí; era tan riguroso, en la pureza de su Verbo hablado, como lo era en la pureza de su Verbo escrito...

lo clásico no murió nunca en él;

eso entrabó, aprisionó, e hizo menos potente, el Verbo de su Palabra; el Clasicismo le entumecía las alas...

para hacerse más vigorosa, más fuerte, ya que no había sido nunca agresiva la Oratoria de Martí, le faltó el choque con las multitudes hostiles; no sintió, bajo las alas de su Eloquencia, ese terrible aguijón, que es el rumor enemigo, la rechifla y el insulto...

no tuvo la roca enemiga, contra la cual romper en espumas las olas tumultuosas de su Verbo...

a Martí le faltó una fuerza, la fuerza impulsora del Odio; ni lo sintió, ni lo inspiró...

ignoró el Insulto; no lo usó contra nadie, y nadie lo ha usado contra él...

es la única consagración que falta a su Gloria de Tribuno...

los dos más Grandes Oradores que ha producido Cuba han sido:

José Martí y José Manuel Cortina...

Martí fue el Orador...

Cortina ha sido el Tribuno...

el uno fue el lírico de la Palabra...

el otro el Titán del Verbo enfurecido...

para Cortina, la Plaza Pública es el Stadium natural a su Genio de Atleta, pronto a la Victoria, y a romper con el pecho todos los obstáculos...

como el Mar es el espacio natural al rayo, a la hora de la Tormenta...

toda la Oratoria de Cuba está contenida entre el esplendor sereno de aquel lago Galileo, en el cual todo canta, hasta el oro de las riberas y los lirios de las colinas cercanas, y este Mar Tropical, en el cual todo ruge, desde las sirtes florecidas hasta la palidez de las estrellas, que reflejan su esplendor en su seno tenebroso...

mis impresiones sobre Martí, en aquella época en que no era aún sino un Escritor rebelde empeñado en la realización de un sueño que muchos creían quimérico y rayano en la sublime demencia de los grandes Visionarios, las dije en mi Revista *Hispano-América*...

Martí me lo agradeció efusivamente...

supe luego que en una Fiesta que le fue ofrecida en Filadelfia, una niña leyó esas líneas en su honor, y los ojos de Martí se humedecieron de lágrimas...

después... perdí de vista a Martí...

Martí desapareció...

había ido a la realización de su Ensueño de Vidente...

poco después, Cuba surgió a la Vida, y Martí se hundió en la Muerte...

había nacido para el Martirio, y el Martirio lo devoró, como una flor que cierra sus pétalos sobre una abeja canora...

su corcel de guerra fue la cruz, en la cual extendió, para morir, sus dos brazos, que se habían abierto para abrazar la Libertad...

Dos Ríos fue el Gólgota de ese Cristo que, para tener todas las Elocuencias, quiso tener también la de la Muerte...

y la Muerte cantó en sus labios, su último Poema de Gloria; en esa Guerra por la Independencia de Cuba...

en esa Epopeya, en la cual:

Martí fue el Apóstol...

Maceo fue el Héroe...

Máximo Gómez fue el Libertador...

la muerte fue bastante piadosa para Martí, cerrándole los ojos, antes de ver la ruina de su Ensueño Luminoso...

duerme bajo la Tierra Profanada por el vuelo de las águilas rapaces, que devoraron las semillas de la Libertad, haciendo estériles las que sembró su Verbo de Luz, hecho para hacer un cerco de soles al pálido fulgor de la Estrella Solitaria.

El Apóstol es solo;

por no decir que el Apóstol es la Soledad...

él la lleva y la extiende en torno suyo, como una atmósfera, en la cual él brilla, como un rayo de luna en la noche callada, para despertar el vuelo de las Libélulas, errantes sobre los rosales dormidos...

ella les hace compañía;

son sus sueños de Poeta, los que él evoca en esas soledades sin fronteras, que el Destino Trágico extiende en torno a los Sembradores del Ideal;

todo Apóstol es un Poeta...

y un Profeta...

un Vidente...

solo él ve hechos tangibles los perfiles de sus Sueños...

solo él cree...

y siembra la Fe en aquellos ciegos del Espíritu, que cierran los ojos para no ver, que no quieren creer, que tienen Miedo de mirar la aparición del Milagro que desean...

solo él espera...

y siembra la Esperanza en las pocas almas capaces de esperar, y arroja, sobre ese surco abierto, la semilla de luz de la Esperanza...

Martí fue eso:

el Poeta;

el Profeta;

el Vidente...

es decir:

el Apóstol

así conocí yo a Martí...

solo como todos los Apóstoles...

sin más amigos que los obreros dolorosos escapados de la Antilla oprimida...

ellos lo amaban...

ellos lo rodeaban...

como los discípulos al Cristo en las tardes de Genezareth...  
nadie creía en Martí...

era burlado, perseguido, calumniado...

un grupo de emigrados amigos, refugiados en Tampa o Key West, le enviaban de vez en cuando una Palabra de Consuelo... para alentar al Gran Iluminado, al cual nada hacía desfallecer, ni siquiera el peso de la Ingratitud...

los amigos de Martí han sido póstreros...

ninguno lo acompañaba en aquella Hora Dolorosa...

la Hora de la Oración en el Huerto, camino del Calvario...

la hora de Congojas del Apóstol, en que sus manos, pálidas como dos hostias, se alzaban para apartar la sombra de los olivos hostiles, y se extendían como para abrazar la silueta, ya cercana, del madero de su Cruz...

es en su actitud de Apóstol, que adquiere José Martí toda su trágica grandeza;

solo en ella no tiene antecesores, ni sucesores, en el sendero de la Historia...

no aparece José Martí en el escenario sangriento, y a veces repugnante, de la Guerra, barbarizado y barbarizando, ebrio por el sonido bélico de los clarines y el rodar de los cañones...

ningún hemicycleo de batallas lo rodea...

no aparece caracoleando en su corcel indómito, como Vercingetórix ante la mirada despreciativa de César; no escribe su nombre en el Mundo de la Historia con una Espada, sino con una pluma...

Libertadores...

ha habido y habrá aún muchos para llenar con sus leyendas bélicas los fastos de la Historia...

Héroes...

se dan silvestres y brotan cada día, entre los surcos rojos de la Guerra...

pero un Apóstol de la talla de José Martí, no lo registran los Siglos...

esa es su Enorme Grandeza Solitaria.

La distancia es necesaria al Genio como al Sol...

un Genio demasiado cerca a nosotros nos ofusca como un Astro...

una distancia de Siglos es precisa a un Grande Hombre, para ser juzgado...

los contemporáneos no son jueces...

tienen casi siempre talla de verdugos...

en torno al Cristo no hubo sino los Centuriones, para ultrajarlo...

los discípulos esperaron en el descenso de la Colina, temerosos de ser castigados por su Adoración...

la perspectiva es necesaria a los Grandes Hombres, como a las Grandes Cimas...

Hasta los Dioses necesitan el prestigio de la perspectiva, para no perder el prestigio de su divinidad...

Martí está aún demasiado cerca de nosotros para ser juzgado por nosotros; nos aparece aún “humano, demasiado humano”, como diría Nietzsche;

las ruinas de su Obra no lo sepultan ni lo ocultan, antes le sirven de pedestal y lo agigantan...

un pedestal doloroso, como un Calvario...

la Inutilidad de su Sacrificio lo agiganta, hasta desmesurarlo en una atmósfera de Infinito...

para aquellos que amamos a Cuba, con un Amor rayano en la Pasión, no es propicia la hora para hablar de Martí...

mil emociones distintas nos hacen temblar la voz...

ella vacila entre las Lamentaciones de Jeremías

y el Treno de Isaías...

el silencio es la única zona apaciguadora de tantas tempestades en Silencio, que debemos llegar a las Tumbas de los Grandes Muertos, para hacerles compañía...

ellos no han muerto...

se reposan...

un día se alzarán de su Sepulcro, transfigurados y gloriosos;

y su Obra se alzará con ellos;

la Cuba de Martí se perfila ya en el horizonte, por entre las ráfagas intermitentes de la Tempestad...

La Ciudad Futura, digna de Albergar la Sombra de los Muertos, se perfila ya en el horizonte... Blanca como una flor de mármol, bajo la sombra negra de las águilas fugitivas...

la sombra de Martí se diseña entre sus Columnatas gloriosas, como la Sombra de Sócrates en los portales de Atenas...

un coro de adolescentes lo rodea...

son los Hombres de Mañana...

los únicos dignos de hacerle compañía.

*Némesis*, París, 31 de marzo de 1931.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 130-142.

# MIS RECUERDOS DE MARTÍ

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana, 13 de marzo, 1932

Sr. Félix Lizaso

Mi muy estimado amigo:

Cuanto hagamos por colocar a Martí en lo más alto de nuestra historia, será para nosotros, honra y provecho. Vea usted si quisiera yo contribuir a su noble propósito de escudriñar cada vez más la vida y carácter del héroe. Pero ya no puedo emprender ningún trabajo continuado. Los años tiranizan.

Por otra parte, en *El Fígaro* he publicado pormenores de mi trato con Martí, y en mi discurso de la Sociedad literaria de New York, "Martí y su obra política", lo he estudiado en conjunto. La síntesis de ese trabajo está en el verso famoso de Dante: *Tu Duca, tu signare e tu maestro*. Muy suyo,

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Cuando Martí regresó a Cuba, en 1879, su nombre no me era extraño. Conocía de él ya un folleto político, que me había impresionado vivamente, tanto por el fervor y nobleza de las

ideas, cuanto por lo insólito del estilo. Sabía que el autor, cuando lo escribió, era un adolescente; y no podía menos de sorprenderme el sello de vigorosa personalidad que se marcaba, a cada paso, en esas páginas, que parecían vibrar, como si las animara el eco de la voz de Lamennais.

Fue aquella, época de grande efervescencia de ideas entre nosotros. La Cátedra académica preludiaba lo que había de ser poco después la tribuna política; y traía un concurso ávido de bella palabra y de nuevas doctrinas. Se aseguraba que el recién llegado poseía el don de elocuencia; y fácil, como lo he sido siempre, a dejarme encantar por la virtud de la oratoria, ardía en deseos de oírlo.

A poco de su llegada, me ofreció la ocasión apetecida una fiesta del Liceo de Guanabacoa. Nunca olvidaré el embeleso en que estuve todo el tiempo que habló Martí. La cadencia de sus períodos, a que solo parecía faltar la rima para ser verso, mecía mi espíritu como verdadera música y con el efecto propio de la música. Al mismo tiempo, pasaban ante mí, como enjambre de abejas doradas, como surtidores y canastillos de agua luminosa, como rosetones de fuego que se abren por el éter en manojos de oro, zafiro y esmeraldas, sus palabras sonoras, en tropel de imágenes deslumbrantes, que parecían elevarse en espiras interminables y poblar el espacio del fantasma de luz. Era un arrullo continuado que me producía, en vez de somnolencia, deslumbramiento.

Cuando supe que había de contestarle, desperté bruscamente, y con no poco sobresalto, porque advertí que, cautivado por la melodía, poca atención había podido prestar a la trama lógica de las ideas. Mi impresión había sido artística y no intelectual. Supongo que de ello habría de resentirse la disertación con que le contesté. Todavía los primeros párrafos de ella revelan la suspensión en que me habían dejado esa palabra y esa imaginación desbordadas y cautivadoras.

Oí después a Martí otras veces, siempre con mucho gusto, pero con efecto más atenuado. Sucedió así, no porque el orador se mostrase inferior a sí mismo, sino, porque más

habituaado yo a su manera, mi gusto vaciado en otros moldes estaba ya prevenido y, sin poderlo remediar, a la defensiva. No tuve nunca oportunidad de escucharle ningún discurso político. Pero me doy cuenta del efecto maravilloso que debía producir, sobre todo en los emigrados soñadores, anhelosos de esperanzas, su palabra de vidente, desatada en torbellino por la vehemencia de su fe patriótica.

Nuestro trato fue breve, porque breve fue la estancia del tribuno en Cuba. Algunos años después me encontraba en New York, primera etapa de mi infructuoso viaje a España como Diputado a Cortes. A la mañana siguiente al día de mi llegada, estaba yo en el comedor del hotel, cuando vi adelantarse rápidamente hacia mí con los brazos abiertos, un hombre de nervioso andar y ojos chispeantes, que me llamaba por mi nombre, con acento regocijado. Era Martí, que desde ese momento me acompañó con frecuencia, hablándome sin cesar de Cuba.

Fue otra forma de hechizo la que ejerció sobre mí el orador del Liceo, pero más duradera. De Martí, en la plática mano a mano, en la efusión espontánea de su pensamiento ardoroso, que brotaba por los labios, los ojos y los ademanes, podía decirse con verdad lo que el Cosimo de D'Annunzio dice del escultor Gadi: "Pertenece a la más noble de las castas humanas; es un vivificador".

Sí; su palabra era algo viviente que trasfundía vida. Me parece verlo, el día que nos separamos, detenidos los dos en un ángulo de la reja que rodea el cementerio de Trinity Church. En medio del bullicio atronador de aquella parte, congestionada siempre de la enorme ciudad, yo no oía sino su voz conmovida que me conmovía; deslumbrado una vez más por su lenguaje fulgurante; enternecido por sus expresiones de afecto; confundido un instante con él en una misma tristeza por la incertidumbre que envolvía, cual pesada niebla, el porvenir de la patria; admirado yo de verlo sacudir de súbito esos pensamientos sombríos, como si ya su visión interna se alumbrara con los lejanos resplandores de una nueva aurora.

Nunca más nos encontramos; pero nos escribíamos de cuando en cuando. Sus cartas, fuera el que fuese el asunto, tenían el mismo magnetismo de su conversación. Se le oía y se le veía a través de los amplios trozos de su letra nerviosa. Escribía a sus amigos como les hablaba; las imágenes florecían bajo su pluma como en sus labios; el corazón se le derramaba tras las palabras.

Increíble es que nos esperen mayores desdichas —me decía en una de ellas—; pero parece de veras que nos están reservadas humillaciones y angustias más temibles, por menos remediables, que las que le tienen a Usted atribulado el corazón, y a mí como muerto en vida. Qué alegría verlo a Usted entre estas penas como una flor de mármol!

En el verano del año 1894 hice un viaje a New York, para verlo. De acuerdo con algunos amigos, resueltos como yo a seguir a nuestro pueblo por el camino por donde se lanzara, pero que juzgábamos deber imperioso detenerlo cuanto fuera posible al borde del oscuro *viacrucis*, para que midiese bien sus fuerzas y los obstáculos de todo orden que habían de contrastarlo, quise intentar un supremo esfuerzo acerca de aquel hombre de gran corazón, que ya sabía de antemano mi modo de apreciar el problema y las circunstancias en que se planteaba.

Cuando desembarqué, hacía pocos días que Martí había salido para México. Me avisté con uno de sus lugartenientes, que era también mi amigo: Benjamín Guerra. Este me oyó cortésmente, sin desabrimiento; pero como quien desde luego sabe que no ha de ser persuadido. Me ofreció transmitir a Martí mis palabras; mas, cuando nos separamos, la visión que me persiguió por algunos momentos fue la de una gran oscuridad en cuyo seno se produce de súbito un gran incendio.

No he vuelto a ver a Martí, sino ahora, sobre su blanco pedestal de mármol, glorioso desaparecido que ha entrado en

la inmortalidad. No sé si será un sentimiento egoísta; pero más quisiera que su mano extendida pudiera aún calentar la mía; y que su ancha frente de iluminado pudiera todavía inclinarse sobre Cuba, para dar calor a su alma con las chispas de su noble pensamiento.

27 de febrero de 1905

*Revista Bimestre Cubana*, La Habana, julio-agosto, 1932.  
*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 47-51.

# MARTÍ, CABALLERO\*

BLANCHE ZACHARIE DE BARALT

Ya vamos quedando pocos de los que conocimos a Martí; pero si el tiempo empaña y destruye las cosas materiales, aviva y engrandece las del espíritu.

Con la perspectiva de los años la figura del Apóstol surge nimbada de nueva luz para el mundo, mientras echa raíces más hondas en el corazón de los que lo quisieron.

Me complazco, a veces, en revivir los años de New York, cuando el glorioso héroe de Dos Ríos era el patriota desterrado, batallando con indomable tenacidad por el ideal de la independencia, trabajando en silencio, reclutando partidarios de la libertad cubana en las fábricas o encendiendo el entusiasmo de correligionarios influyentes en los salones: sumando voluntades en todas las esferas con su personalidad magnética, con la fuerza irresistible de su claro talento y de su fe sin límites.

Al hojear de nuevo sus libros, al devorar las vibrantes páginas donde el Maestro ha grabado como en planchas de acero, con firme buril, los anhelos de su alma ardiente, su visión de los hombres y de las cosas, he sentido latir el corazón

\* Después de haberse publicado este artículo (*Revista Bimestre Cubana*, noviembre-diciembre, 1931), Blanche Z. de Baralt lo amplió considerablemente, editándolo en volumen con el título *El Martí que yo conocí*. Editorial Trópico, 1945. (Nota de la compiladora.)

genial del autor y evocado su imagen y su persona sugestiva como lo conocí y traté más de diez años seguidos, siendo él fraternal amigo de mi marido, tertuliano constante, respetado y querido de nuestra casa.

¿Quién no conoce a Martí como patriota, como hombre de acción, como carácter enérgico, tribuno insigne, escritor de fuste? Pero muy pocos, fuera de aquellos que gozaron de su trato exquisito y consecuente afecto, conocen el encanto del leal amigo, hombre culto y cumplido caballero, cuya alma, llena de ternura, rebosaba con “la leche de la bondad humana”.

Poseía en grado sumo el arte de ganar amigos y de conservarlos; sabía, como dice Shakespeare, “aferrados a su alma con garfios de acero”. Comprendía el valor trascendental del puro sentimiento que llamamos amistad, y no escatimó los sacrificios que en sus aras ofrecía para mantener siempre viva su llama. Era generoso con excelsitud: daba, daba sin tregua, su cariño, su inteligencia, su tiempo, su saber, su bolsa enjuta con frecuencia, jamás cerrada, daba hasta dar en supremo holocausto la propia vida.

Ninguno era tan alto y encumbrado que Martí no pudiese llegar a él, ni tan bajo y humilde que no supiera hacerse pequeño y sencillo para hallar su nivel.

La bondad de su alma se reflejaba en infinitos detalles.

Al llegar a una casa, por ejemplo, hallaba una palabra amable para cada uno. Recordaba a las personas que había visto una sola vez y las llamaba por su nombre; se interesaba en todos, los cautivaba con una sonrisa, con una mirada expresiva. Amaba a los niños y los chicos tenían encanto con él.

Poseía el arte de escuchar —cosa rara en el que tiene el don de la palabra.

Sabía agrandar haciendo que los demás se sintiesen complacidos de sí mismos —y eso con perfecta sinceridad, sin adulación.

“No hay quien no tenga algo bueno —decía— falta saberlo descubrir”.

Este don de gentes, este talento de hacerse querer, no fue en Martí un factor despreciable en su obra de propaganda política: sumado a su fervor patriótico y a su elocuencia, el imán de su personalidad atrajo millares de adeptos a la causa de la libertad de Cuba.

Atravesó la vida dejando a su paso una estela de simpatías.

Como en toda alma de innata distinción, la delicadeza de sentimientos sugería el gesto o la palabra adecuada; la finura le brotaba del corazón.

Ser cumplido le era natural, como lo demuestra su correspondencia abrumadora. Siempre encontraba el tiempo, por atareado que estuviese, para contestar una carta —importante o baladí.

Le encantaba escribir. No solo sus trabajos literarios —muchas veces, por desventura, trabajos forzados—; se deleitaba hasta en escribir breves esquelas a sus amigos, para comunicarle una noticia, una idea, o para agradecerles un insignificante favor.

La pluma en su mano fina y nerviosa era un atributo que parecía formar parte de su propio ser. Muy bien interpretado está el carácter del escritor de raza en el cuadro del artista sueco Norrman, único retrato al óleo del natural que de Martí existe. Está en el Museo Martiniano de La Habana y estuvo muchos años colgado sobre el escritorio del Maestro en su oficina de New York, 120 Front Street.

Recuerdo, como si fuese ayer, la primera vez que vi a Martí. Era yo jovencita de dieciocho años, y le fui presentada en una reunión. No tenía ausencias de él; era para mí un señor cualquiera, un encuentro fortuito de sociedad. Mas a los pocos minutos de conversación, con habilidad que no he visto igualada, sin interrogatorio, había averiguado cuáles eran mis gustos, mis inclinaciones, mis esperanzas. Tocó la nota del arte, me habló precisamente de las obras que me apasionaban. Discutió conmigo cuadros, música y libros, de la manera más natural, con absoluta sencillez, sin hacerme sentir la diferencia que había entre una niña y un sabio.

Del mismo modo se hizo conocer de mí. Pude apreciar al instante que era un hombre superior, de vastos conocimientos y de alma grande.

Nunca desmintió aquella impresión primera.

No quisiera dar aquí una idea de frivolidad en Martí, sino indicar las mil facetas de su espíritu abierto a todas las manifestaciones de la vida, y al punto me permitiré contar una anécdota que de seguro sus biógrafos desconocen.

Pocos días antes de mi matrimonio, me dijo Martí:

—Blanche, voy a pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Quiero que me deje ver su *trousseau*.

—Bueno —le dije—, tal día irán mis amigas a casa, venga usted también, o un poco antes si le parece.

Llegó, y con mi madre y mis hermanas estuvo examinando como un chiquillo, vestidos y sombreros; hacía un fino comentario y ponía nombres a varios de ellos.

Un tiempo después, encontrándome con mi marido, recordó la prenda que había visto y me dijo: “Veo que lleva usted el sombrerito casto”. En otra ocasión reconocía el vestido “discreto” o el abanico “perverso”, nombres puestos por él el día de la exposición del *trousseau*.

Esto confirma lo que, con gran acierto, dijo aquí la otra noche, nuestra admirada Gabriela Mistral en su conferencia, que “Martí era hombre, niño y mujer en uno”.

Cuando la gente piensa en el Maestro y evoca su figura venerable, suele olvidarse que Martí murió joven.

Apenas contaba cuarenta y dos años. Solo su genio y la intensidad con que vivió le permitieron llevar a cabo una tarea hercúlea.

Aparte de su obra de propaganda, viajando sin cesar, hablando constantemente en *meetings*, moviendo la prensa, levantando fondos, laborando febrilmente y conmoviendo hasta a las piedras con su elocuencia y su fe, ha dejado escritos unos veinte gruesos volúmenes, sin contar, ¡ay!, lo que se ha perdido en periódicos y publicaciones olvidados, diseminados por esos mundos y casi imposible de rescatar.

Yo lo recuerdo como un joven de genio alegre y solo en los últimos tres o cuatro años, cuando pesaban sobre su alma las grandes preocupaciones y responsabilidades que entrañaba la idea de lanzar un pueblo a la revolución donde tenían forzosamente que morir muchos combatientes, se tornó grave y pensativo.

En los meses que precedieron a la guerra del 95, cuando Martí era perseguido por el espionaje español, cambiaba de residencia a menudo para despistar a los agentes que lo buscaban. Venía a veces a pedirnos albergue, sabiendo que nuestra casa era la suya; y cuenta mi marido que una noche en que Martí durmió en su cuarto con él, lo despertaron unos suspiros profundos y unos quejidos lastimeros. “¿Qué tiene, Martí?”, le preguntó Luis, alarmado; abriendo los ojos exclamó: “¡Ay, las madres, las madres, cuánta sangre y cuántas lágrimas van a correr en esta revolución a que voy a lanzar a mi país!”.

Sentía el peso de la tempestad que iba a desencadenar y su alma sensible se condolía de los sufrimientos inherentes a la redención.

Volviendo a la facilidad con que escribía Martí.

Desde muy joven se mostró artista que dominaba a tal punto su instrumento que, dando rienda suelta a su inventiva, no tenía que pensar en la técnica.

Improvisaba escribiendo con la misma rapidez con que lo hacía en la tribuna, y las hermosas frases brotaban de su pluma pulidas y vestidas de gala desde el primer instante.

Para demostrar esta verdad, basta leer la joya poética que se llama *Amor con amor se paga*, escrita en un abrir y cerrar de ojos para el beneficio de una gallarda actriz, Concepción Padilla, que trabajaba a la sazón en el Teatro Principal de México.

Es un *impromptu*, un haz de luces ejecutado al ejemplo de Lope en las horas comprendidas entre la salida y la puesta del sol:

*Por la mañana encargó  
Y se pensó en la mañana:  
Más frívola que galana  
Por la tarde se acabó.*

Obra de juventud —Martí tenía veintitrés años—, ha de tener forzosamente algunos lunares, como toda improvisación, pero tiene versos magníficos, conceptuosos, forjados según los modelos de *La Edad de Oro*. Que Martí pudiera apropiarse ese estilo, hacerlo absolutamente suyo, emplearlo de modo tan natural, así, de repente, prueba hasta qué punto estaba empapado en la lectura de los clásicos españoles y qué dominio tenía de la lengua que podía vaciar a su antojo en los moldes más castizos.

Más tarde, alzando el vuelo al empíreo y respirando el aire de las alturas, renovó su estilo para dar mayor libertad a la expresión de su pensamiento; se mantuvo fiel, no obstante, a la pureza de su lengua que nunca adulteró.

Muchos años después de escribir este proverbio, Martí nos pidió a mi marido y a mí, aficionados que solíamos representar en fiestas de caridad, que hiciésemos su pieza, y encontró, como siempre, frases halagüeñas para convencernos.

Le prometimos complacerlo, pero la ocasión no se presentaba y lo fuimos aplazando, hasta la hora en que se organizaron en New York unas funciones a beneficio de los cubanos enfermos y heridos en campaña.

Una de las primeras obras puestas en escena fue el proverbio, y no puedo decir la emoción que experimenté al personificar la Leonor de Martí tan pronto después de la muerte del autor. Me parecía sentir el espíritu del Maestro cerca de mí, oír su voz de inflexiones graves y ver su sonrisa bondadosa e ingenua.

La personalidad de Martí está allí de cuerpo entero: la obra tiene el sello simpático e individual del artista. A pesar de su molde arcaico es hija legítima del autor.

Otra improvisación donde puso gran parte de sí mismo, es la novela *Amistad funesta*.

Milagro es que esta obrita no se haya perdido, pues fue publicada en New York en 1885, por entregas, en un periódico bimensual de vida efímera y bien olvidado, del cual es imposible conseguir hoy un solo ejemplar, *El Latino Americano*, con el seudónimo de “Adelaida Ral”.

Me es grato poder echar un poco de luz sobre el misterio y decir cómo fue escrita esta *Amistad funesta*, amarga fruta del destierro y de los días aciagos en que el patriota, que todo lo había sacrificado a su ideal, tuvo que escribir sin tregua a cambio de un triste pan.

Un conocido de mi marido y de su hermana, la señora Adelaida Baralt de Edelmann —soltera a la sazón—, era el director del periódico mencionado, *El Latino Americano*. Varias veces este señor había pedido el auxilio de ambos en su deseo de conseguir colaboraciones para su revista. Mi cuñada lo ayudó con algunas traducciones del francés y otros articulitos.

El amigo se empeñó en que ella le escribiera una pequeña novela original. En vano protestó que no había nunca hecho esa clase de trabajos, el hombre insistió, ofreciéndole una cantidad, si no crecida, apreciable.

Adelaida, acordándose de Martí, íntimo amigo de la casa, que andaba siempre a caza de cualquier trabajo honroso que le proporcionase un decoroso pasar, le propuso que escribiera él el cuento, y si tenía reparo en firmarlo que lo enviara con un seudónimo.

El se hizo cargo del trabajo a condición de que la señorita Baralt consintiera en aceptar una parte de su importe.

Martí hacía versos con una facilidad pasmosa y se complacía en mandar a aquellos amigos que trataba con confianza, en esa época en que era joven, una esquila en cuatro líneas rimadas.

Un recado para una dama debía, pues, tener un giro poético, y el día en que envió a Adelaida Baralt la parte que le

correspondía del producto de la novela, iba acompañado el dinero —para mitigar cosa tan prosaica— de tres cuartetos, de los cuales he aquí el primero:

*De una novela sin arte  
La comisión ahí le envió.  
Bien haya el pecado mío,  
Ya que a usted le deja parte.*

Se había convenido en que se firmaría el cuento con tres estrellas; pero Martí puso al pie el nombre y casi el apellido de mi cuñada.

De seguro que no pensó nunca que *Amistad funesta* se publicaría como obra suya, ni que por ella la crítica había de juzgarlo.

Y sin embargo, es bien suya; en cada página ha puesto algo de su propio ser. Ahí los que lo trataron podrán reconocer la expresión de sus gustos personales, sus aficiones artísticas y el refinamiento de su espíritu.

Al dejar correr la pluma galanamente se ha revelado bajo un aspecto nuevo. Es el *dilettante* preocupado de la disposición elegante de una morada, *amateur* de buena música y perito en pintura, sensible en alto grado a la belleza a la que rinde profundo homenaje, enamorado de la virtud y de la ternura.

En la descripción de la casa del protagonista, su mobiliario, los cuadros que adornaban las paredes —son reflejos del gusto de Martí— parece que lo oye uno charlar de estas cosas.

La biblioteca contenía igualmente libros de su predilección. *El cuervo* de Edgar Alan Poe: el cuervo desgarrador y fatídico, ilustrado por Doré; el *Rubaiyat*, el poema persa del vino moderado y de las rosas frescas, con los dibujos apocalípticos de Elihu Vedder; un rico ejemplar de *Las noches* de Musset, y sobre un atril, un suntuoso regalo, un *Wilhelm Meister* con una encuadernación fantástica incrustada con oro y piedras preciosas, que valía el rescate de un rey.

Tanto el regalo como el resto generoso son la quintaesencia del martismo.

Sigue anotando sus gustos en el sabroso y fragante chocolate. Cito el texto: “No tenía mucha azúcar ni era espeso” —como él lo prefería; y en las exóticas tazas— “de esos coquillos negros de óvalo perfecto, que los indígenas realzan con caprichosas leyendas y labores, recuerdos tenaces de un arte original y desconocido que la conquista hundió en la tierra a botes de lanza. Cada taza descansaba en una trípode de plata”. Los originales estaban en su casa, traídos de Centroamérica.

En algunos pasajes Martí ha puesto fibras de su propio corazón.

Me parece oírlo pronunciar estas palabras que atribuye a Don Manuel:

Uno, padrazo ya, con el corazón estremecido y la frente arrugada, se contenta con un traje negro bien cepillado y sin manchas, con el cual y una cara honrada, se está bien y se es bien recibido en todas partes; pero para la mujer, a quien hemos hecho sufrir tanto, para los hijos que nos vuelven locos y ambiciosos y nos ponen en el corazón la embriaguez del vino y en las manos el arma de los conquistadores; para ellos, oh, para ellos, todo nos parece poco.

Este traje negro, bien cepillado, era su indumentaria habitual.

Su preferencia por el chocolate con poca azúcar, que acabamos de notar, me recuerda sus aficiones gastronómicas.

Como verdadero artista, Martí tenía una gran agudeza de los sentidos, y el paladar estaba en él desarrollado en extremo.

Era *gourmet* a lo Brillat Savarin y sabía combinar el menú de una comida que haría honor a la pericia de un embajador.

Frugal en su sustento ordinario, cuando se trataba de obsequiar a sus amigos sabía elegir los platos más exquisitos y los vinos más raros como el experto que era en la materia.

Conocía —a fuerza de buscarlos— los lugares de la metrópoli newyorkina donde un especialista ignorado del gran

público confeccionaba un plato succulento. Se encantaba en llevar a sus amigos a saborear una *minestrone* hecha con maestría, allá lejos en el barrio italiano, o un *goulash* en la pequeña Hungría.

Federico Edelmann que tanto lo acompañó en estas expediciones, nos cuenta cómo Martí lo inició en el restaurant de un marsellés de Hannover Square en los misterios de una *bouillabaisse* que resucitaba muertos; por él conoció los platos calabreses sazonados con *caccio cavallo* y regados con vino de Chianti.

Decía Martí que “comer solo es un robo” y explicaba: “un placer robado al comensal ausente”. Obsequiaba mucho; invitaba con tanto cariño como sencillez a que tomásemos en su casa unas allacas que una venezolana descubierta por él confeccionaba a la perfección. Otro día eran arepas o tortillas mexicanas, y recuerdo una esquelita suya que rezaba así: “Vengan esta noche a casa a despedir a Panchito Chacón con versos y café”.

El gesto obsequiador existía siempre aunque los medios materiales flaqueasen.

Una vez que Federico Edelmann le envió un pequeño dibujo que Martí le había pedido para la Sociedad Literaria Hispano Americana, se lo agradeció de esta manera delicada, al no tener otra cosa que ofrecer: “Recibí su esquila generosa y la Sociedad se lo paga con estas dos invitaciones para sus amigos colombianos del estudio”. Dos pobres estudiantes que Martí ni siquiera conocía, pero sabiendo que existían y que eran amigos de Edelmann, quiso tener esa fineza con ellos—fineza con amigos desconocidos, si vale la paradoja.

De familia modesta, Martí tenía no obstante modales e instintos de aristócrata. Pero su mayor atractivo como hombre de mundo era su don de *causeur*. ¡Qué charla tan amena, variada y brillante! ¡Qué gracia, qué ingenio y qué agudeza! Martí tenía una erudición enciclopédica, clásica, filosófica; pero no desdeñaba la letra de la última canción popular, y tenía el movimiento del mundo al dedillo. Como leía vorazmente y

retenía de manera prodigiosa, no había asunto de interés palpitante sobre el cual no estuviese sólidamente documentado.

Siempre atento, siempre cortés, aun en medio de sus preocupaciones y responsabilidades, se acordaba de aquellos a quienes quería, ¡y eran tantos!

Un día de presión intensa, Martí en vísperas de viaje, en un vórtice de trabajo, el cerebro repleto de proyectos y de temores, vino presuroso a preguntarme qué objeto creía yo sería del agrado de una niña de cinco años, hija de un tabaquero de Tampa, a quien él estaba agradecido por un favor. Tenía poquísimos tiempo, el tren partía y le quedaban mil diligencias apremiantes que hacer; pero suprimió la comida para ir de compras y llevó el recuerdo a la chiquilla.

Ustedes dirán que solo he hablado del aspecto amable de Martí: ése era mi objeto y el lado que conocí. Otros se ocuparán de su heroísmo; pero aunque lo he visto armarse de gran energía y estallar en justa ira en momentos terribles, su carácter era dulce y poco irritable. Tenía un gran dominio sobre sus nervios y bien sabe Dios si tuvo motivos de contrariedad y de indignación en la lucha a brazo partido que sostuvo en los últimos años de su vida, en que tantos, aun entre los suyos mismos, le entorpecieron el camino.

Quiero recordar aquí la última cena, el 24 de diciembre de 1894. Cenábamos en la Nochebuena como era costumbre desde hacía muchos años, un grupo de amigos íntimos casi siempre los mismos. Ese año le tocó el turno de recibirnos a Irene Pintó de Carrillo, esposa de Antonio Carrillo de Albornoz, amigo de Martí desde la juventud.

Con él y con Fermín Valdés Domínguez había estudiado Derecho en Madrid. Éramos trece comensales, y había faltado uno. Los esposos Carrillo y sus tres hijos, la señora de Mantilla con sus hijas Carmita y María; Martí; Federico Edelmán y Adelaida Baralt, Luis y yo. Martí llegó algo tarde y parecía fatigado; ya estábamos en la mesa; aunque él estuvo afable y celebró la cena para agradar a la dueña de la

casa, no reinaba la alegría habitual. No se lo explicaba uno, pero fue una fiesta de poca animación y pesaba sobre todos como un presentimiento inexplicable.

Ya que he contado mi primer encuentro con Martí, quiero referirme al último.

Era el 4 de febrero de 1895, a las ocho y media de la mañana. Estaba en el comedor de mi casa tomando el desayuno. Sonó el timbre y oí la voz de Martí preguntar a la criada que le abría la puerta: “¿Está ahí el caballero?”, y momentos después entraba en el comedor. “¿Se ha ido Luis ya? ¡Qué pena!, vine presuroso pensando alcanzarlo, pues no quería marcharme sin estrecharles la mano. ¡Sabe Dios cuándo nos volveremos a ver! Me despide de Adelaida y de Fico, y ahora me voy. ¡Adiós! No tengo un minuto que perder”. Lo acompañé hasta la puerta y salió en la mañana helada, como una flecha.

Días después nos fijamos en un sobretodo marrón que había quedado colgado en la sombrerera. No pertenecía a ninguno de los de casa. ¿Sería de algún amigo, que lo había dejado allí olvidado? Cosa rara en pleno invierno. Mi cuñada registró los bolsillos a ver si hallaba algún indicio de su dueño. ¡Cuál no fue su asombro al ver que estaban repletos de cartas y papeles dirigidos a Martí!

¡Pobrecito!, en la precipitación de su ida no se acordó de que había dejado su gabán en el vestíbulo, y se fue a la calle en ese día glacial sin notarlo. ¡Cómo estaría de preocupado!

Esa misma tarde se embarcó para Santo Domingo a reunirse en Montecristi con Máximo Gómez, de donde salieron ambos para los campos de Cuba.

*Revista Bimestre Cubana*, La Habana, noviembre-diciembre, 1931.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 9-21.

# CÓMO CONOCÍ A UN CAUDILLO

M. ZENO GANDÍA

Dos jóvenes estudiantes de Medicina repechaban una tarde, hacia fines de abril de 187..., la cuesta de la calle de Atocha en Madrid. Uno era Manuel Fraga y Leiro, actualmente médico y farmacéutico en Key West. El otro era yo.

De pronto vimos descender por la misma acera a un jovencito, casi un niño, que se detuvo sonriendo a Fraga.

Voy a presentarle —me dijo este— a un compatriota que acaba de llegar a Madrid para matricularse en la escuela de leyes.

En efecto: hizo el ademán de una presentación cortés. Pero al alargar yo la mano para estrechar la del amigo de Fraga, díjome aquel:

—Un momento... como usted no me conoce, es preciso que sepa antes si un hombre ultrajado que no ha tomado todavía la revancha de las injurias sufridas es digno de que se estreche su mano.

Yo quedé perplejo sin darme cuenta de lo que aquello significaba; y entonces, riendo Fraga de una manera expansiva, dijo:

—¡Que cosa tienes!... Pero sea, ya que te empeñas.

—Quiero —continuó el otro— que el señor aprecie por sí mismo las injurias.

Y suavemente nos empujó a un portal de escasa luz que estaba muy próximo a nosotros.

Una vez allí, el joven quitóse la chaqueta, y con rápido ademán mostró su espalda desnuda. Había en ella una terrible cicatriz que oblicuamente la abarcaba toda, dejando ver la huella cárdena de un latigazo que debió, al producirse, formar una úlcera.

El joven me refirió que hallándose en La Habana viendo un desfile de Voluntarios, tuvo la ligereza de soltar una carcajada. Relatóme después que a consecuencia de ella fue conducido a la cárcel y condenado a trabajos forzados, en los cuales, otro día en que no pudo cumplir el mandato de un capataz, le dieron el latigazo cuya huella evidente me había mostrado.

Al relatar todo aquello, el joven hablaba con vehemencia y sus ojos se encendían con reflejos de mal contenida indignación.

Yo comprendí. Abrí mis brazos y le estreché en ellos con fraternal cariño.

—¡Digno —le dije— del respeto de los hombres y de la compensación de los tiempos!

Aquel joven, de quien fui, mientras vivió, íntimo amigo, y cuya memoria venero con sentimiento casi religioso, era José Martí.

*Revista Cubana*, ob. cit., pp. 325-326.



## SOBRE LOS AUTORES

ALDAO, CARLOS A. (1860-?). Periodista argentino. Miembro de la Legación argentina en los Estados Unidos hacia 1893. Publicó *A través del mundo* (1914), en cuyo tercer capítulo Aldao narra sus impresiones de José Martí y Thomas Alva Edison. Martí lo llama: “compañero querido e inolvidable de trabajo”.

ANTIGA, JUAN (1871-1931). Médico cubano, espíritu enciclopédico estudioso de la homeopatía y de los más diversos temas científicos y de ciencias sociales. Perteneció al Grupo Minorista. Publicó entre 1927 y 1931 sus *Escritos políticos y sociales*.

BATRES JÁUREGUI, ANTONIO (1847-1929). Abogado, historiador y filósofo guatemalteco.

BURREL, JULIO (1859-?). Periodista español de filiación liberal; fue parlamentario y ministro. Se desempeñó como periodista en *El Progreso*, *Heraldo*, *El Imparcial* y *El Gráfico*, entre otros.

COLLAZO, ENRIQUE (1848-1921). Expedicionario cubano de la Guerra de 1868. Después del Zanjón viaja con Gómez a La Habana y Nueva York (1878). En 1894 colabora en *Patria* y va a Santo Domingo junto a Gómez y Martí. Alcanzó en la Guerra de 1895 los grados de General de Brigada.

- CORONA FERRER, MARIANO (1869-1912). Periodista cubano. Fundador de *El Cubano Libre*, periódico mambí. Al finalizar la Guerra de 1895 ostentaba el grado de Comandante del Ejército Libertador.
- DARÍO, RUBÉN (1867-1916). Poeta y escritor nicaragüense. Una de las máximas figuras del modernismo hispanoamericano. Entre sus obras famosas figuran *Azul* (1888), *Prosas profanas* (1896) y *Poemas de otoño y otros poemas* (1910).
- DE LARA, JUSTO (José de Armas Cárdenas) (1866-1919). Notable crítico literario, periodista y traductor cubano. Colaboró en numerosas publicaciones cubanas y vino con las tropas norteamericanas en 1898 como corresponsal de *The New York Herald*. Fue corresponsal de *El Mundo* y *Heraldo de Cuba*, desde Madrid, al estallar la guerra de 1914.
- DELGADO, MANUEL PATRICIO (1861-1957). Redactor jefe del *Yara*, de Cayo Hueso, miembro de la Convención Cubana.
- EDELMANN PINTÓ, FEDERICO (1869-1931). Profesor de español en Central Evening School de Nueva York, la misma escuela donde José Martí fue profesor entre 1890 y 1892. También se desempeñó como profesor del Instituto de La Habana en el período republicano.
- FIGUEROA, SOTERO (1851-1923). Publicista y patriota puertorriqueño. Perseguido en su tierra por autonomista, llega a Nueva York en 1889. Allí colabora junto a Martí en La Liga y funda la Imprenta América, donde imprime *Patria*. Sotero será uno de los colaboradores más activos de Martí en esta empresa editorial y fiel amigo suyo.
- GIMENO, PATRICIO. Pintor peruano y fotógrafo. Tenía un estudio fotográfico en Nueva York por los años 1890. En el período republicano hizo estudios en la Academia San Alejandro, en Cuba. Escribe esta crónica sobre Martí desde una universidad de Oklahoma, Estados Unidos.
- GÓMEZ, JUAN GUALBERTO (1854-1933). Periodista y patriota cubano que nació libre de padres esclavos. Sufre prisión y

exilio por la causa de Cuba. Como Delegado de Cuba en la Junta Revolucionaria de New York, colaboró íntimamente con José Martí en la preparación de la Guerra de 1895.

GÓMEZ, MÁXIMO (1836-1905). General en Jefe del Ejército Libertador cubano, nacido en Santo Domingo. Martí lo retrata con su pluma:

A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montado de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado en el alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el echar los hombres del envilecimiento de la dignidad, ya por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano.

GONZÁLEZ, MANUEL DE JESÚS. Cubano, fundador de la sociedad La Liga de New York, miembro del Club Independiente de Cubanacán, cuyo presidente era Gonzalo de Quesada y Miranda.

LOYNAZ DEL CASTILLO, ENRIQUE (1871-1963). General del Ejército Libertador. Expedicionario de la Guerra de 1895, compuso la letra y la música del Himno Invasor. Es autor de *Memorias de la Guerra*.

MANTILLA Y MIYARES, MARÍA (1880-1962). Hija de Carmen Miyares. Martí le profesó un amor entrañable. El día de su caída en combate llevaba sobre su pecho un retrato de la niña.

MIRANDA Y TORRES, RAMÓN LUIS (1836-1910). Médico cubano que atendió a José Martí en sus últimos años en Nueva York. Es autor de *Aguas minero-medicinales de Saratoga* (1884).

MIRÓ, JOSÉ (1852-1925). Periodista y patriota cubano. Fue Jefe del Estado Mayor de Antonio Maceo y llegó a ocupar el

- grado de General de División. Entre sus obras se destaca *Cuba. Crónicas de la Guerra* (1909).
- MERCADO, ALFONSO. Hijo de Manuel Mercado, el amigo mexicano de José Martí, quien llamaba al muchacho “el de los ojos árabes”, y le dedicó un autógrafo en 1894.
- MUÑOZ, VÍCTOR (1873-1922). Periodista cubano de notable ejecutoria. Publicó *Junto al Capitolio. (Croquis de la vida americana)*, en dos series en 1919 y 1923.
- NERVO, AMADO (1870-1919). Poeta y periodista mexicano. Notable figura del modernismo. Entre su extensa producción pueden citarse *Poemas* (1901), *Los jardines interiores* (1905) y *Serenidad* (1914).
- PALTSITS, VÍCTOR HUGO. Alumno de Martí hacia 1890, Martí le dedicó un ejemplar de su traducción de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson en octubre de 1890.
- PLOCHET, ALBERTO. Periodista cubano. Agente utilizado por Martí para servir de enlace entre Cuba y los Estados Unidos durante la preparación de la guerra necesaria. Formó parte del Club Independiente de Cubanacán, cuyo presidente era Gonzalo de Quesada y Miranda.
- RÍOS, FÉLIX DE LOS (1870-1941). Gallego expedicionario que luchó por la independencia de Cuba. Sus *Memorias de un gallego mambí* se encuentran en proceso de edición en Galicia, España, con prólogo, notas y texto establecido por la doctora Luisa Campuzano, cuya familia fue depositaria de tan valioso documento.
- ROSSIE, DIONISIO. Hacia 1901 fue director de *El Republicano Federal* en la ciudad de Matanzas.
- SANGUILY, MANUEL (1884-1925). Escritor cubano que alcanzó los grados de coronel de los campos de Cuba durante la Guerra de 1868. Se desempeñó como periodista y abogado en los años 80 y en 1891 se entrevistó en Nueva York con Martí. Fue un gran defensor de la soberanía cubana en las primeras décadas de la República. Martí lo llamó “un cubano de admirable mente”.

- TEJERA, DIEGO VICENTE (1848-1903). Periodista y político cubano. En la década el 70 dirigió *La Verdad*, órgano de la Junta Revolucionaria de Nueva York. En los años 80 colaboró con *La América*, que dirigió José Martí, y con quien sostuvo estrecha amistad. En 1899 fundó el Partido Socialista Cubano, y en 1901 el Partido Popular, derrotado en las elecciones. Martí lo llamó “poeta indómito”.
- URBINA, LUIS G. (1868-1934). Poeta y periodista mexicano. Vivió como expatriado en Cuba, y ejerció como periodista del *Heraldo de Cuba*. Entre sus obras se encuentran *Versos* (1890), *Ingenuos* (1902) y *Puestas de sol* (1901).
- VARGAS VILA, JOSÉ MARÍA (1860-1933). Narrador y poeta colombiano. Escribió enardecidos textos contra la tiranía y los tiranos en Hispanoamérica. Entre sus novelas naturalistas más difundidas se encuentran *Flor de fango* (1898), *Ibis* (1899), *Rosa de la tarde* (1900) y *Alba roja* (1901).
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ (1849-1933). Uno de los pensadores cubanos más originales, frecuentemente influido por el positivismo. Autonomista convencido hasta 1895, se incorpora luego a la lucha por la independencia y al morir Martí dirige el periódico *Patria*. Entre sus obras se encuentran *Conferencias filosóficas* (1880) y *Estudios literarios y filosóficos* (1883), seguidas por una segunda y tercera series en 1888.
- ZACHARIE DE BARALT, BLANCHE (1865-1947). Escritora cubano-norteamericana. Se casó en Nueva York con Luis A. Baralt y Peoli. Martí frecuentaba su casa y sostuvo con los esposos una sólida amistad en los días de su exilio neoyorquino. Es autora de *El Martí que yo conocí* (1945).
- ZENO GANDÍA, MANUEL (1855-1930). Médico y escritor puertorriqueño. Escribió las novelas naturalistas *La charca* (1894) y *Guarduña* (1896); sobre la vida campesina *El Negocio* (1922); y *Redención* (1925), sobre la vida de la ciudad. Conoció a Martí en su época de estudiante en Madrid hacia 1872.



# ÍNDICE

Buscar a la persona... / 5

MARTÍ

CARLOS A. ALDAO / 11

EVOCACIÓN DE MARTÍ

JUAN ANTIGA / 15

MARTÍ

JUSTO DE LARA (José de Armas y Cárdenas) / 19

MARTÍ

JULIO BURREL / 24

JOSÉ MARTÍ

ENRIQUE COLLAZO / 26

EL APÓSTOL Y EL CAUDILLO

AL OTRO DÍA DE LA MEJORANA

MARIANO CORONA / 33

IMPRESIÓN DE MARTÍ

RUBÉN DARÍO / 36

MARTÍ EN CAYO HUESO

MANUEL PATRICIO DELGADO / 39

RECUERDOS DE MARTÍ

FEDERICO EDELMAN Y PINTÓ / 46

¡INMORTAL!

SOTERO FIGUEROA / 51

REMINISCENCIAS DE JOSÉ MARTÍ

PATRICIO GIMENO / 60

MARTÍ Y YO

JUAN GUALBERTO GÓMEZ / 67

MARTÍ JUZGADO POR MÁXIMO GÓMEZ

MÁXIMO GÓMEZ / 75

EL MAESTRO

[Fragmentos]

MANUEL J. GONZÁLEZ / 79

MARTÍ EN GUATEMALA

JOSÉ MARÍA IZAGUIRRE / 83

EN NEW YORK

PRIMER ENCUENTRO CON MARTÍ

[Fragmentos]

ENRIQUE LOYNAZ DEL CASTILLO / 93

RECUERDOS DE MIS PRIMEROS QUINCE AÑOS

MARÍA MANTILLA / 96

MIS RECUERDOS DE JOSÉ MARTÍ

ALFONSO MERCADO / 99

ÚLTIMOS DÍAS DE JOSÉ MARTÍ EN NEW YORK

RAMÓN LUIS MIRANDA / 107

RECUERDOS DEL MES DE MAYO

JOSÉ MIRÓ / 110

JOSÉ MARTÍ

[Fragmentos]

VÍCTOR MUÑOZ / 117

JOSÉ MARTÍ

[Fragmentos]

AMADO NERVO / 121

JOSÉ MARTÍ, MAESTRO Y CABALLERO

VÍCTOR HUGO PALTSITS / 124

LOS OJOS DE MARTI

ALBERTO PLOCHET / 130

EL TREN DE MARTÍ

MEMORIAS DE UN GALLEGO MAMBÍ EN EL ANIVERSARIO  
DEL NATALICIO DE JOSÉ MARTÍ

FÉLIX DE LOS RÍOS / 134

“COMO SI SIEMPRE LE PREOCUPARA ALGO...”

DIONISIO M. ROSSIÉ / 140

DE UNA ENTREVISTA

MANUEL SANGUILY / 142

JOSÉ MARTÍ

MIGUEL TEDÍN / 147

JOSÉ MARTÍ

ESBOZO

DIEGO VICENTE TEJERA / 153

EL DÍA DE LOS HÉROES CUBANOS

Luis G. URBINA / 157

JOSÉ MARTÍ

EVOCACIÓN

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA / 165

MIS RECUERDOS DE MARTÍ  
ENRIQUE JOSÉ VARONA / 177

MARTÍ, CABALLERO  
BLANCHE ZACHARIE DE BARALT / 182

CÓMO CONOCÍ A UN CAUDILLO  
M. ZENO GANDÍA / 194

SOBRE LOS AUTORES / 197



